

tenia el foso intentaron pasarlo con espalda formada de barricas y cestones; pero el medio cañon que se les tenia plantado les hizo retirar del designio, con pérdida de alguna gente, con que no se atrevieron á obrar al descubierto. Aligias mucho la plaza con las bombas, habiéndola metido dentro hasta aquel día pasadas de 276; cayó una sobre el coro de la iglesia que lo abrió y maltrató: eran, sin embargo, ofendidos los franceses de nuestra artillería, de suerte que no los dejaban llegar á la muralla, para lo cual resolvieron hacer una batería en el arenal, donde formaron de cestones y estacas una plataforma, procurando quitarnos el traves de la casa que mira á la Magdalena, para defenderse del embrazo que les hacia el medio cañon que les teníamos puesto; pero los de adentro salieron con diligencia retirándole de día y usando de él de noche, con que no les era posible á los enemigos alojarse en el foso; sin embargo, les encaminaron una mina, que reconocida por el gobernador, envió al Almirante á decirle el estado en que se hallaba la porfia del enemigo en la expugnation de la plaza, que le socorriese por mar ó por tierra, y en consecuencia de esto resolvió hacer una salida que retardase sus presunciones, clavándole la artillería, quemándole las galerías y desbaciéndole las trincheras, ú otro daño mayor, que diese algun tiempo al socorro que se esperaba. Para todo escogió de toda la guarnicion que habia en la plaza 200 hombres, los mejores y más esforzados, y, á 8 de Agosto, salieron por la puerta de la estrada y embistieron con los franceses con tanto denuedo, que los retiraron de sus trincheras desbaciéndolos mucha gente; pero ellos, avisados, como se presumia, de nuestra salida, tenían prevenidos 400 hombres en las casas de la marina y algunos caballos, que cortaron á los nuestros, de suerte que metido todo en confusion, para volver á la plaza fue necesario abrir camino por los enemigos á fuerza de valor para la retirada, con que de ambas partes hubo pérdida de gente, no surtiendo la faccion con tanta fortuna como se esperaba. Estaba el gobernador, D. Miguel Perez de Esca, desde la muralla alentando el combate y animando la gente, de que

iendo descubierto por los enemigos le tiraron un mosquetazo que, haciéndole pedazos el hueso de la muñeca, le atravesó el cuerpo, penetrándole las entrañas: pasó de esta vida dentro de doce horas. Antes de espirar llamó al Padre Francisco de Sasi, religioso de la Compañía de Jesús, y encargóle la defensa de la plaza, porque este Padre, demás de su nobleza y gran virtud, era muy práctico en el arte de fortificacion y se habia acudido dentro de ella con el mismo calor y dictámen; dejándole más expresa noticia de cómo habia de acabar la cortadura, espaldas y las demas fortificaciones que estaban dispuestas para la retirada. Fué sentida la muerte de este soldado de todos los de la plaza, como era justo: el Rey y los demas Ministros la sintieron; cayendo todos en alguna desconfianza de poderse conservar los de adentro: perdimos en esta salida 40 soldados entre presos y muertos; pero tambien se discurría entre los hombres prácticos y de noticia, que si bien habia defendido la plaza con su vida, la habia asegurado con su muerte, porque era demasiado valiente y de más coraje de lo que pide la tolerancia de un capitán que no debe exponer la gente ni su persona por instantes ó peligros en la desesperacion de un sitio y en la celeridad de una nacion, que en los principios es de más esforzado corazon que en los fines, porque es menester irle llevando con sufrimiento hasta que llegue con el socorro la hora de desbacerlos, estando fuera, porque lo demás seria caer en mortales inconvenientes y perderse y escabarlo todo á cualquier minimo accidente. Volvió al gobierno de Fuenterrabia el capitán Domingo de Guia, para cuya fortuna estaba reservada la libertad de la patria y la vida de sus habitadores, y ver sus murallas sin asedio esta victoria y echados vergonzosamente á los enemigos: encárgase de todo, y se puso constantemente á la defensa y á perder la vida ántes que rendirla; animó la gente de ambos ejércitos y á todos los condujo á proseguir el afán y el trabajo, así de la artillería, del mosquete, del arcabuz, y alentólos á las fortificaciones, ingenios y defensa. Fueron presos en la salida que habemos referido, el capitán D. Francisco Dieste, que en otras



ocasiones se había señalado; el capitán Alonso de Laredo, que habiendo caído en el suelo trayendo un capitán francés por prisionero, y saliendo á quitársele los demas, percibió muchas heridas por conservarle; fueron heridos el alférez Juan de Roa, el capitán David Barrier, irlandés; D. Pedro Jarallo, Adrian Pulido, el capitán D. Jerónimo de Jibaja, el alférez D. Francisco de Molina y otros. Esto es salir pocos á muchos, que siempre surte aventurada la faccion y la empresa; influencia infeliz de aquella guerra que comenzó sin oposición, sobrando los avisos y las noticias.

Habian hecho los enemigos y puesto en perfeccion la mina que ántes llevaban al cubo de la Magdalena, y encaminaban otras dos al baluarte de la Reina, para dardas fuego á todas á un mismo tiempo; añadiendo que ponía en Churrárraga 24 piezas de batir, parte de la armada y parte de las que habian venido por tierra, para arrasar el castillo, y que el príncipe de Condé guardaba 6.000 soldados viejos de socorro para reforzar su campo; y aunque ignorado esto por los de la plaza, vigilantes siempre á la conservacion de la honra, se certificaron de todo, y les dobió el cuidado con las baterías, que un día al amanecer comenzaron los franceses con todas las piezas, asestándolas á los orejones de los dos casamatas de los costones, incansablemente y sin omitir ninguna intermision. Contáronse 700 cañonazos los que les metieron dentro; pero no perdieron de vista el ánimo, dando los vecinos las maderas de las casas para las retiradas, contentándose sólo con quedar con las murallas, aunque se perdiera todo lo demas; hicieron dos parapetos á la boca de las dos casamatas de los costones, por haber quedado el uno de los dos orejones de la muralla casi arrasado, tanto, que podía servir de escala al enemigo, y la tronera que miraba la Magdalena destruida y con brecha, de altura que se podía subir sin escala; hicieron dos espaldas, una sobre el terraplen de este baluarte y otra junto la casa de la Municion. La primera contra la batería que estaba plantada cerca de Nuestra Señora de Gracia, que hacía tan grande daño, que sola una bala que

entró en una barraca, mató á un irlandés y estropeó cuatro, dejando á unos sin brazos y á otros sin piernas: la otra espaldada opuesta á la batería del Arenal, á la parte de Francia, que se hacía con designio de descubrir nuestra plaza de armas que estaba junto á la muralla. Adelantándose mucho la obra de la escacada con la asistencia y maravillosa industria del capitán Diego de Butron, que con rara diligencia levantó y perfeccionó en tres dias, pidiendo muchos meses su dificultad; á esta hora, avisó el soldado que estaba de posta, como el enemigo picaba la muralla, á que se acudió trabajando á la contramina, que se hizo tan derecha, que se encontró al enemigo por línea recta, con que se le desvaneció del intento.

Celebraba por estos dias la Iglesia y sus hijos la fiesta del ilustrísimo Patriarca San Ignacio de Loyola, y le hacía su octava: fundador esclarecido de la Compañía de Jesús, del buen suceso de Fuenterrabía y del tránsito gloriosísimo del Santo, que fué el último de Julio; y tomaron ocasion los Padres de esta sagrada religion, en todo el reino, particularmente en el Colegio imperial de Madrid, como natural de la provincia de Guipúzcoa, y que los principios de su conversion los habia tenido de soldado, resistiendo á los franceses en el castillo de Pamplona, de donde salió herido en una pierna en tiempo del emperador Carlos V y de Francisco I, rey de Francia, émulos los fortísimos ambos y lidiadores valientes, como Felipe IV y Luis XIII, sobre el señorío de Europa y de la mejor parte de sus provincias, como de Alemania y de Italia. Pero la potencia de Francia con brevedad se rindió á la de Carlos en una batalla, quedando su prisionero por su maravillosa fortuna y grandeza de ánimo y la de sus capitanes, y por haberle hecho el ciclo señor de muchos y poderosos Estados, Coronas, Imperios hereditarios ya quitados, porque le llamaron César africano, y llegando á mandar y manejar naciones y gentes escogidas y bellas, particularmente la española, por los preceptos ántes diligentemente informados para el mayor de los reyes y estas, el rey D. Fernando el Católico, en prudencia y en el arte de saber reinar; cuyo arcimiento y valor volaba ya y resplan-



decía en ambos orbes con hazañas y hechos admirables, aclamados y aplaudidos de los demas, plantando el glorioso estandarte de la Cruz á un mismo tiempo en Oriente y Occidente, cuando las hazañas hechas en Italia, en Africa, en Francia, en Alemania y en Hungría, tenían pendientes las plumas de sus mayores y más diligentes historiadores para dejarlas por ejemplo de los venideros, como se lee en sus anales y crónicas.

Llegada, pues, la fiesta del Santo guipuzcuano, por mediar el trabajo sobrevenido y no sólo el asedio de Fuenterrabia, pero para pedir á Dios por su intercesion pudiese paz á estos dos Principes, para universal redencion de la cristiandad, exaltacion de la Iglesia Católica y extirpacion de las herejias, aderezaron honoríficamente su casa y templo con mayor lustre y pompa que otras veces; le consagraron octava, descubierta siempre el Santísimo Sacramento, con sermones predicados por los más doctos varones de su religion, música y luces, pidiendo á Dios incesantemente librase aquella plaza y su tierra y la Navarra, como la defendió ántes, de la ira de los franceses; que los hiciese levantar del sitio y volver á su tierra, dejando á España sin cuidado. Pero es mucho de notar, que al paso que los Padres pedian esto con oraciones y lágrimas, con esas mismas y con el mismo fervor lo pedian para sí los de París y de toda la Francia, y que dicese Dios la victoria á su Rey, y le concediese tomar á Fuenterrabia y más adelante. ¿Quién entenderá y hallará paso en esta lucha de la virtud, una misma religion pendiente de una misma cabeza? Piden á su patron y patriarca, y ese español, por ser diferentes de nacion, una misma cosa, y cada uno la tierra para sí y para su Rey; los españoles pedian al Santo la defensiva para el de España, los Padres franceses la tiranía, la injusticia y lo que no era suyo para el de Francia, por ser su Principe y todos hijos de una cabeza; y á los franceses les parecia que seguian lo derecho pidiendo los españoles lo que era suyo de legítima posesion. Fuerza es que confesemos que alguno falta aquí, y que de buena razon, no siendo suyo lo que pedian, y

que era injusta la peticion de los franceses; y pruébase esto muy bien, porque Dios, que es justo, y el santo, que era de la tierra, volvieron por la causa más verdadera, y se puso de parte del Rey Católico y de los guipuzcuanos, y quebrantó el ánimo de los franceses y los hizo volver por los pasos que vinieron (como lo veremos), más aprisa y con más vergüenza de lo que pensaron. Pero en esto de derechos y acciones de Reinos y Estados, sepa el que pasare por aquí, que no ignoro la contraversia de las dos hermanas, Doña Beronguela y Doña Blanca, la una madre del rey D. Fernando el Santo, de Castilla y de Leon, y la otra de San Luis, rey de Francia, sobre cuál era la mayor; que saben nuestros historiadores, y no se les ha ido por alto esta edad á los franceses sobre que obran con rigor y con venganza las armas en esta era. Hicieronse muchas rogativas en todo el Reino, en todas las iglesias y conventos, particularmente en las Descalzas Reales, á una devotísima imagen de Nuestra Señora que tienen allí, de que todos se prometian, por la intercesion suya y de los santos, que Dios libraria su pueblo y quedaria Fuenterrabia libre del yugo de la dispacion de los franceses. Proseguia, pues, el teson de ambas partes en el defender los unos y en el dañar los otros.

El príncipe de Condé, desde Irún, pasaba á todas horas á visitar el sitio y á ver lo que se trabajaba en él; el Almirante de Castilla esperaba ocasion, aunque calumniado, como capitán de esta ora, y gente para obrar conforme á su sangre y obligaciones de verdadero castellano: no cesaba el francés, desde 40 de Agosto hasta el 14, de fatigar con las baterías ordinarias, y este dia con el mayor brío, por el ojeon de la parte de la Magdalena, derribando todo el través de la casamata y planchada que estaba dentro de ella; pero el ánimo no se perdía, no sólo de los varones pero de las hembras, de notable administracion. En este caso decian, que las balas no importaban ni habia para qué temerlas; acudian á la muralla socorriendo con municiones á los soldados, recogiendo á los heridos y enterrando los muertos, siendo tal vez sus mismos hijos y maridos, padres, hermanos y deudos. Arrojaron tres bombas de



fuego, y una de ellas dió cerca de D. Miguel de Olazabal, sacerdote, que de los principios acudió á la defensa de la villa con su caudal y con sus fuerzas; cayó sobre la bomba turbado, y reventando le dividió el cuerpo en tres pedazos, echádosos por el aire y volviendo al suelo dió sobre el padre Francisco de Isasi, de la Compañía de Jesús, gran defensor de la plaza, llenándole de sangre y de admiracion. A esta hora minaban los franceses por tres partes la muralla, no sin gran cuidado de los de adentro, tanto del estado de la plaza, que ya casi no habia donde defendense, haciendo cortaduras para resguardar la gente y la pólvora debajo de tierra de la furia de las balas, pero del en que se hallaba el Almirante para formar el ejército de donde esperaban ser socorridos; para lo cual, á 18 de Agosto, se buscaron dos personas de diligencia para representar al Almirante el aprieto grande de la plaza. Escogidos ya y escritas las cartas, se supo que el uno era francés; con que se suspendió la jornada. Este mozo, aunque era de aquella nacion, hacia algunos años que vivia en España con mujer ó hijos, y al tiempo de sitiar los franceses á Fuenterrabia, con el sobresalto, echando el mozo por una parte, la mujer y los hijos por otra, se perdieron en una casería: el desco de verlos y dar safaceion de su buen ánimo, le hicieron salir sin dar cuenta por la estacada, y habiéndole echado de ménos y entrando todos aquellos cabos en grande cuidado, recelando que la salida no habia sido para otra cosa que para dar cuenta á los franceses del aprieto de la plaza, entre la misma fatiga de la sospecha y desconfianza, y á vista de los enemigos, volvió nadando con carta del Almirante, avisando á D. Domingo de Guía y á los demas que muy presto serian socorridos. Súpose en la corte por aviso del Almirante la muerte del almirante D. Miguel Perez de Egea, y de la gran estrechura en que se hallaba la plaza, escribió sin embargo el Gobernador, y avisóle como se aguardaba por horas la gente de Cataluña y la de Aragon para juntarla con la que tenia el Almirante y el marqués de los Velez en Navarra, para que persistiese en la constancia: fué

entida la muerte del Gobernador, por haberse perdido un soldado de mucha satisfaccion y de importancia en tiempo de tanta necesidad. Y prosiguiendo en la materia con el cuidado que se debia, las mujeres de Fuenterrabia, tan valientes como los hombres y tan alentadas, echaban á los minadores grandes cartones de aceite hirviendo, tanto que les hacian bramir y dejar con el dolor y las llagas la obra, no excusándoles daño alguno, de que no les hacian hacer experiencia en ofensa suya, pareciendo Fuenterrabia la más inexpugnabile plaza de Flandes, y la más proveida de toda suerte de artificios y de máquinas, segun su valiente modo de portarse y de mantenerse contra las iras y ardidés de los enemigos. Fortificábase San Sebastian haciendo algunas defensas por defuera, como trincheras y reductos, esperando su hora, y por si acaso Fuenterrabia fracasase; teniendo el Almirante avisos por instantes de su mayor conflicto, para que, aunque no habia llegado toda la gente que se esperaba juntar, con el socorro que tenia, sin embargo, se le envió órden de Castilla para que, juntando la del marqués de los Velez á la suya, se acrecase y á viva fuerza embistiese á las trincheras de los franceses y socorriese con presteza, porque S. M. no admitiria disculpa si se perdiere á vista de dos ejércitos y de dos cabos de tan escogida calidad y esperanzas, con gentes y soldados españoles viejos y de valor; y el marqués de los Velez se le ordenó, que dejando fortificados los pasos del reino de Navarra, acudiese á juntarse con el Almirante, y ambos gobernasen de un corazon y una misma conformidad, con resolucion de que habia de ser socorrida la plaza, y que se pudiese en Oyarzun con los 5.000 hombres de su cargo.

Obedeciendo el Almirante las órdenes del Rey, á 16 de Agosto, salió en campaña con 7.000 infantes y marchó á hacer cuartel á Astigarraga, adonde tuvo aviso del marqués de los Velez de no poder hallarse á los 20 del mismo mes, como se le habia mandado, en Oyarzun, por no tener á punto las provisiones necesarias para la marcha; pero que estaria á 22, donde se podria resolver lo que más conviniese, siendo el in-



tento por entónces desalojar al francés de Rentería y los Pasajes, y luego embestirle en las fortificaciones sobre Fuenterrabía. Visto por el Almirante que en cuatro dias no podía llegar á juntarse con el marqués de los Velez, se discurió si podría con la gente que tenia pasar á Oyarzun, águardar á que el marqués llegase á este lugar, para que, juntas ambas fuerzas, se obrase con mayor denredo. Inclinábase á esto la mayor parte de los cabos del ejército, y que hasta que el virrey llegase no se diese paso adelante, porque hallándose el enemigo en Rentería y en los Pasajes podía, viendo tan poca gente en nuestro campo reforzar aquel cuartel de manera que no se pudiese efectuar nada; pero acomodándose al parecer de los más prácticos, más alentados y deseosos de llegar á las manos, por no dar indicio, á los enemigos que le atendian, de flaqueza, ya que estaba resuelto á salir, viendo que los iba á embestir, mandó marchar á Zumalrúde, donde se acuarteló con tan buena orden que impidió que la caballería francesa no lograse ninguno de sus designios. A esta hora llegó aviso al Almirante que el enemigo se habia retirado de Rentería, Lezo y los Pasajes, dejando todo abrasado y convertido en ceniza; y con este aviso ordenó al marqués de Mortara se adelantase con su tercio, y si los hallaba en el estado que decian los fortificase, y si no que los procurase ganar. Con esta orden marchó Mortara, y en el camino tuvo noticia que la gente de San Sebastian los habia ocupado; envióles 400 hombres de refuerzo y volviólos á su cuartel, donde ya el Almirante tenia entera noticia del suceso: sin embargo, volvió á enviar á Mortara y á D. Antonio Gaudolfo á Rentería, Lezo y á los Pasajes, para que reconociese la gente que era menester para guardar aquellos puestos, y fortificarlos de manera que el enemigo no los volviese á ocupar. Fué causa este hecho de los franceses de notable admiracion en todo el reino, y que tan sin ofensa desamparase puestos tan importantes, puerta que pareció y dió esperanzas que habia de abrir la de Fuenterrabía: fué el alborozo notable, no sólo en toda la tierra, pero en Castilla y en la corte se reconoció por principio de fin bienaventurado. Discurrióse

que esta resolucion del francés era ya falta de gente, por los que le matáramos en el sitio y por los que cada dia se huian, y que era forzado á recogerse á ménos tierra, y atender al sitio y conseguirlo, en el cual se fundaba la gloria del intento; creyendo que conseguido les seria despues muy fácil allanar toda la tierra y señorearla. Llegó el marqués de los Velez á 22 de Agosto á juntarse con el Almirante, y sin perder tiempo entraron en consejo sobre lo que se habia de hacer. Concurrieron en él el marqués de Mortara, el maestre de campo Gaudolfo, D. Pedro Giron, el marqués de Torrecusa, que acudílabá á los navarros, y otros principales cabos del ejército. La resolucion fué, que el marqués de Mortara con su tercio, que iban algunos señores, títulos y caballeros del Reino, que se le dio á otra más prolija narracion, y con gente del tercio de franceses de los condes de Tircorel y Tiron, y 200 mosqueteros, fuese á dar vista á Fuenterrabía, y señoreando los puestos más eminentes de aquellos montes hiciese ahumadas á los de dentro, dándoles á entender que se llegaba el dia deseado de socorrerlos; y ordenóse al maestre de campo Carlos Guasco y al teniente de maestre de campo general, D. Diego Caballero, que fuesen á reconocer el monte de Jasquivel, que estaba sobre los cuarteles del enemigo, y habiéndolo hecho, dieron por aviso que era puesto de consideracion para ocuparle. Llegó el marqués de Mortara á la eminencia señalada, procurando amanecer ser visto de los sitiados; opusieronsele 200 mosqueteros franceses, y á procurarles divertir del intento dióles una carga: avisaron luego á los cabos, los cuales, á la hora, mandaron tocar arma en todos los cuarteles, y Mortara hizo lo mismo; oyéndose en ambos campos una ruidosa algarada, disparado la mosquetería y arcabucería para que la plaza conociese estaba ocupado el puesto por nuestra gente: respondieron con seis piezas, con que toda la tierra comenzó á entrar en aliento y esperanza de resarcir el asedio y el peso del asedio; levantaron banderas en homenaje, arbolándose las nuestras en la montaña con suma alegría de ambas partes: abióse el enemigo, con esta accion del Mortara, en la eminencia



cia opuesta con golpe considerable de infantería y caballería, y creyendo el Marqués ser embestido, por hallarse inferior en gente y sin caballos, reconociendo que algo más adelante había puesto más fuerte, no permitiéndose retirar por no dar indicios de flaqueza á los Monsiures, marchó la vuelta de él en batalla, y habiéndolo ejecutado, creyendo los franceses que nuestra gente se avanzaba, no resolviéndose á ningun movimiento, ocupó el puesto Mortara en la ermita de Santa Bárbara, se fortificó y puso 200 mosqueteros sobresalientes. Ejecutado esto, el Almirante y el Marqués de los Velez se vinieron á acuartelar con todo el grueso del ejército en las eminencias del llano que miran á Fuenterrabía, que están entre Oyarzun y el monte de Jasquivel, y se enviaron á Mortara 1.000 hombres de todos tercios á cargo del sargento mayor D. Francisco del Castillo; con que se fornejó el puesto, donde todos los dias había de ambas partes, entre los nuestros y los franceses, diversas escaramuzas, y donde se señalaron muchos y muy valientes soldados, que acometieron hechos dignos de memoria.

La armada francesa proseguía muy furiosamente en bajar á San Sebastian, pero con poco daño, aunque con gran sobresalto de los de aquella villa y de toda la tierra, porque se acrecentaba el daño y el poder de los franceses, con que la desconfianza era cada dia mayor, y pensaron ser entrados. Habíanse hecho ántes nuevas y muy poderosas diligencias para que D. Lope de Iloces, con los navíos que se aprestaban, pasase á juntarse con los bajeles que tenía el enemigo en la costa de Cantabria, y todos juntos peleasen con los bajeles que tenía el enemigo en la costa de Fuenterrabía, rompiesen la cadena de barcas que habían hecho y entrasen con embarcaciones pequeñas el socorro, sin embargo del cuidado de los del lugar de Andaya, puesto de la otra parte de Francia; pues no se meneaba ni un hombre nuestro á entrar con algo en la plaza de Fuenterrabía, que vigilantemente no lo avisasen á los suyos en voces y con campanas. Mas D. Lope no se hallaba con lo necesario para salir, ni las naos estaban proveídas de municiones.

marineros ni soldados, condicion ordinaria de nuestra provi-  
dencia, porquo aquellos á cuyo cargo estaban las provisiones  
no las tenían, ni dinero con que hacerlas, demás de que aquel  
número de bajelos era muy inferior, como demasiadamente  
superior el de los enemigos; y D. Lope, á la fuerza que le  
hacian á que saliese, respondia se hiciese reparo en esta des-  
igualdad con quien no era posible, aunque él fuese tan gran  
marinero y soldado, conseguir empresa de reputacion ni hacer  
rostro por no caer en ninguna flaqueza. Pretendiéronse igualar  
estas dos balanzas y formar número competente contra el de  
franceses: mandaron venir de las islas Baleares al duque de  
Maqueda y Nájera, y á D. Antonio de Oquendo con la escuadra  
real que tenía del mar Océano, que al óposito de la armada  
de Francia, cuando de Bretaña y de las otras provincias pasó á  
Italia, la habían seguido horrida de estos mismos trabajos y mi-  
serias y falta de todo, cuya digresion entre los nuestros y el  
Duque (ya lo dejo referido) fué muy reinida y con riesgo de  
deposicion en la persona del Duque. Esta prevencion se miraba  
como dificultosa y con desconfianza, por estar léjos de que  
llegase á tiempo de poder obrar algo en provecho de la plaza:  
las armadas de Lisboa estaban detenidas hasta vor el fin de  
aquella guerra y el estado en que quedaban las cosas, reco-  
lándonos siempre de gravísimos daños, que los astros con as-  
pectos rigurosos nos amenazaban. Sin embargo de lo preve-  
nido, á los varones de gran juicio y de suma presteza y vivaci-  
dad en prevenir y remediar accidentes, les parecia el intento  
vano, porque los enemigos tenían muchos y muy grandes  
bajelos prontos, y los nuestros en esperanza y por juntar, y  
quizás muchos de ellos desaparejados, desproveidos é inútiles  
para navegar. Respondiéndolo así D. Lope á las instancias  
apreladas del mayor Ministro, y que los mejores navíos con  
que se podia hacer fuerza habían sido tomados en el Vidassoa,  
y otros eran quemados, que él no tenía con qué salir, ni gente,  
ni municiones, ni pertrechos, y que tenía aviso de hombres  
diligentes que la armada del enemigo era muy gruesa, muy  
bien fornecida y artillada, y que en los navíos que él tenía



apénas habia marineros ni maestres; sin embargo, le daban prisa y le forzaban á salir, creciendo estas réplicas por instantes; diciéndole que la armada francesa no era tal ni tan poderosa como la habian pintado, ántes, la más parte de ella navios pequeños y de poco porte, que habian navegado rumbo considerable y sin tomar puerto, de que era forzoso viniesen trabajados; que hiciese cuanto fuese posible por virar á la mar y pasar al socorro de Fuenterrabia, de cuyo apricto habia tan vivas demostraciones. Finalmente, se aprestó por salir y obedecer, aunque muy en contra de su dictámen, por el poco fuste con que se hallaba; recelando siempre que le ponian al trance de perder la reputacion conseguida en tantos años de marinero. Los enemigos no perdian punto ninguno de lo que se trataba y dirigia á la defensa de la villa en ambas materias, así de mar como de tierra, aumentando sus navios por la noticia que tenian del valor y fortuna de D. Lope, creyendo poder llevar allá la nao *Santa Teresa* para ponerla en la boca ó entrada del Vidasoa, como un castillo fortísimo para no dejar entrar allá el enemigo, gente ni socorro, ántes, que con la gruesa copia de artilleria de que son guarnecidas aquellas naos antiguas, admiracion del Oriente, desbaratase su armada y la pudiese en necesidad; pero toda esta diligencia se embañó, como lo habemos referido, no pudiendo salir de la barra de Lisboa, hasta que en lo de adelante, como se dirá, se quemó con el mismo D. Lope en el puerto de Dunas, en Inglaterra, y acabó á manos de holandeses. Cedió, pues, con los pocos navios que tenia y falta de gente, á la fuerza del que la mandaba, todo por no caer en los riesgos y peligros de la junta de inobediencia; convocóse alguna y ésta de valor sin duda, y escogida, aunque se resolvieron á perderse en número de 1.500 ó 2.000 hombres, y los cabos de la milicia naval que se hallaron prontos y no habian pasado á la carrera de Indias, dando á cada uno su navio para que le gobernase. Los que ántes habian sido almirantes y generales de escuadra, como D. Juan Pardo, D. Antonio Gentil, D. Nicolao Judice, D. Alonso de Mesa, D. Luis de Aguilar, y otros de no menor calidad y nom-

bre, llevaban órden de pelear, y que el Almirante de Castilla le diese la gente de su cargo que pudiese, y caso que no pudiese la que llevaba al Almirante para los progresos de Fuenterrabia, siendo el número de los navios no más de 42, partió muy desigual para la opinion que corria de la armada de los franceses, que decian pasaba de 50 vasos, todos bien reparados con municiones é instrumentos de fuego y otras máquinas.

Entretanto que el gobernador D. Lope de Hoces se aprestaba para salir bien, contra su parecer, la villa de San Sebastian, con el número de armada que tenia delante de sí y las continuas balas que la tiraban, y el ejército por tierra de los enemigos, hacia fortificaciones por defuera y se reparaba para cualquiera accidente que pudiera sobrevenir; no sin cuidado de los gobernadores y de los de la villa, viendo el mal estado que tenia Fuenterrabia y las poca esperanza que habia de salvarla, y más habiéndole llegado al ejército enemigo 6.200 hombres en 72 compañías, cada una de 400 hombres. Pero pareciendo que aquella guerra y el socorro de la plaza caminaba lentamente, y que no venia de allá á la corte nueva de importancia, y que si bien habia algunos cabos de consideracion, los generales eran bisonos y sin ninguna experiencia militar, se reforzó con más brio y con más prisa el que pasasen allá el conde de Oñate, el marqués de Villafraanca y el conde de Monterey, para encaminar aquellas armas á su verdadero fin, y á la prez y á la honra que convenia á aprestos tan grandes, y para que cualquiera cosa que hubiese próspera de fortuna atribuirse á estos y no al Almirante; y, finalmente, hágalos otro y no aquel. Sin embargo, él salió con el intento; pues parece que Dios quiso favorecer al desvalido, ó ya á tantos, en una empresa que no se le daba nada á ninguno, y sí á mí; aunque los dos primeros tambien corrian la infeliz fortuna que los demas, como se verá por los fines y pretensiones. Avisó Domingo de Guía que la plaza estaba tal que no podria defenderse cuatro dias si no la socorrian: respondió el Almirante que lo haria, que no se rin-



diese hasta recibir asalto, y que, sin embargo de esto, persistiese cuanto le fuese posible, que de parte del Rey le ofrecia muchas remuneraciones y mercedes y una encomienda. No obstante se le daban voces de Castilla en cartas y en correos, condenando la tardanza, creyendo que era omision suya, como si el Almirante hubiera hallado en la provincia de Guipúzcoa un ejército de 20.000 hombres, fornecido y aprestado para acometer grandes cosas, ú otro tal como el de los franceses. Decíanle tentase algo, forzase un cuartel del enemigo para ver qué tan sobre sí estaba, que tan grande era su valor, que tal el ánimo de su gente, que podría ser, si pudiese en estado las cosas, que la espada abriese camino como lo habian hecho otras veces en varias partes de la Europa. Faltábale ya todo á la plaza, las municiones, los bastimentos y todo lo necesario; el desconsuelo era grande y la desconfianza; pero ellos caminaban sin aflojar un punto en la defensa: fué tres veces un fraile capuchino de los de Lezo á pedir al principe de Condé que el marqués de la Forza, que alojaba en la empuñadura donde estaba la cruz de Nuestra Señora de Guadalupe, siguiendo los dogmas de su secta, tenia allí sus prédicas heréticas, á que acudian algunos franceses, particularmente hugonotes y otros, como luteranos y calvinistas, y que no permitiese que en reino tan católico, en provincia tan fiel y cristiana, se ejercitase una cosa tan fea y abominable; que así se lo mandase como cabeza y como general. Respondió el Principe que lo haria, aunque con alguna tibieza, y no se enmendó nada la oferta ni se acordó no quiso decirselo. Toró el capuchino segunda vez á instarle y llevó la misma respuesta: volvió la tercera, más determinado y con resolución de apretarle, ejecutólo, y respondió el de Condé, habia ya oido aquella demanda tres veces y que lo habia considerado; mas que no se habia atrevido á declarar con él ni apretarle sobre ello, porque el marqués de la Forza era un soldado tal, que el Rey Cristianísimo lo habia menester y tenia necesidad de su persona; y así, que no le hablase ni cansase más en aquella materia. El religioso, enfurecido en agravios de Dios y en ofensa

suas, instigado de las fealdades y falsas sectas contraidas en aquel sagrado lugar, le dijo y pronosticó que, pues no habia defensa ni amparo en la fe sacrosanta, ni en la pureza del altar, seria sin duda aquel pecado azote de los franceses, y que permitiria la omnipotencia de Dios que todos fuesen frustrados y arrojados de allí tan aprisa, que no pasarían muchos dias que esto no se viese y efectuase por aquellos pocos espírituales que estaban al opósito; y con esto se despidió, y le dejó amenazado el castigo que presto veremos, por aquel sacrilego delito.

Llegó D. Lope de Hoces con la armada á la vista de San Sebastian y de Fuenterrabia, y reconoció luego el poder de la armada francesa, que era de 50 navios, los más de ellos de gran porte: comenzó el arzobispo de Burdeos á darle bordos, y no habiendo sabido D. Lope la toma de los Pasajes, que le habia de haber avisado el Almirante con un barco para que procurase abrigarse dentro, reconociendo el peligro en que se hallaba, y con 12 navios no más de para ombestir á 50, no queriendo intentar cosa indigna de su reputacion y de aquellas armas españolas, se metió en Gurtaria, por puerto más cercano á Fuenterrabia; donde todos los que le vieron, y lo alcanzaron á saber en el Reino y en la corte, le dieron por perdido, porque no pudiera, reconocido tan grande grueso, hacerse á la mar, y aguardando la noche, tomando rumbos de marinero volverse á la Coruña, y ya que le habian empeñado, no aventurase á perder aquella pequeña armada, su honra y opinion, como él lo habia dicho á los cabos, capitanes y soldados: mas cuando ya tuvo aviso que los Pasajes estaban por el Rey, y quiso salir allá para juntarse con los navios que tenia á su cargo D. Francisco Mejía, se halló sin viento para poder salir. Encerrado, pues, allí, y reconocido el peligro manifiesto en que se habia metido ó le metieron, le cercó la armada enemiga en forma de media luna, y le pareció al arzobispo de Burdeos ocasion á propósito para que, no aventurando su gente y sus navios, quemarla, como ya lo habia prevenido, porque le era forzoso para pelear sacarla de las trincheras adonde la



habian dado, y quedar tan flojas y desarmadas que seria muy posible acometerlas y llevárselas al Almirante y socorrer la plaza y haber concluido la nuestra dichosamente la faccion. Resuelto, pues, el Arzobispo de quemar los navios, á 22 de Agosto de este año, se fué con 40 de los suyos y seis de fuego, para el puerto de Guetaría, con todos los materiales en ellos que han inventado el ingenio de la maldad infernal para extinguir y afondar en llamas y en agua aquella moderada escuadra. Cerróle al punto cañoncándose de ambas partes furiosamente; y reconociendo el Arzobispo la fuerza de nuestros bujales, y que los capitanes y soldados ardan por defenderse y pelear, y que no habia de poder tomarlos, resolvió con infame determinacion de quemarlos. En este conflicto, juntó D. Lope de Hoces los cabos y generales que se hallaban en él, y arriando todos el juicio á lo más necesario, ocurrieron á sacar la artilleria y fortificarse en tierra; y si el enemigo quisiese llevarse los bujales, quemarlos primero, para que no lograse el intento y triunfase del despojo; y aunque D. Lope puso á la entrada del puerto algunas barcas con vigas atadas y hombres señalados dentro en ánimo y generoso espíritu de resistir, atacados los seis navios de fuego de los tiempos favorecidos del viento que los llevaba sin dificultad ninguna al puerto, los metió dentro, para castigo de gravissimas culpas vuestras, no aprovechando la artilleria que se les tiraba para apartarlos y salvar el riesgo á tiempo; premeditando, no sin juiciosa observacion, ardiendo y poniendo el hombro á esta calamidad y á este incendio, se entraron los cabos á salvar sus navios y á morir, ántes que desaupararlos, de la ira del fuego que de los ciegos de la calumnia. Quemáronse, finalmente, algunos cabos y capitanes señalados, y entre ellos el general D. Juan Bravo de Ayas, el almirante de la escuadra de Galicia D. Juan Pardo, ambos del hábito de Santiago; los almirantes D. Alonso de Mesa y Pedro de Marquintana; los capitanes de galeones Antonio de Raigueta, Baltasar de Torres, Cristóbal de Garnica, D. Gonzalo Novalm y Pedro Fernandez de Cora; los capitanes Rodrigo y D. Diego Rubin de Celis, D. Diego de Cárdenas, Alonso Fernan-

dez Rebellon; los alféreces D. Arias Pardo, D. Estéban de Zamora, y los pilotos mayores Domingo de Encínal y Jaques, con número considerable de soldados y marineros. Cosa verdaderamente lastimosa ver arder 41 navios, porque el uno salió á la mar y con ellos tanta gente de valor, grumetes, marineros, municiones, bastimentos, dándoles prisa á quemar los navios, porque no fuesen presa de los enemigos. Salió D. Lope de Hoces de *La Capitana*, con dos artillazos en un brazo y una pierna, arrojándole á la mar y le sacaron nadando, habiendo cumplido con todas sus obligaciones; pero con la caluennia del Arzobispo, si pudo ó no tomar aquellos 42 navios, aprovecharse de ellos y no quemarlos; de D. Lope, si los pudiera haber salvado saliéndose á la mar y escapar, peleando ó perdersé de mejor aire y fortuna, siguiendo el ejemplo y la osadia de D. Nicolás Judici y D. Francisco Espinola, que escaparon el galeon *Santiago*, que iba á su cargo, saliéndose á la mar y volviendo á la Coruña, siguiéndolo el enemigo siete dias por tomarlo, siendo cosa más posible quemar á España una armada que ganarle un navio. Fué sentido este suceso en toda la Provincia, y discutiendo por ella á Castilla y á la corte, lo fué para al Rey, para los Ministros y para los vasallos, no dejando de desconfiar de todo: con que por ahora dejáremos á Fuerterrabía por tratar de las cosas de Flandes, aduitables y dignas de memoria este año.

Diligente el rey de Francia y Richelieu en extender la guerra del País-Bajo, acabarla y hacerse señor de aquellas provincias, para despues encaminarse á mayores designios en la Europa, no sin gravissimo cuidado de los holandeses, aunque no se atrevian á declarar con él por no perder su patrocinio, de que concluido aquello lo fuese la alianza contraída entre ellos por tantos años habia, se reconocia ya de parar y convertirse en un señorío y servidumbre no ménos pesada y de sujecion, cual se puede presumir de un tirano ambicioso y amigo de usurpar lo ajeno. Para esto procuró con los Estados rebeldes y con el príncipe de Orange hacer los últimos esfuerzos, y los mayores que hasta allí se hubiesen visto, así en



infantería y caballería de ambas partes, como en los demás pertrechos de artillería, máquinas de fuego, municiones y las demás cosas militares concernientes á superiores designios y materias: finalmente, pudo concluir y acabar con los rebeldes, sus confederados, que con armada gruesa y otras embarcaciones menores, y con ejército de 48.000 infantes y 5.000 caballos, á cargo del de Orango y conde Guillermo de Nassau, invadiesen la parte de Dunquerque, para que á un mismo tiempo se diesen la mano con el ejército que él pensaba meter hácia aquella frontera y obrar á la sombra con progresos sagrados de otros dos ejércitos que tenia destinados para la invasión de las demas provincias obedientes y católicas. Había hecho ya ántes, por los meses de Marzo y Abril, muchas y muy gruesas levas de gente, y formado el primer ejército de 45.000 infantes y 6.000 caballos; y dióles por caudillo al mariscal de Chatillon, hereje y hugonote, y una de las cabezas de aquel partido: alistóse en éste mucha gente de la nobleza de Francia y la flor de la milicia, con designio de salir por el Valonés á la provincia de Flandes á sitiar á Santo Omer, y estando ya en pie, formado, y al tiempo de salir en campaña, y fundando en él grandes esperanzas y que habia de ser la ruina de aquel grande y nobilísimo país, y que se le habia de poner en las manos, partió el Rey en persona con el cardenal Richelieu desde París á Compigni á verle, sin embargo de que volvió muy poco satisfecho de su calidad y ménos confiado dél de lo que ántes se le habian alabado, y de las relaciones que se le habian hecho. El mariscal de Chatillon y otro cabo, también hereje y hugonote, conducian tropas de este segundo ejército, que constaba de lo referido, del todo de algun cuidado, por ser este cabo de los mejores y más antiguos soldados de la Francia y llevar algunos regimientos viejos, y con designios de recuperar á Chatelet, que el Infante tomó los años pasados, entrar por el Cambresi y hacer allí facciones considerables y de terror para la fortísima plaza de Cambrai, sin embargo de que despues los accidentes de la guerra y la fortuna de nuevos sucesos, este año, le hicieron mudar de intento. Gober-

naba el tercio el mariscal de Bresi, pariente del cardenal de Richelieu, compuesto y armado de 5.000 infantes y 3.000 caballos, con pretexto de que este ejército señorease el Ducado de Luxemburg, ó poner en necesidad al infante D. Fernando por aquella parte, y embarazar los socorros que de allí, de Alemania y Vestália le podian venir al príncipe Tomás, para los designios premeditados ó defensas que se habian discutiendo; de suerte que tenia sobre sí este año el valentísimo País-Bajo, así de sus rebeldes como de enemigos franceses, entre unos y otros 48.000 infantes y 47.000 caballos, resto para desolar el mundo cuanto y más provincias tan infestadas y por tantos años, de tantos y tan soberbios émulos y gentes, en donde todos han probado sus fuerzas, sus artes, sus designios y materias, sus hechos, venganzas y pasiones, y todo á fin de desarmar esta Monarquía, derramando su sangre y sus tesoros. Y de todos triunfó este año de 38 la nacion española, como veremos, despues de los memorables hechos acaecidos en Italia, y las defensas prodigiosas y formidables que se obraban en Fuenterrabía, y todo de admiracion y de asombro para los que hoy son y serán, y para idea y dechado de la historia y de plumas, aunque se nos pongan delante las griegas y latinas.

Tenia el Infante al opósito de estas fuerzas, si no las mayores, las precisas, y la grandeza de ánimo de su gallardo espíritu, por haberle faltado las levas que se habian hecho en Alemania, y si no las que presumieron, llegaron tarde y á lento paso las que estaban á cargo del conde Octavio Piccolomini; tanto, que apénas pudieron servir á los últimos trances de la guerra de este año, y áun entonces muy menoscabados. Sin embargo, formó un ejército de 9.000 infantes y 3.000 caballos que habia de gobernar el príncipe Tomás, en opósito de los designios del mariscal de Chatillon: formó otro de 10.000 infantes y 3.000 caballos contra los holandeses, que tomó á su cargo y asistencia, y puso en el Ducado de Luxemburg á los intentos de Breso 4.000 infantes y 1.000 caballos debajo de la conducta del sargento mayor de batalla



Lamboy, soldado viejo y muy ejercitado en ambas Germanias y en el servicio de ambos Césares. Con estas fuerzas, aunque inferiores, en suma de 25.000 infantes y 8.000 caballos, se hallaba el infante D. Fernando, no dudando de embestir á los enemigos, hacerlos retirar y triunfar de los dos, hacerlos retro y cara, y debelar, y arredrar del país, como lo hizo con gallardía y denuedo. El duque de Lorena, Carlos, se hallaba á esta sazón á la defensa del Condado de Borgoña, con razonable número de infantes y caballos, en que habia pocos más de 6.000 hombres, al opósito del duque de Longavilla, que le infestaba, como tambien con otro tanto número de franceses el duque de Beimar, inquietando la Alsacia; pero á su frente y para retroceder, sin embargo de irse aumentando en gente con los socorros de protestantes alemanes, mal contentos y franceses aliados, Juan de Bert y el duque Savelica, capitanes imperiales, con otro tanto número de gente, así de infantes como de caballos: el Emperador hacia la guerra á los suecos, asistidos de herejes los enemigos públicos y secretos de la corona Cesárea y del Imperio, alteraban la quietud y el comun reposo, y no vivia sin cuidado Italia. Como ya lo dejamos referido, habia tenido el marqués gobernador 16.000 infantes y 5.000 caballos, habiendo contenido y muerto al general francés, duque de Crequi, y rechazado diversas veces al marqués de Viglia, general saboyano, en el Piamonte, y señoreado á Berceff; de suerte, que contaba el Rey Católico este año, guerreando en Flandes, Italia y Borgoña, sin lo que tenia en los presidios y armadas, y en Fuenterrabia y en otros auxilios de la Europa, 60.000 soldados; siendo reo de todos estos movimientos y conuociones aquella sierpe tortuosa de la Francia.

Y discurriendo con brevedad por otros sucesos de la Monarquía, y varios climas del mundo y donde alcanza la osadia española, digo, que se defendió la fuerza de Melilla, puesta en la costa de Africa, de la insidia de los bárbaros por el valor de los portugueses: que pretendian los holandeses en Goa, plaza fortísima en Oriente y cabeza de las demas que tiene allí

la corona de Portugal, grande imperio y comercio, con 40 navios armados y bastecidos embarazar el descargo de las naos que vienen cada año de aquellas remotas partes, cargadas de riquezas innumerables; mas Pedro de Silva, virey de las Indias, del Consejo de Estado de Portugal, armando seis galeones nuevos y dándolos al general Antonio Tellez de Silva, mandó que los embistiese; y hecho á la mar, peleó gallardamente con ellos dos veces, haciéndoles retirar y desistir de la empresa, no sin gran pérdida de aquellos rebeldes. Lo mismo hicieron en el Brasil animosamente: á 27 de Agosto llegaron los capitanes Francisco de Soto y Pedro de la Carrera y Arenas, enviados al Consejo de Portugal por Pedro de Silva, gobernador de la bahía de Todos Santos y ciudad del Salvador, y por el conde de Bofolo, gobernador del estado del Brasil: siendo ya pasado el medio dia, y cuando S. M. acababa de comer, los trajo Diego Suarez, secretario de Estado, del Consejo de Portugal, á Palacio y al mayor Ministro para que les informasen del suceso; y como entónces no habia en el corazon de los hombres sino el sitio de Fuenterrabia y el deseo que tenían de saber su estado, creyeron algunos que eran de allá los mensajeros: introdujéronlos en el cuarto del Rey y los ayudas de cámara dieron seña de que habia alguna novedad y buena, porque así lo entraron diciendo por el patio de Palacio los capitanes. El Rey alcanzó algo por el alborozo de los que se hallaban allí, mas no sabia lo que era, y nadie se quiso declarar hasta que viniése el mayor Ministro, á quien queria él que tocasen estos avisos y los que-ria para sí; que tan observados eran sus preceptos: bajó por el cuarto retirado y los capitanes con el Secretario por el antecámara; presentáronse delante del Rey, y refirió el uno que, atendiendo los gobernadores del Brasil con su incansable celo y atención á la defensa de aquel Estado, á 46 de Marzo de este año, una armada holandesa hacia carnes y harinas y otros refrescos en el rio de San Francisco, que sin duda ninguna era con designio de embestir con la bahía de Todos Santos y la ciudad, que era lo que restaba para sojuzgar todo el Brasil, y convocaron la tierra y la prevencion porque no



los hallasen descuidados: dió vista el enemigo á la balsa con 45 velas, 25 galeones de porte, y los demas pataches, lanchas y barcas, con 6.000 hombres de guerra; que se les opusieron á la desembarcacion, y sin embargo, echaron gente en tierra; que salieron los portugueses y castellanos, y en varios reencuentros y asaltos los desbarataron, mataron mucha gente, hirieron y prendieron pasados de 2.000 hombres, les tomaron artilleria y los hicieron embarcar, mal de su grado, y dejar la tierra vergonzosamente. Holgó el Rey de oirlo, y mandó que los hospedasen y socorriesen; deseando que aquella nueva fuera de Fuenterrabia, y así lo mostró con afecto notable del corazon. En la Alsacia, siendo Brushe plaza importantísima, asediada por los franceses y alemanes, mal contentos y protestantes, fué socorrida de los imperiales degollando dos regimientos de Beimar, su caudillo. En esto no pudo dejar de decir que no teniendo allí más de un cuidado, habiéndose desembarazado del Palatino del Rin, muértole la gente junto al Africa y recobrando á Mepen, que se pudiera haber asistido con más diligencia á la Alsacia y á Brisac, ambas á dos causas importantísimas por lo que toca á la asistencia justa y debe á la fe del duque de Lorena y á la recuperacion justa y precisa de aquel Estado, y tambien por la seguridad y firmeza y conservacion del Condado de Borgoña y del Condado del Tirol, todo á cargo de la archiduquesa Claudia, viuda del archiduque Leopoldo; y porque no se perdiese aquel paso tan necesario y frecuente para Italia y para la recuperacion de todas maneras necesaria del Ducado de Borgoña; porque el Emperador debia de haber acudido allí con toda su potencia y armas, capitanes y soldados, y cuanto nos parecia á todos que se iba reengendrando en la tranquilidad y sosiego del Imperio, por estar los mayores y más formidables de los enemigos de la Liga retirados y en sus casas haciendo penitencia, y con emienda pública de lo pasado; estando tan de cuidado el partido de los suecos, que no es bueno dejarlo todo á la corte y cuidado de España, cuando de aquellos enemigos se veian extrictos los medios de su conservacion en Alemania.

Cuando por ayudar al César nuestros Príncipes se han echado toda la guerra sobre sí, no puede siempre el dinero estar de manifesto ni se puede aumentar ni sufrir: esta es regla esta-ble de descuido, por sacarle, y que si siempre me le envien nuevos privados, nuevas astucias y cautelas, y de ordinario unos con otros, que es el mayor naufragio que se padece; y de esta manera dicen que entraba gobernando el que mandaba al nuevo Emperador, pretendiendo sus emulaciones con el nuestro, porque no le faltase nada á la influencia del tiempo.

Atento y vigilante S. A. al estado que este año tenia el País-Bajo, los muchos y muy notables riesgos que lo amenazaban y los grandes ejércitos que le cedían, así de Francia como de Holanda, que no habia de combatir con cuatro, y por esta causa resuelto á introducir y formar mañosa y sazadamente una guerra defensiva; ordenó sus tropas de manera, guardando las plazas más importantes, que dejó para caminar lo mejor y lo mayor que pudo, para hacer rostro á unos contrarios y salir con gloria de ellos. Informóse, pues, á esta hora que el mariscal de Chailion, con el ejército francés se hallaba en los contornos de Avevila para entrar por el Valonés en la provincia de Flandes, y Monsieur de la Forza á los contornos de la Fera con intento de cargar á Artens, por donde pasan las riberas del Escarpe y Senset, y el mariscal de Brose hacia Mestres para invadir el nobilísimo país de Luxemburgo. Vistolos así y reconocidos por la prudencia y gran juicio del Infante, mandó, que para el opósito del mariscal de Brose, que el sargento mayor de batalla Bert, con la gente imperial que habia invernado en aquella provincia, ocupase un puesto para poderse dar la mano con Tienvila y Bas y Montmedi, caso que intentase sitiar algunas de sus plazas, y tambien para estar á la mira de los movimientos del mariscal de la Forza; que el coronel Riveroy se alojase en Gubet, y que él con 700 infantes entrase en Tirlenmonte y repartiese la demas gente de su regimiento en Felipevila y Mariemburg; y que el conde de Lemberg se acuartelase en Artens con los tercios del viz-



conde D. José de Pavcara, 40 compañías del conde de Fuentesaldaña, las de D. Francisco Toratio y Carlos Guasco, y el regimiento de Juan Agustín Espinola, y que se hiciesen algunas fortificaciones en Saillie, Escuso y Palber, por ser las avenidas más importantes de aquellos países, cuidando de Arras, Duay, Bapaume y Bechain y que enviase gente al conde de Fuentesaldaña, caso que franceses se encaminasen á Cambresí; y si se inclinasen hacia Flandes, marchase luego la misma vuelta y entregase la gente luego al marqués de Fuentes, á quien se habia ordenado, para investigar los designios de Chaillon, que pudiese los tercios del marqués de Velada, baron de Vesmal, hijo del baron de Grobendock, y D. Guillermo Trésame y el comisario general D. Francisco Pardo, con alguna caballería, entre Gravelingas y Sant Omer, para acudir á estas plazas y á la de Bourbourg; con que se prevenia, no sólo á su defensa, sino que se impedía que los holandeses no desembarcasen en la playa. Y por no haber podido ir á la faccion el marqués de Fuentes, ocupado cerca de la persona de S. A., se encargó despues este cuidado al conde de Fontana, el cual alojó la infantería sobre la ribera que viene de Sant Omer á Gravelingas y Dunquerque. Dióse orden al conde de Villarval que se alojase en Orbesto Capeli, para impedir que el rebelde no desembarcase en Asegast, ó alguno de los que están en el opósito de la Exolusa: al maestre de campo, D. Enrique Gape, que se le alojase en Cochohort, quién dice que para acudir al fuerte de San Job; y á D. Egeñio Oneyu, en Sentase para defensa del Saso; y 10 compañías de D. Enrique de Alagon, conde de Fuenclara, en San Filiste, para acudir á Husebt, donde habia otras cinco compañías de este mismo tercio; y al maestre de campo Anos de Rivacourt se ordenó que se pudiese con su tercio en Bose, para reforzar el dique de Calo y fuertes de la Esquelda; dando orden al coronel Brison que estuviese en Namur hasta que llegase el conde Picolomini. Dispuestas las cosas en este estado, estaba atento S. A., y el príncipe Tomás y todos los cabos del País-Bajo, á los movimientos de los franceses, cuando á la misma

para el mariscal de Chaillon, con el ejército juntado en los entornos de Avevía y el Valonés, en que se incluian 15.000 infantes y 3.000 caballos, se encaminó por San Polui, villa muy flaca y que no podia resistir á tanto poder. Estaban allí dos compañías del tercio de Beimar: envióles Chaillon un trompeta para que se rindiesen, y resistiendo con valor, hasta que vieron delante de sí el ejército y la artillería, no pudiendo pasar más adelante se rindieron con hourados partidos, y de salir con armas y bagaje, que no se les cumplió; usando los franceses en todo actos de hostilidad, y con soldados vencidos la villanía de su trato y ruin proceder, desbaliándolos y quitándoles las armas en el camino. Corrió desde allí Chaillon á Bechune, donde poco antes habia entrado D. José Saavedra con 44 compañías de su tercio, que venia marchando hacia Arlens, con que torció su camino por Potene y Lileves, yilletas aubas de poca consecuencia y sin guarnicion; y encaminóse desde allí hacia la de Ayte, donde á instancia del gobernador envió el Saavedra 400 hombres de su tercio, y el conde de Fontana dos compañías de Besmal: túvose por cosa cierta, como se entendió de algunos que tomó nuestra caballería, que el enemigo queria cargar ántes de otra cosa á Ayte y plaza fuerte; pero hallándola prevenida y con socorro bastante la dejó y pasó á Sant Omer: ganaron el castillo de Arch, distante de esta plaza ménos de media legua; despues ocuparon todos los demas puestos que habia alrededor de la villa, no habiéndolos podido sustentar nuestra gente, ni la que el conde de Fontana tenia, ni quedar su persona en Vaten, que es sobre la ribera, por tener poca gente y haber parte de ella enviado á Ayte y Sant Omer. Habia en esta plaza cuatro compañías del marqués de Velada, 150 ingleses del Triseme, y 200 valones de Besmal, sin cuatro compañías de D. José de Saavedra, y las del gobernador mayor de la villa. Hallábase dentro el baron de Besmal, el sargento mayor de su tercio, que ocupaba con 200 hombres el puesto de Basquerre, y conociendo la dificultad de conservarle, se retiraron con la gente dentro de la plaza, con que habia en ella 4.500 infantes



y 400 caballos. Hizo sacar el conde de Fontana, con órden de S. A. R., 42.000 libras de pólvora de Dunquerque para refuerzo de la villa; y entendido por el Infante el intento de Chatillon, mandó al conde de Isimburg pasase á juntarse con el conde de Fontana, tomando la vía de Poperinghen, y que el príncipe Tomás partiese de Bruselas, y el marqués de Fuentes y conde Juan de Nasao, que con el de Isemburg habian de asistir cerca de su persona, partiesen de los puestos donde se hallaban.

Juntóse con el príncipe Tomás en Bourbourg la gente que traía el conde de Isemburg, y poco despues el tercio del conde de Fuensaldaña y el regimiento de Juan Agustín Espinola, de suerte que, con las demás tropas que se le iban juntando, llegó á formarse aquel ejército en número de 8.000 infantes y 4.000 caballos, sin los cronos que se le agregaron á él. Hallábase alojado á esta hora el Marqués, digo el mariscal de la Forza, en Primont, entre Chatelet y Buchain: creyóse de los de adentro que acometeria á restanar la plaza ó que tomaria á Buchain para meter en alguna diversion nuestras fuerzas, para que obrase sobre Sant Omer el mariscal de Chatillon y con más desembarazo el de Breso, que con la parte de ejército que le habia tocado no habia hecho nada: esperaba el Infante al conde Picotomini para engrosar sus tropas, y envió desde Bruselas á darle prisa al teniente general de la artillería, D. Bernardino de Rebolledo. Los holandeses, á la sombra del protector ya se dejaban sentir; aprestaban su ejército en número de 46.000 infantes y 5.000 caballos; tenian embarcada la mayor parte de su infantería, recogidas en Breda muchas municiones y víveres con 4.500 caballos, al parecer de los de más noticia, el mayor grueso que años há habian juntado, con recelo verosímil de tentar á Amberes, Hulst. ó el Saso: llegaron en confianza tal, que pensando conseguirla, se habian hecho, ó pensado hacer, grandes contribuciones, y sobre ellas se habian librado algunas partidas: quién discurria que dándose la mano con franceses era para la empresa de Gravelingas ó Dunquerque, y que mejorándose el príncipe de Orange por la

dar la vuelta de aquella plaza, procuraria hacer algo en la Mosá. A todo asistia S. A., y á éste con particular vigilancia, porque era el que habia tomado á su cargo y por su persona, con lo que habia quedado de gente despues de haber ocurrido al opósito de los tres ejércitos franceses, con desiguio y aliento verdadero de combatir con el rebelde; pero echado el sitio á Sant Omer, de comun parecer resolvieron los cabos del Pais-bajo socorrerla, y para esto, aprestado el príncipe Tomás con la infantería y caballería referida, que le dió el infante D. Fernando para este efecto, llegó al puente de la Base á los primeros de Junio, á hora y media de camino de Bourbourg, pensando poder marchar á las ocho; y hallándose amanecer en el puerto de Bach, la calidad del país no permitió á los nuestros poder marchar hasta la entrada de la noche, de suerte que por los malos caminos no pudo llegar hasta el amanecer á la vista de Baten, adonde habia gente del enemigo, los cuales dieron aviso con fuegos y ahumadas; y habiendo dos leguas de camino, antes de nuestra llegada tuvieron tiempo de reforzar sus puestos primero que diese vista nuestra vanguardia á un puesto distante medio cuarto de legua de Sant Omer y Bach, para cuyo intento el príncipe Tomás, y para salir con la empresa que tenia en atencíon á ambas Germanías, y casi todo el resto de la Europa, viéndose rodeado de maravillosos cabos y capitanes, y soldados deseosos de emplear sus personas en tan árdua ocasion, puesta la mira y la prudencia en obrar con acierto y consejo al opósito de caudillos tan bien reputados y de enemigos de tanto valor y nombre, ordenó la marcha de esta manera:

Que Monsieur de Pascual, capitan de su guarda, con 40 arcabuceros de su compañía y D. Juan de Vivero, teniente general de la caballería, con 300 caballos en tres tropas, de que eran capitanes de los españoles D. Alvaro de Vivero y D. Juan Padilla, y de los italianos Cárlos de Tutavila y el conde de Scraval, y de los valones el baron de Abise y Ramere, estos llevasen la vanguardia y los siguiesen dos escuadrones volantes de á 600 hombres cada uno, el que gobernaba en primer lugar



el conde de Fuensaldaña, compuesto de 300 de su tercio y los demas italianos con 400 ingleses, y el otro escuadron á cargo de D. Eugenio Oneli, que se formaba de 200 soldados del tercio del marqués de Velada, y 400 del maestro de campo Don José Saavedra, 200 irlandeses y 400 valones del baron Besmal: siguiesen cuatro piezas de campaña con las municiones necesarias, y á lo último los tercios del marqués de Velada Oneli y D. Francisco Torralto, y 400 caballos con los capitanes D. Jerónimo Breveño de la Cueva, Gramont, D. Pedro Arroyo y D. Alonso Dávila; y en su prosecucion, y en la misma orden y diligencia, un batallon compuesto de alguna parte del tercio del conde de Fuensaldaña, gobernándole su sargento mayor, en que iban algunos ingleses. En esta forma salió en campaña á la defensa de Sant Omer el príncipe Tomás sin embargo la poca artillería, bastimentos y municiones; y marchando delante de los tres tercios, y en la retaguardia lo restante del de Fuensaldaña, y de los maestros de campo Juan Agustín Espinola y Carlos Guasco, soldados todos de opinion y de cuenta, quedó el general de la artillería con toda la artillería gruesa y el bagaje en un puente que los nuestros habian hecho en la ribera, dando orden el príncipe Tomás al sargento mayor Guasco, que pasase por Baten y que partiese en anocheciendo para tomar una iglesia en que se habian fortificado 450 hombres del ejército de los franceses. Ejecutólo con tanta bizarría, que del primer acometimiento dejó el enemigo los reparos que tenia en su defensa, no poco fuertes, y corrieron con diligencia á retirarse á la torre: oyose á la mitad de la noche en el campo del príncipe Tomás el ruido de la arcabuceria, siguiéndolos los nuestros la marcha en la manera dicha; llegando la vanguardia al puesto, distante media hora de caumino de la villa de Sant Omer, ántes de las cinco de la mañana, desde donde enviaron reconocedores hasta las fortificaciones del enemigo, prendiendo algunos soldados, que confesaron que en el puesto de Bach no habia sino 500 hombres, mas que les iban llegando gente y se fortificaban muy aprisa. Oyendo el príncipe Tomás que el ejército francés se acababa, resolvió tomar

puesto para reconocerle á su satisfaccion: mandó marchar en la orden que ho dicho, y que la guardia ocupase unos sitios á tiro de mosquete de las trincheras del enemigo, y una empuñencia que sojuzgaba aquella parte con desembarazo para darse la mano y ayudarse los unos á los otros, y plantóse allí la artillería y pusieronse la mayor parte de los caballos con resolucion de acometer ó entretener allí á los enemigos, á quien pareció nuestra gente de mayor número de la que pensaron, porquo llegó en cuatro estancias, y se dió tal arbitrio y disposicion en su forma, que parecia haber llegado en poderoso ejército, por ser la representacion y la apartencia mucha. El capitán Pedro de la Cotera y todos los que iban de vanguardia reconocieron con brio y resolucion, y el príncipe en persona, y hallaron que las trincheras de los franceses estaban defensivas y bien reforzadas de gente y con bastante guarnicion, que se presumia habria pasados de 9.000 hombres. Venia todo el grueso del enemigo marchando de la otra parte de la ribera, donde tenia puente, asistiendo allí todo el dia, y fué causa que el príncipe Tomás, con deseo de lucir y aprovechar la ocasion, y ante todas cosas por no aventurar la gente del Rey, por ser poca, siendo menester mucha más para defensa del país, por hallarse con tres ejércitos enemigos sobre él, determinó socorrer la villa por otra parte, y teniendo noticia de algunos pasos á propósito, por donde se podia introducir, los envió á reconocer, y por el mismo consiguiente á Condé, Luxemburg, Anies, Verlet, y halló que aquel puesto no estaba guardado. Con este aviso, á las once del dia, mientras la vanguardia escaramuzaba con alguna caballería que los enemigos habian echado fuera de sus reparos, si bien no apartándose del abrigo de la mosquetería, movió el príncipe Tomás y sacó por la retaguardia á Juan Agustín Espinola, con su regimiento, y le envió á ocupar el puesto reconocido; llevando instrumentos para fortificarse en él, y algunas municiones y otros refrescos para meter en la plaza, y los pontoncillos para hacer luego el puente.

Ejecutóse esto, sin embargo, sin inconveniente ninguno, ó



hizo avisar luego á la villa que enviásen barcas para recibir las municiones, y que por su parte facilitase el paso para poder salir y entrar con ellas, mientras el Príncipe ordenaba la gente y los pertrechos que habian de entrar; esperando que Juan Agustín Espínola le avisase que los puentes estaban echados en algunas de aquellas riberas cercanas á Sant Omer, que por pequeñas las más no tienen nombre y acaban su curso y corriente con brevedad en la mar, y casi todas reciben el agua de ella misma. Llegó aviso que venian las tropas francesas con resolución de acometer la gente del príncipe Tomás, diciéndole así el capitán Dupré que los habia reconocido y un soldado prisionero, y envió el Príncipe luego á la hora el Comisario general con 10 compañías de caballos y 300 infantes, del tercio de Guasco, para que procurasen cortarlos; al mismo tiempo llegó un teniente de caballos que habia ido á convoyar la gente que salió rendida en Baton, y encontró con los enemigos, que empezándole á tirar, le fué forzoso dejar los convoyes y volverse; y refirió á los nuestros lo que le habia sucedido y la gente que habia topado, y como, á su parecer, era la vanguardia de Chatillon, y á un tambor que enviaban con él, y que le pareció el número de los enemigos como de 6.000 infantes. Llegado esto á las orejas del príncipe Tomás, y que era grueso el número, todavía incrédulo en alguna cosa de la relacion, envió á la hora lo restante del tercio de Carlos Guasco y al teniente del maestre de campo general, Juan de Orozco, para que ántes de empeñarse reconociese con mucho cuidado y prudencia los que eran; y continuando los avisos que era mayor el número de los enemigos, encaminó al conde Juan de Nasao, general de la caballería, y á Dionisio de Gazman, sargento mayor del conde de Fuensaldaña, con algunas tropas y trozos para sustentar los caballos, se apresurase, y que lo restante del ejército coronase la eminencia por que el enemigo no la ocupase, porque de lo contrario era muy posible poder desalojar de allí nuestra gente, obligándolos á pelear con gran ventaja de los franceses. Entretanto que el príncipe Tomás disponia así y ordenaba su campo, y se co-

menzaba á marchar, Orozco y el sargento mayor Fontaneli informado mejor y que la gente del enemigo no pasaba de 2.000 hombres, si bien se habian atrincherado con sus carros, que eran muchos, entre unos setos muy fuertes y á propósito para su defensa y conservación del designio, se tomó otra resolución; escogiéronse ménos de 400 soldados, y estos los acometieron con tanta fuerza, que aunque fueron bizarras en la resistencia, habiéndolos muerto al maestre de campo Flogores, se rindieron á discrecion: ventilóse qué gente se les daría, y por no degollar (no se la concedería otro) gente ya rendida y tanta, le concedió las vidas el príncipe Tomás, y tomáronse municiones y viveres: supose venian á ocupar el puesto de Niverlet, con todo lo necesario para sustentarse en él, con ánimo de impedir é impossibilitar el socorro á Sant Omer. Quedaron presos 4.903 soldados, y entre ellos un maestre de campo de nombre, 47 capitanes, 24 tenientes, 49 alférces, 44 sargentos y muertos los demas y otros oficiales: en varias relaciones y cartas, escritas de ellos mismos, refieren haber sido mayor su pérdida y de gravísimo sentimiento para la Francia. Murieron de nuestra parte y de algunos hombres conocidos, el capitán Felice Judici, el conde Ebrando, sobrino de Piccolomini, personajes y caballeros valerosos; de la nacion italiana 23 soldados y 43 heridos: obraron los nuestros con ejemplar denuedo y valentia, no siendo á los demas franceses y á los que asistian al asedio de la plaza de sazón, ántes de coraje y no buena esperanza para lo de adelante. Encaminándose nuestra gente á mayores y más próximos fines, alojó en el mismo puesto que habia escogido el enemigo, dejando con esta faccion socorrida la plaza de gente y municiones, y retirándose con muy buena orden sin que los enemigos osasen salir de sus cuarteles ni trincheras á inquietarlos. Al tiempo que partió con el socorro Juan Agustín Espínola, entre once y doce de la noche de aquél dia, atacó el enemigo el puesto ganado; y entendido del Príncipe, trasladó el designio, que era reconocer si estaba ocupado para romper el puente; pero fué rechazado, y los que iban para



entrar en Sant Omer hicieron alto para avisar al Príncipe de lo que había para que los ordenase el camino; mas luego se reconoció que se habían retirado y que todo estaba pronto para pasar la gente: envióles á mandar que marchasen á la ejecución de sororear, y llegados á dos horas de día, con bizarra demostración y á son de caja, con banderas arboladas, en número de 400 hombres en siete compañías, y en otras cinco 300 italianos, 400 de Besurd, con dos capitanes, y lo restante del tercio de ingleses de Tresame, llevando la gente á su cargo un sargento mayor y el baron de Besmal, saliendo á darle la mano por la parte de Bach, ayudando aquella gente al socorro con la mosquetaría y algunas piezas que sacó sobre el dique, con que á todas horas se entraba y salía libremente de la plaza, quedando aquellos burgoses y toda la tierra, particularmente el infante D. Fernando y las demas guarniciones del País-Bajo, con sumo contento y alborozo, cuanto confusos y amedrentados ambos aliados, holandeses y franceses, por el buen principio que las tres naciones, española, alemana é italiana, y otros que se han nombrado en este epílogo, habían dado á la guerra de este año, no sin milagroso reparo de los más fieles; observando y atribuyendo que aquella victoria la había dado Sant Omer, por haber sido ocurrida en el día de su celebridad, tránsito y nombre, en que Dios por su infinita bondad es maravilloso en sus santos, definiendo sus pueblos y se magnifica en oír sus ruegos y plegarias, y condesciende con ellos y con sus peticiones; porque cada día con este hecho se esperaba que el francés de todo punto había de levantar el sitio de la plaza, y caso que persistiese en ella, se presumía que con la gente de Alemania, que venía marchando por la conducta del conde Pícolomini, tomaría resolución S. A. R. y le forzaría en sus mismas fortificaciones á hacerlo á su pesar y mal de su grado.

Viendo el Infante á los mariscales de la Forza y Chatillon, ambos capitanes de reputacion, aunque mal parados en sus principios, pero dentro del País-Bajo, y que había prevenido por su parte todas las defensas y cuanto había podido para la

salud de aquellos vasallos, para atender á todo con más precision, y ocurrir con todo su ánimo generoso á la mejor parte de la Europa que se le había encomendado, pasó á Amberes para que, con su autoridad y presencia, se asistiese á lo que daba mayor cuidado, que era el ejército de Holanda, por cuanto su mayor protector no sólo estaba en campaña, pero ofendiendo y sitiando; y si bien rechazados en alguna manera los caudillos con parte del ejército real, y desconfiados por esta causa, siendo lo más forzoso no dejarlos, ántes ayudarlos á introducir la diversion de vuestras armas, había de salir y no desampararlos por descender á su parte y á la presa que llevaba destinada. Estaba á esta hora acuartelado el príncipe Tomás con ejército cerca de Bourbourg, alojamiento que él dejó despues de haber socorrido á Sant Omer y roto los tres regimientos de infantería francesa: tuvo aviso que les venía un grueso convoy; entró en pensamientos de romperle, y para esto envió al comisario general de la caballería, en que hizo ingerir otras de croatos, y con algunas compañías de caballos le envió á que le deshiciese: hizo así D. Juan de Vivero; salió á los franceses, y tomóles 300 carretas, los caballos y algunos prisioneros, y entre ellos un gentil-hombre francés que enviaba Chatillon á París con una carta al Valido de lo que pensaba hacer, en la que decia que, para asegurar sus víveres y estorbar que nuestra gente no entrase en el Valonés, había de ocupar el mariscal de la Forza los fuertes de Ruminghen y Heveluis; con cuya noticia, al instante marchó el príncipe Tomás y se acuarteló cerca del fuerte de Ruminghen, tan á tiempo, que se descubrieron los escuadrones del enemigo que venian á ocuparle. Estando en este puesto y reconociendo los del francés, se vió que Chatillon, para asegurar sus víveres, había hecho sobre el dique que va á Ardres un fuerte, distante media legua del cuartel que había ocupado el príncipe Tomás; y pareciéndole que convenia precisamente ganarle, nombró para esto al maestro de campo D. José de Saavedra, vizconde de Riva, allegado del marqués de la Puebla y hermano segundo del conde de Castellar, para que con 4.000 hombres de



todas naciones y cuatro piezas de artillería lo batiere y lo mase, y el conde Juan de Nasao se emboscó con toda la caballería y 3.000 infantes para estorbar que no le socorriese. Emboscado, pues, Nasao, vió venir un convoy del enemigo: envió los croatas, en número de 300, que venían de vanguardia á desbacerle, y ejecutáronlo; con que quedó la omboscada descubierta y desbaratada de los enemigos: viendo el Príncipe que los franceses se adelantaban para socorrer el fuerte, lo hizo saber luego á D. José de Saavedra para que se diese prisa á llegar y rendirle; y con esta noticia, sin haber hecho batería ninguna, á escala vista, con sumo valor, lo entró por asalto degollando las dos compañías de guarnición que había dentro. Estimó el Príncipe la resolución y el suceso, y alabó á D. José con palabra digna de su persona, por ser cosa tan difícil dar escalada á soldados viejos, y haberlo ejecutado este caballero mozo tan briosa y préstamente, dejando bien vengadas y con satisfacción las heridas que recibió los años pasados de los franceses en la rota del príncipe Tomás, en la entrada del País-Bajo por el Ducado de Luxemburg. Matáronle sólo cuatro hombres ó hirieronle otros tantos, porque saliese ménos empuñada la facción y más heroica.

Era el día en que esto sucedió víspera de San Juan, cuando los sucesos de los franceses en Fuenterrabía tenían más fortuna que en Flandes; pero luego revolveremos sobre ellos y los veremos acabar más deslucidamente, y todos de una misma manera por el fortísimo brazo de Dios. El día siguiente al referido, supo el príncipe Tomás que el mariscal de la Forza se encaminaba con su gente, que eran 9.000 infantes y 2.000 caballos, referidos en la carta que se tomó al gentil-hombre, y reforzados con parte de los de Chatillon, para volver á recuperar el fuerte; con que ordenó que D. Francisco Toralto, napolitano, con 600 españoles y 300 italianos de su tercio, 200 irlandeses y 400 alemanes, fuese á socorrerle; y llegó tan á tiempo, que cerrando con los que acometían, degolló 4.000 franceses á vista de todo su ejército, y socorrió el fuerte: cosa que admiró á los dos caudillos enemigos y ambos campos, atravesándose

de nuestra parte y de la suya algunas escaramuzas. Viendo el príncipe Tomás que duraba mucho la refriega, envió al cuartel por refuerzo de infantería, y dos piezas que había mandado poner en el dique, y otras dos en un sitio que corrían al través al ejército enemigo, haciéndolo gran daño, lo obligó á ponerse en la retirada con tal desorden, que á no tener de por medio el río se le hubiera podido seguir y poner en confusión de mayor pérdida. Quedó el fuerte por nuestro, poniéndole en buena forma para sustentarse; estando resuelto el Príncipe que, al instante que se juntasen con el conde Piccolomini, obligaría al enemigo á levantar el sitio, para dejar con perfeccion dos acciones suyas de tanta importancia y de donde resultó tanta gloria á sus progresos.

A esta hora ya los holandeses, no pudiendo sufrir ni disminuir más el estrago de sus amigos y confederados, los franceses, viendo, sin embargo, la gente del Rey Católico y al príncipe Tomás y otros cabos de consideración de la milicia del País-Bajo ocupados con ellos, dieron principio á su salida, y á buscar sus medras y acrecentamientos á la sombra de los que hacían espaldas para desahogarlos tambien del peso que veían sobre sí, y que los tenía fatigados. ¿Quién duda que el rey de Francia y Richelieu, avisados del mal estado de sus armadas les darían prisa á salir para tener, sin duda, pronta la diversion y alivio de los suyos? Sabieron, pues, los holandeses con orden de los Estados, la cual jamás alcanzaron, ni se la dieron, ni se atrevieron á pedirla, ni se la permitieron, ni se sabe por los demas cabos y antigüedad que la pidesen desde el principio de su rendicion, digo rebelion, que va ya para cerca de ochenta años, ni tuvieron ánimo para pedirla. Esto fué, que pudiesen pelear; no habiendo sido otros sus intentos despues de su infidelidad, que sitiar y bloquear, subprender plazas, excusar las acometidas nuestras y las batallas campales, y á más, no poder pelear como en las Dunas de Nieport; y aun que quedaron victoriosos, no lo pareció, ni á propósito su modo de guerrear, ni jamás se les permitió ponerse en tales trances ni probar la furia de los españoles tantas veces ejer-



citada sobre ellos, sobre sus cabezas, ejércitos y aliados, infinito número de veces; porque era arriesgarse y hacer una dura experiencia de nación tan valiente y superior á las demas y no ménos belicosa. Pero la infelicidad de nuestra era ha llegado á tal flaqueza (no sé por qué), que fuera justo domolar la causa, que no haciendo los enemigos más que nosotros, ni siendo más numerosos ni abultados sus ejércitos, ni más hazañosos, ni ganado ninguna empresa, sino algunas plazas hasta ahora, pequeñas, en Flandes, á la sombra de la infidelidad de algunos malos vasallos, y no siendo más poderosos, su diligencia los hace y los ha hecho más confiados, y á nosotros metido en desconfianza, bien al revés de lo pasado, quo á la que á nosotros nos sobraba les faltaba á ellos; con que se guardaban de acometernos: cosa bien digna de ponderar y áun de sentir. Finalmente, ellos sabieron con órden de pelear en cualquier acacciniménto con nosotros: esto bien se deja entender, y que era en notable mengua y desprecio nuestro, como gente que ya habia caido de su opinion, de su nombre, de su honra, fama y valentia, y que publicaban los franceses que áun no lo decian otros por dos cuiladas-rotas que habian alcanzado en esta era, la de Tomás y la de Leocata, que huyen los españoles, sabiendo con claridad que mienten. Finalmente, siguiendo el curso de nuestra historia y recayendo á los sucesos de Holanda, pues ya se nos han venido á las manos, donde verán cómo huyen este año, avisado D. Felipe de Silva, castellano de Ambros y capitán general de la caballería de Milan, dignidad ventajosa á otra cualquiera, que lo forzó á dejar la promoción de D. Francisco de Melo en la superintendencia de todas las armas de Milan, por no ser inferior, siendo tan viejo y tan antiguo soldado y de tanta opinion y ejercitado en tan ilustres ocasiones, gobernando gentes y provincias con ambos imperios y Germanias, á un caballero bisoño, sin ningun ejercicio ni demostracion de guerra, ni otro uso militar, antojo que deshace y derriba las cosas mucho de su lugar, y las desquicia y baja de su valor y estimacion; novedades que tienen los reinos y la Monarquía para anublarse, si Dios mi-

sericordioso en todas sus obras no pone la mano y la tiene, y quebranta los desertores de la luz y claridad al dueño y al Príncipe, que no sabemos por qué causa no abre los ojos al reparo, siendo de tan buen juicio. ¡Dios omnipotente, házlo tú y apiádate de estos vasallos afligidos y desamparados, que no les han dejado Rey! Digo, que sabiendo D. Felipe de Silva, castellano de Ambros, que en los fuertes que estaban en la Esquelda tenia el holandés algunas inteligencias, quiso certificarle, y envió al maestro de campo Catrit, soldado animoso, á cuyo cargo estaban las tres compañías de valones de infantería de la guarnicion de la casa de los Orfelinos, que está en esta ilustrísima villa; y por las instancias al mismo maestro de campo le ordenó, las repartiése en los fuertes, sacando de allí la guarnicion ordinaria; tomando por pretexto que so habia de formar un grueso con que oponerse á los intentos del enemigo: metió en el de Calo al capitán Maes con 40 soldados de su compañía y 60 villanos del país de Vvas, sacando de él al capitán Vanderstraten, soldado de bizarría y gallardo en todos reencuentros y acometidas; y en el de la Perla puso al capitán Sacli, y el de Bloquesf dió al capitán Sucori, y en el villajo de Urasic, que estaba sobre la misma ribera, habia mandado S. A. R. algunos dias ántes que alojase el coronel Brien, hombre de satisfaccion y de brío, con su regimiento, para guardar aquel puesto, con órden de que estuviese á la de Silva, que se la dió de pasar al dique de Calo, y de que el regimiento estuviese á la disposicion del maestro de campo, Catrit. Estando esto prevenido así, se vieron, el sábado 12 de Junio, llegar cantidad de barcas á Lióo y á Canton de Amor, fuertes que há mucho tiempo que están por el enemigo, y con mucha gente fué desembarcando en la Dula; y el lunes, 14 del mismo mes, estando la mar baja, pasaron el canal los mil hombres, con el cieno hasta la cintura, por frente del reducto Extrelant, que está sobre el dique que va de Calo al fuerte de Berbuoc, llevando sobre trincoos cuatro piezas de artilleria: acometieron al reduecillo, en que habia 45 soldados que se rindieron sin defensa, y de allí se



encaminaron á una esclusa que hay entre él y el fuerte de Calo, que se hallaba guarnecida con 300 soldados del regimiento de Brien, y otros tantos villanos, y dos medios cuartos de cañon; pero no pudieron resistir, desampararon el puesto, y dejaron en él la artillería, y la gente holandesa pasó á acometer el fuerte de Calo, en cuyo dique y espacio que hay de él al de Santa Maria, habia muchos villanos mezclados, y la gente que se habia sacado de los fuertes de la Esquelda, que, por falta de buena disposicion, en dando una carga huyeron todos. El coronel Brien, que acudió á la arma que se habia tocado, pidió al capitán Macs que le dejasen entrar en el fuerte con alguna gente suya, y no sólo no quiso, pero sin hacer ninguna resistencia, bajamente lo rindió á los enemigos que al mismo tiempo que se avanzó hácia Calo, envió con algunas tropas á ocupar el fuerte de Berbuc, que está una legua del otro en que se hallaba la compañía del capitán Antonoda, y él alojó en el villaje de este nombre: rindióse tambien despues de haber hecho una resistencia, pero flaca; y siguiendo el enemigo estos sucesos, prósperos al parecer, y sin oposicion ninguna, y tan en su favor todos, pasó á rendir el fuerte de Santa Maria, en cuya estrada encubierta se habian reparado muchos de los huídos, que incorporados con la guarnicion de él los rebatieron. Acudió desde Amberes á esta arma D. Felipe de Silva, juntando la gente que pudo, de la que se habia retirado, é hizo que se adelantase y fortificase en el dique de Calo, más adelante del dique que viene del fuerte de la Perla, para que el enemigo no impidiese la comunicacion del fuerte, que al mismo tiempo le estaba batiendo desde la Dula con tres medios cañones; y dejándolo todo á cargo del maestre de campo Catriit, como estaba primero, se volvió á la villa á disponer lo necesario para su defensa, escribiendo al Infante, á D. Enrique de Alagon, conde de Fuencierra, cuyo tercio estaba cerca de Hulst, y al maestre de campo Ribacourt, que con el suyo se hallaba en Ielsate, junto del Saso, que entrambos se encaminasen con toda diligencia hácia Burguet. En este mismo dia paratió el infante D. Fernando de Bruselas y se metió en Amberes,

por hallarse más vicino á la disposicion de todo, que fué el remedio y la honra del suceso; y teniendo S. A. avisos frecuentes de que el príncipe de Orange se habia encaminado la vuelta de Bergas Opzon, con la caballería y gran cantidad de carros, y que llevaba embareada la caballería, digo la infantería, en el camino encontró un correo, despachado por el Marqués de Amberes para el Audiencier, con aviso de que el enemigo habia tomado y echado pié en Berbuc: este propio correo, que llegó á S. A., habia topado ántes con D. Estéban de Gamarra, teniente de maestre de campo general, y lo entregó una carta del burgomaestre de Amberes, Sibori, en que le decia lo mismo; con que se adelantó á toda prisa hácia Rispeymunda, de donde avisó al Infante lo que habia entendido, y que los enemigos eran ya dueños de los fuertes de Calo y Berbuc, y del reducio de Sirelant, y que estaban tambien acometiendo el fuerte de Santa Maria para apoderarse de él; y que así, él pasaba adelante á Burgel para ver si estaba guarnecido aquel puesto para la consorvacion de Amberes; y como no hallase gente ninguna en él, llegó á la villa, donde D. Felipe de Silva y el marqués Sfrondato, caballero milanés y de mucho ejercicio y nombre en la guerra y pronta atencion en el servicio del Rey, estaban tratando lo que se podia hacer para que el enemigo no se fuese adelantando, y ajustó con ellos que el Marqués pasase luego á Burgel con toda la caballería que tenia alojada en los confines de esta plaza en Brabant, y con 700 valones de la guarnicion de el de Mer y Erentales; que no habia entonces otra infantería por no haber llegado tres regimientos de Alemania del Emperador que habian intervenado en Lusemburg: escribió tambien al gobernador de Liera que enviase 300 hombres á Burgel, y al marqués de Leiden, que venia con la gente de Ultramosa, para que marchase á toda diligencia hácia Amberes; advirtiéndole que tomase el camino de Malinas por haber tenido nuevas el marqués Sfrondato que el enemigo venia marchando con 70 compañías de caballo y mucha infantería para tomar los puestos y situar esta plaza. Hecho esto, volvió D. Estéban á dar cuenta al



Infante en Villebruck, donde, por consejo de los ministros de S. M. que asistian á S. A., habia hecho alto, hasta saber con más distincion lo sucedido; y no parecióntoles conveniente que se adelantase tanto hasta que llegase la gente que se esperaba y se habia de juntar, para este efecto despachó luego un ayudante del teniente de maestre de campo general en busca del marqués de Leiden y del conde de Fuenclara y Rivacourt, que con toda la brevedad posible llegasen á Burget; y al maestre de campo, D. Andrea Cantelmo, que tambien se avanzase aprisa con toda la gente que pudiese sacar de la que estaba á su cargo. Con estos aprestos se resolvió S. A. el infante D. Fernando de salir á pelear con el príncipe de Orange, ántes que tuviesen tiempo de fortificarse, como lo sabe hacer; y el dia siguiente, que fué á 45 de Junio, despues de haber ocupado el enemigo todos los puestos referidos, y con una salida en que ganó una cortadura que ocupaban en el dique de Calo, la comenzó á fortificar. Acudió á este trance el conde de Fontana, caballero torenés, valeroso y largamente ejercitado en muchas guerras en servicio del Rey, á quien, por estar indispuesto D. Felipe de Silva, encargó el Infante el gobierno de toda la gente que habia en el país de Vvas y de los fuertes de la Esquelda; y ordenó al teniente coronel de Brien, que á los 46, ántes del dia, la acometiese para recuperarla, como lo hizo con mucho valor. A los 45 entró S. A. en la villa, reconoció los puestos y dispuso lo forzoso para la defensa; con que el pueblo se alentó y recogió el ánimo, que se hallaba desalentado; reconoció las cosas más importantes de la plaza, los almacenes, los pertrechos, las municiones, y descendió á las más ultimas cosas y necesidades, y volvió aquella noche á Villebruck, para dar calor á las demas circunstancias tocantes á rechazar los enemigos de ambos confines y frustrar los intentos de subprender á Amberes. Con los puestos que el enemigo tenia ocupados se consideró que podia encaminarse á sitiar á Hulst, con que resolvió S. A. R. y dispuso que el Maestre de campo Rivacourt, se quedase en San Juan de Stiens, y que el conde de Fuenclara, con 10 compañías de su tercio y el

regimiento de Hadelshouen, que era uno de los que se esperaban del Ducado de Luxemburg, y alguna caballeria, fuese á Benveren para guardar el dique que va de Calo á Melson, y á impedir que el rebelde no se adelantase en el país, ocupado aquel puesto; en cuya conformidad comenzó el Conde á hacer una cortadura en el dique para fortificarse allí, y ántes de hacerlo hicieron los enemigos una salida con 4.200 infantes y algunas tropas de daballos, á cuyo encuentro salió Fuenclara con su mosqueteria y los rechazó con muerte de muchos, y entre ellos el hijo único del conde Guillermo de Nasao, á cuyo cargo estaba el manejo de la gente y la empresa: mancebo de pocos años, que ejercitando sus primeros intentos heréticos en el estrago y profandidad de una imágen de Nuestra Señora, echándola en el fuego, el delito no le dejó arribar á la vida ni á lo que se promovió de si la esperanza y vanidad de sus padres, abuelos y antepasados; porque Dios obró, como vigilante celador de la honra de su Madre, con su muerte, y el ejemplo ejecutado tan aprisa sobre tantos hercjes debelados. Desembarcó el enemigo, en prosecucion de sus designios, con todas sus tropas, que constaban de nueve regimientos de infanteria y cuatro compañías de caballos, y embistió los fuertes; peleando en esta ocasion D. Enrique; y porque dándoles tiempo á los holandeses para fortificarse, con dificultad se podrian desalojar, cometiendo el valor al arto y á los arbitrios, partió el Infante á la cabeza de Flandes, viérnes, 48 de Junio, donde habiendo llegado el marqués de Leiden, y Cantelmo con la gente que traian, juntó el Infante á consejo á los marqueses de Miravel y Cerralbo, á D. Felipe de Silva, á los condes de Fera y Fontana, á los barones de Balanzon y Grovendock, y á D. Andrea Cantelmo, personajes conocidos por su prudencia, valor, experiencia, consejo y servicios en ambas facultades, militar y política, y propúsoles que sobre la materia entendida y progresos del príncipe de Orange le dicsen su parecer. Dijo cada uno lo que sentia, y oidos sus pareceres resolvió el Infante que se acometiese al enemigo por tres partes; determinacion tan valiente, que consistió en ella la vida del país y la



gloria del suceso. Encargó al conde de Fuenclara el puesto de Santa María, por ser de mayor importancia, con 45 compañías de su tercio y la gente que se había sacado de los fuertes de la Esquelda y las guarniciones del de Mer, Herentales y Liera; al marqués de Leiden, que fuese por el dique Melson con los regimientos de Brion, Octavio Guasco y del de Hadels-houen, y seis compañías de caballos; y á D. Andrea Cantelmo por los diques que van á Brebuc, el uno del villaje Urasen y el otro de Hulst, con 40 compañías de españoles que habían llegado de Ultramosa, cinco del tercio del marqués de Vellada y cinco del de Fuenclara, el tercio del duque de Arellano, los de Rivacourt, Jeriq, y el regimiento de los de Luxembourg con 40 compañías de caballos; ordenándoles á todos tres que cada uno por su puesto reconociesen las fortificaciones nuevas del enemigo, para acometerlas por su parte á un mismo tiempo, procurando deshalojarle de ellas; y que si esto no pudiese, por estar tan fortificados como acostumbra, se avansasen los puestos lo más que pudiesen, y fortificándose se adelantasen con trincheras, baterías y bombas, y últimamente con el corazon y las manos, que son las dos espadas con que se vence lo más dificultoso é inaccesible. Valióse mucho S. A. R. para la breve disposición de tanto como se había de efectuar, de la experiencia larga del conde de la Fera, adquirida con los hechos inmortales en los más autorizados y mayores puestos de aquella guerra. El sábado, 49, volvió el Infante á la villa, aunque, por no dar más tiempo al enemigo para arraigarse con máquinas y pertrechos, deseó que esta facción se ejecutara la misma noche; pues en cada punto que se diriesse se haría más difícil. Sin embargo, no pudo ser, por no haber tenido tiempo la infantería para llegar á los puestos señalados, y dejóse para el domingo, 20 de Junio, ajustando la hora, que fué á la media noche, y avisando á Fuenclara, á Leiden y á Cantelmo que todos tres, como se les había ordenado, acometiesen á un mismo tiempo, haciendo el deber y lo que de ellos se esperaba. Fué Cantelmo el primero que comenzó el ataque, por el dique que viene de Hulst, llevando en el cuerno derecho las 10 compañías de españoles, y los italianos el

izquierdo, los alemanes y valones en medio; y aunque los enemigos hicieron gran resistencia, se les ganaron cinco cortaduras y el reducto y la torre del villaje de Brebuc, que está poco distante del fuerte. Duró la escaramuza desde las doce de la noche hasta las diez de la mañana, quedando en ella muchos muertos y heridos de una parte y otra. Ordenó Cantelmo al maestro de campo Rivacourt, que en haciéndose una señal, que era pegar fuego á una casilla de paja, se avanzase por el dique de Brasen para tocar una arma muy viva al enemigo y divertirle, como lo hizo, y la caballería la puso entre los dos diques, y sobre el de Hulst dos medios cuartos de cañones que causaron al enemigo mucho daño, ganándolo las fortificaciones de afuera, ménos dos cortaduras que faltaban para poderse arriar al fuerte de Brebuc, y dejando en los enemigos gran terror, que despues se convirtió en sangre y en estrago. El marqués de Leiden, así como empezó Cantelmo, embistió por su parte con la misma resolución y coraje, y ganó una cortadura en el dique de Malson, 400 pasos más adelante del puesto que había ocupado Fuenclara cuando se entregó al marqués; obrando este día de manera que no descació, ántes adelantando, la gran opinión que ha merecido en tantas ocasiones.

Éste, pues, con quien asistió el de Fontana, que era el cabo de toda la gente, acometió por su lado al mismo tiempo, y duró el ataque, con terrible porfía y mortandad de ambas partes, doce horas; y aunque éste era el puesto que tenía el enemigo más fortificado y defendido, fué la osadía y constancia de los españoles y de maestros de campo tan bizarra y valiente, que el holandés hubo de ceder á su valor y al de los valones que los seguían, gobernados por el sargento mayor del tercio de Calrit, que obraron también valerosamente. Ganáronsele al enemigo en este acometimiento todas las fortificaciones, y un reducto que tenía sobre el dique de Calo, hasta arriarse á un bomabeque que habían hecho delante, por ser este cuartel el que más importaba para mantenerse el enemigo, por cuyo respeto ponía mayor esfuerzo, ayudándolo el terreno, que era



mucho por aquella parte, y el puesto el más á propósito para recibir los socorros.

Hallándose el conde de Fuenclara con mucha gente herida y muerta, porque era inmenso el coraje y peligro con que habia peleado, envió á pedir á S. A. R. algunos refuerzo para volver al combate y acabar de extinguir á los holandeses: no le tenia pronto, pero acudió al castillo de Amberes, sobre que era la recuesta, de donde sacó 200 hombres en cuatro compañías, dos de arcabuceros y dos de corazas, que marcharon luego, para que estos peleasen con picas y los otros con sus carabinas; y estando resuelto que el día siguiente se acometiesen las fortificaciones que quedaban por ganar, y prevenido para este efecto todo lo necesario, envió á las diez de la noche el conde de Fuenclara á mudar la gente, que tenia de vanguardia en los puestos que habia ocupado, para embestir á las doce, que era la hora misma en que habia peleado la noche ántes. Advertiéndole que en los del enemigo no se sentia rumor ninguno, los envió á reconocer; y hallándoles desamparados, entró en ellos y ocupó el fuerte de Calo, y pasando más adelante, reconoció que los enemigos estaban formados en escuadrones en un esguazo muy grande que hay entre el dique y el puesto por donde esguazaron el canal; y el marqués de Leiden, á quien tambien habia avisado que el enemigo se retiraba, se adelantó con su gente á la hora que D. Andrea Capitelmo venia marchando por el dique con la de su cargo. Embistieron Fuenclara y Leiden, y no haciendo ninguna resistencia, se rindieron, arrojando las armas en tierra, pidiendo cuartel, y siguiendo el ejemplo miserablemente su caballería; muchos de los que iban huyendo á embarcarse se agarraron, quedando rendidos y presos pasados de 2.500 hombres, entre ellos dos coroneles, dos tenientes, 24 capitanes de infantería, y dos de caballos, muchos sargentos y alférrices, sin los referidos, así en los ataques como en la villa, que fueron muchos. Y los más soldados de puesto y nombre; de suerte que toda la gente que desembarcó, que eran más de 6.000 infantes veteranos y cuatro compañías de caballos, no se libraron más de

doce de infantería bien destrozados: ganáronse 50 banderas y tres estandartes, 26 ó 30 piezas de artillería, y 84 barcones, los más de ellos con viveres y municiones de guerra, dos pontones y dos fragatas, y varios instrumentos y artificios de fuego. Fué señalada esta victoria y las rotas pasadas sobre los franceses en Sant Omer: toda la tierra aclamaba victoria por el Infante; los enemigos, unos y otros estaban suspensos, atemorizados y corridos de no haber podido poner sus intentos en ejecución, particularmente el príncipe de Orange, con la nueva resolución de pelear con nosotros: soberbia que abatió Dios debajo de los pies de nuestra gente. Fué el Infante con mucha y muy lucida compañía, así noble como plebeya, á dar gracias á la divina Majestad, á la iglesia mayor de Amberes: envió á la hora aviso de todo esto al Rey Católico, su hermano, que desbarazó el corazon y templó de los cuidados de Fuenclara, que á esta hora andaba muy arriesgada, sobre que luego revolveremos á concluir gloriosamente sus fines. Fué el Rey á dar gracias á Dios por la victoria á Nuestra Señora de Atocha, acompañado de todos los grandes y ricos hombres, títulos y caballeros de la corte, con solemne alegría y aplauso del pueblo, y agradeciendo á su hermano en cartas el servicio que le habia hecho en librar la nobilísima villa de Amberes del yugo y las coyundas de la herejía, y de bolandeses que tanto deseaban subprenderla: otras relaciones y cartas afirman ser mayor la pérdida de los enemigos en gente y en despojo, y subian los muertos y heridos á 8.000. De Holanda se tenia por cierto que el príncipe de Orange, su caudillo, como tan gran soldado y de escogida noticia y experiencia, reputaba esta pérdida por la mayor que han tenido los Estados, por ser todos soldados viejos, y los que habian militado con él y halládose en todas sus empresas y seguido sus fortunas treinta años. Faltaron de nuestra gente, en el tercio de Fuenclara, el capitán D. Matias de Lizerazu, sobrino del marqués Juan de Ziriza, que le hallaron entre los demas cuerpos muertos, con la espada sangrienta en la mano sin haberla soltado; los capitanes D. José de Vergara, D. Antonio de Verdeja,



D. Felipe de Campos, quedaron heridos, y con un brazo más nos el capitán D. Sancho de Monroy, hijo de D. Antonio, señor de Monroy; heridos los capitanes Juan del Rio y Domingo Garibay, y prisionero Juan de Rocafort; y de los reformados, D. Juan de Alcozer, D. Juan de Alvarado, D. Luis de Andrada, D. Tomás Plunquet, irlandés, y el teniente coronel Cristóbal de Castro; de soldados ordinarios, muertos 451, heridos 316 de las cinco compañías del marqués de Velada; fué herido D. Juan Feliz de Balaguer, y preso Pedro de Alcántara; 36 soldados muertos y 87 heridos: del tercio del duque de Ave-lana, hermano del príncipe Doria, el mismo duque, los capitanes Genil y Fino, de los reformados, Antonio Brunel, Carlos de la Marra, Simón de Licani, Bernardino Teso Macaso, Santos del Ito, Tomás ó Juan Bautista, 41 muertos y 404 heridos del tercio de Rivacourt, heridos Jaques de Vinol, su sargento mayor y los capitanes Luque de la Porta y Ferdinando Boicourt, 49 soldados muertos y 78 heridos: del tercio de Grequi, herido Arles de Añon, capitán reformado, 47 soldados heridos y 45 muertos: del tercio de Catrit, el sargento mayor Vanderstraten, herido, y 423 soldados, y muertos 33, y entre ellos el capitán Oper, persona de cuenta: del regimiento de Fordi, el teniente coronel herido y 66 soldados, y 44 muertos: de los tres regimientos que gobernaba el marqués de Leiden, 45 soldados muertos y 30 heridos, y entre ellos el de más nombre y el teniente general de la artillería, que hacían todos 234 muertos y 822 heridos. Poca pérdida de gente, á mi parecer, para una facción, sin duda, grande, rebatida con generoso denuedo por tan valientes cabezas, y alcanzada por el Infante, á todo cuanto tenía premeditado en juicio maravilloso, como el del príncipe de Orange, con que calificamos, por tanto, mayor y más admirable el de S. A. Fué grande el alborozo de la villa de Amberes, que se coronó de luminarias, aclamando á S. M. C. y á su hermano: salió la gente á ver los prisioneros, como triunfo de sus armas, y pasaban á ver los cuarteles en que se fortificaron los enemigos, arrojados por los nuestros; venían cargados muchos del pillaje de ropa, y los soldados de armas,

haciéndole rico del dinero que se hallaron para la paga del ejército holandés y la plata del general y otros capitanes: hizo la piedad cristiana de S. A., como otro Josué, capitán del pueblo de Dios, hacer sufragios y ofrecer sacrificios por las ánimas de los muertos, y hallóse en ellos en la iglesia mayor de Amberes: causa justísima, por haber muerto en defensa de la religión Católica, Apostólica, Romana, y en servicio de su Príncipe. Mandó curar los heridos con todo cuidado, y que se les acudiese con más que lo necesario: á este paso y al desvelo y atención grande del Infante en cuidar tanto de aquellos soldados suyos, así por los muertos como por los vivos, y en hacerles merced y proponer al Rey, su hermano, para que se las hiciese mayores: en largos elogios señalaba los que habían servido, así las cabezas como los soldados ordinarios. Eran los gemidos de Holanda en esta pérdida como los daños que recibieron de los navios y armada de Dunquerque; porque el sitio de Saut Omer, como ya lo dejó referido, y el querer tentar á Amberes, no ha sido sino para quitar de allí aquel cuidado, apoderándose de aquel puerto.

Tuvo S. M. el aviso de este suceso, lunes, 19 de Julio, por la mañana, y fué luego á su capilla á dar gracias á Dios, cantando solemnemente el *Te Deum*. La corte recibió entre tantas congojas un consuelo; pero decían, siendo esta nueva de tanta importancia, la trocarían por una teja de Fuenterrabía, por ser fracaso dentro de los terminos y límites de España, donde tanto conviene excusar la guerra y no dar ocasion á ella; y tambien, si la hubiéramos sacado de las manos á los franceses.

Y prosiguiendo en los sucesos de aquellas partes, en el ejército que mandaba el duque de Longavilla, en el Ducado de Borgoña, y en la entrada que habia hecho en el Condado, por el mes de Julio, y el opósito que le hacia el duque de Lorena, aunque con poca gente, asistiendo á la defensa de aquel antiquísimo y fiel Estado; sin embargo de haber enviado allá á D. Antonio Sarmiento de Acuña, hermano del conde de Gondomar, á alentar y consolar aquellos nobles y constantes vasallos, con muchas sumas de dinero efectivo y en letras para el



socorro del ejército; el de los franceses, entrándose por aquel país hacia guerra muy sangrienta por los villajes desarmados, cometiendo otras maldades, insultos y sacrilegios, hijos de su dañado corazón y esultó: pasó á rendir á Chorin, castillo floco y de ninguna defensa, y estando por gobernador, aunque ya dejamos referido algo de esto en lo de atrás, el capitán Cadet, de la misma nación de Borgoña, oponiéndose al intento de los franceses con su valor y osadía, y no teniendo fuerzas para pasar adelante, dándose á partido, rindió con honrosos conciertos, de salir libre y los soldados con armas y banderas, y faltando los franceses á la palabra y á las leyes y derechos de la fe y humanidad, le aborcaron; y para mayor demostración de su flaqueza y ninguna seguridad, haciendo alarde de la villanía de su condicion, trajeron á la mujer del capitán para que le viese pendiente de la horca, y ella con generosas palabras dijo, que mejor le parecia su marido en aquel puesto por haber guardado la fe á su Príncipe y señor, que si le viera infiel y con grandes premios. Llovieron el cuerpo dentro al castillo de Yachon, para vencer con el espectáculo, el ejemplo y el cadáver el ánimo del gobernador, si luego no se rendía: respondió al francés que no temia sus amenazas, que antes perdería la vida que entregarse; y sucedió así, porque á y todos los soldados que tenia resistieron hasta el último suspiro: sin embargo, la maldad francesa es tal, que aborcaron el cuerpo muerto. Pasaron á Fontenay que tenia de defensa no más que 30 hombres; socorrióla D. Antonio Sarmiento de Acuña con 60, metiéndoles pólvora, balas y dinero, y redujo á este fin y á buena forma y disciplina el ejército del duque de Lorena, que andaba desbandado por falta de pagas, y viendo que ni el Duque ni el marqués de San Martin, gobernador del Condado, podían socorrer á los de Fontanay, por hallarse en otras campañas, se dió tal diligencia en el socorro que les dió, é hicieron tal esfuerzo, que siendo estos castillos no más que unas casas de campo fabricadas de piedra, sin francos ni fosos considerables, tanto, que en ganándolos los enemigos los quemó, sin embargo, los resistieron de manera que hizo-

ren sufrir á los franceses la batería de cinco dias, rechazándoles algunas minas y asaltos: juntaba el gobernador los soldados que podia y los animaba á la seguridad y á la defensa y á morir por su Príncipe sobre sacrosantos juramentos, consesáronse unos con otros por falta de sacerdotes, que tanto era el aprieto de la tierra, y entrándole el francés, hallaron con vida solos dos hombres, y al gobernador, que habia sido volado de una mina, con muchas heridas, que estaba espirando, y sin embargo, lo pusieron en la horca para que acabase en aquel infame suplicio; procediendo los enemigos tan bárbaramente y con afrenta pública del cundillo y grande mengua de su calidad y honra, que ante esta narracion no es capaz de ponderar su delito, ni de encaroerle por su fealdad y abominaciónes: tales son los franceses; si bien el gobernador mereció lauro por su fidelidad.

Hallábase el duque de Lorena á esta hora en Besanzon, con el ejército algo avanzado de aquella ciudad, con pocas ó ningunas municiones, la caballería desmandada, sin obediencia y sin tren de artillería: socorrió D. Antonio Sarmiento esta falta con toda diligencia, dió á la infantería y caballería municiones para cuatro dias, dióles 500 mosquetes, picas y lo necesario para el tren, con que pudo marchar el ejército, que ya tenia forma y constaba de 5.000 infantes y 3.000 caballos: hallábase el enemigo en estos trances á las puertas del Poloni, villa más importante que fuerte, y que podia apenas resistir un dia el peso de los franceses: afrontóse el duque de Lorena con ellos, cuya órden, valor y concierto los puso en pensamiento de retirarse, y lo más verosimil, con demostraciones para subprender nuestra gente, valiéndose de la noche y amparados de la oscuridad, tomaron un camino estrecho y subieron á una montaña, donde si hallaran alguna resistencia fuera indubitable su perdicion y ruina. Pero los grandes capitanes tienen por mayor victoria y más segura regla de Estado ocasionar á los enemigos la fuga ántes que embestirlos, porque en lo primero se hallan vencidos, y en lo segundo se pone el hecho en aventura y en manifiesta incertidumbre de vencer;



como se reconoce por los de mayor juicio, que los sucesos de la guerra son varios y llenos de accidentes. Sin embargo, este designio del enemigo le dió tanto aliento y ventaja, que ocupando en la eminencia puesto igual al nuestro, tuvo avilantez de arrimarse al ejército del duque de Lorena á ménos de tiro de mosquete, fortificándose todos los batallones de la infantería, poniendo entre ambos campos algunas tropas de caballería, y reservando 2.000 infantes para la ocasión; pero los franceses, ó constreñidos ó apretados, no descando perder tiempo, embistieron un puesto de loreneses por el coronel Bernival que le cedió con pérdida de dos cañones ligeros, ganados en algunos castillos á los enemigos. De aquí corrieron con diligencia al fuerte del coronel Arbois, y otras tropas al de Barloqui, llamado el regimiento del Rey, y no estando allí su coronel, la gente anduvo de tan buen aire y corazon que rechazó por tres veces al enemigo, y con rara resolución embistió estos dos fuertes, el de los borgoñones y baron de Cuchite, haciéndolos perder mucha de su gente y de ánimo, tanto que abandonaron el puesto y á toda prisa marcharon la vuelta de Francia, dejando la Contea de Borgoña, sin tener aliento para campar más en ella. Querían los cabos seguir á los franceses, para dar entero fin y remate á la victoria, mas al duque de Lorena, siguiendo la doctrina militar que dejamos apuntada, le pareció no aventurar las tropas ya que se habia conseguido felizmente el echar al francés del Estado con pérdida de más de 4.500 franceses, los más de ellos oficiales y gente particular, y con notable número de heridos, sin los que perdió en la toma de los tres castillos, de que se le ocasionó la ira y desesperacion infame de ahorear, contra lo capitulado, al primer gobernador y á los demas despues de muertos. Quedó aquel Condado libre por entónces de las asechanzas de franceses y de sus insidias.

Los cuidados iban creciendo cada dia en tanto grado, y las guerras extrañas y forasteras procedian con tanto ardor y fatiga, que no dando lugar á la recuperacion precisa del Ducado de Borgoña, disipado años ántes por la iniquidad

de los franceses, siendo patrimonio noble y antiquísimo de nuestros Príncipes, por donde los primeros casamientos de suma prosperidad entraron á heredar los Estados de Flandes, las Asturias y las otras tierras y provincias que componen nuestra Monarquía, que les constituye émulos de su potencia, y los hace anhelar á la desolacion, ardiendo en perpetua envidia; pero Dios, admirable y fortísimo en su sabiduria y en sus obras, la defiende y tiene de su mano. El presidio de Lionvila, plaza del Ducado de Luxemburg, teniendo aviso de un convoy de franceses para meterle en Metz, de Lorena, 40 leguas de distancia, de donde se formó la guarnicion referida, los esperó y emboscó en un puesto, á su parecer, conveniente, y al pasar el convoy cerraron con los que lo llevaban y se le quitaron: degollaron 200 franceses y tomáronles 300 caballos, poniendo en huida á los demas. Al amparo de estos sucesos y favores del cielo, salió el Rey Católico, á 20 de Julio, dia de la Magdalena, con la Reina y con todo el lustre que siempre, de grandes y otras personas de cuenta, á dar gracias á Dios por tantas victorias á Nuestra Señora de Atocha, si bien estas últimas aún no habian llegado á la corte.

Atendia el príncipe Tomás al sitio de Sant Omer y la perseverancia de franceses á la expugnacion. Sin embargo de haberla socorrido á su vista y á su pesar contra la multitud de sus gentes, armas, fortificaciones y artificios, rota de sus tropas, y haciéndole ceder de los puestos, habiendo metido en ella gente, víveres y municiones, resolvió en hacerlos levantar de la villa, disponiendo la forma y los medios más eficaces y necesarios para ello; y estando con este mismo cuidado y vigilancia el infante D. Fernando, arrimando el juicio y las fuerzas á la felicidad del intento, dió orden al conde Octavio Picolomini, marchase con sus tropas la vuelta de Sant Omer. Hallábase el príncipe Tomás con poca gente para tentar la empresa, y con algun cuidado de que el conde Picolomini no llegaria tan presto á juntarse con él, y que las fuerzas de los franceses eran superiores, para no esperar las demas, sin embargo de las muchas fortificaciones que tenian, con acuerdo



de ingenieros y personas prácticas del país, trató de cerrar las riveras que pasaban á Baten, abriendo un dique para sustentar las aguas con que inundan todo aquel contorno, por ver si con barcas podía socorrer segunda vez la villa y desalojar á los franceses; y la presteza de la ejecución fué tal, que en tres dias cerraron las riveras, haciendo primero pasar algunas barcas y dos fábricas flotantes con seis piezas de artillería para abrir paso á la jornada. Dióse por resguardo á lo comenzado el tercio de Carlos Guasco, avanzándose á Baten, y el de ingleses de Enrique Gaguc, y dos compañías de Besmal, que á la hora se ballaban en aquel puesto, fortificándose con brevedad, los de la iglesia en un molino, y en una isla de aquella ribera que tenían franceses, y echando á la otra parte alguna gente del regimiento de Juan Agustín Espinola, para fortificar un reduto y aguardar la venida de Orquelechot; con que no tenían ya los de Bach, por la inundacion de aquellas praderías, comunicacion con su ejército, dejándolos cortados, puesto que eran tambien de los enemigos. A esta hora llegaron las tropas imperiales entro Casel y Baten, desde donde se avanzó el conde Picolomini al cuartel del príncipe Tomás para ajustar lo que se habia de hacer; reconocieron todos los puestos que el enemigo tenia fortificados; pareció forzoso echarle del de Bach, ó tomar otro á propósito de conseguir la comunicacion con la villa, ó no era posible socorrer á Sant Omer. Estaban por aquella parte muy fuertes los enemigos, y no obstante que perseveraban en esa confianza, se tomó resolución de atacarlos por aquella parte, porque ganándoles el puesto quedaba enteramente asegurada la villa para concluir el hecho más presto y quedar fuertes contra la invasion de los franceses y sus acometidas en los trances que se esperaban. Esta diligencia del príncipe Tomás, y ardor de nuestra gente, hizo traer hácia aquella parte á los generales franceses; el mariscal de la Forza con 15.000 infantes y 4.000 caballos, y el Chatillon no tan fornecido, porque con las dos rotas recibidas de nuestra gente se hallaba destroncado y falto de soldados, como buscando su abrigo á la sombra del otro, como más nu-

meroso y con resolución de atender al sitio hasta conseguir la villa.

Reconocido el designio de ambos generales, se adelantó el príncipe Tomás con el poder y con la industria para entretener al mariscal de la Forza, como más poblado de gente, para que no se juntase con Chatillon. Para esto se mandó que el conde Juan de Nasao, se pusiese junto al fuerte de San Juan con 4.000 caballos imperiales, los croatos y el regimiento de Roverio, y que si el de la Forza abandonase aquel cuartel, le fuese incomodando los víveres y dañando cuanto pudiese; que el conde Picolomini, con su infantería y 800 caballos, fuese por la mañana del miércoles 7 de Julio, la vuelta de Ruminghen, y que se quedase hasta la tarde cerca de Bach, en la parte donde no pudiese ser descubierta, para atacar el Bach por la mano derecha, y tomando las fortificaciones de abajo, quitar por su parte la comunicacion con el dique, proseguir á los otros puestos con escalas y todo lo necesario; y retiróse el príncipe Tomás de su cuartel á las cinco de aquella tarde, sin tocar caja, dejando las guardias puestas hasta la noche para seguir los alcamaes. Fueron de vanguardia desde Baten 4.000 caballos con el teniente general D. Juan de Vivero, á quien siguieron los tercios del conde de Fuensaldaña, su hermano, y Juan Agustín Espinola, con cuatro piezas de campaña, municiones de guerra y otros instrumentos; y los tercios del marqués de Velada, D. Francisco Toralto, Carlos Guasco, Enrique Gaguc, D. José de Saavedra: ordenóse á Don Eugenio Oneli que quedase en Baten con el suyo y dos compañías del baron de Besmal, para que con las barcas y fábricas flotantes ocupasen los puestos que podian impedir el paso al enemigo, y que cortando el dique se diesen la mano con los de la villa. Con esta orden y con el ardor y coraje de nuestra gente se ganaron todos los puestos que fueron á propósito para el intento; y, sin embargo de su defensa y obstinacion, tomaron los de Sant Omer un reduto de Bach, abriendo camino con el brío y con la espada, con que recibieron pólvora y mucha, necessitando de ella notablemente: llegaron



los nuestros á la campaña á vista de Bach, con que el conde Picolomini comenzó el ataque, ocupó dos fuertes y dispuso los aproches para batir el que estaba hecho en la iglesia de San Momein, que ganado éste se presumió no harían los otros nueva resistencia. Encaminóse el príncipe Tomás con su gente á Niverlet, que le halló sin fortificación alguna; pero dentro y con la dificultad de un marrazo, habia hecho el enemigo cinco fuertes y reductos de impedimento para la comunicacion con la villa: cerca de la abadía de Mares habia otros dos fuertes, desde donde se daban la mano con Bach por un dique de fagina con su palizada que cerraba el paso: tantas eran las fortificaciones de los franceses, desde que se metió el primer socorro en la villa, para rechazar el segundo, que parecia imposible resarcir el asedio. Resolvió el príncipe Tomás acometer los tres fuertes que cortaban el camino, los de Desmarces y el de Bach, para cuyo efecto encargó al conde de Fuensaldaña el ataque del que estaba hácia Demases, y á Juan Agustín Espinola el que habia sobre el mismo camino para ir á la villa; y á D. Francisco Toralto el que estaba más cerca de Bach: fabricó el conde de Fuensaldaña un puente sobre la ribera que corre por aquel puesto, que no pudieron tomar los otros por no haber llegado el tren de la artillería del ejército de Picolomini adonde estaban los pontones; pero todos trabajaron con tanta presteza en hacer fagina, demás de las que hallaron y que habian sobrado al enemigo, que dieron cumplido remate y perfeccion á la obra; y estando todo á punto, envió el conde de Fuensaldaña dos capitanes con 250 hombres para embestir el fuerte. Llegaron muy cerca de él, habiendo pasado por mucha agua y por un foso grande, y corraron con él gallardamente, si bien hallaron en el enemigo valor y resistencia; pero viendo Juan Agustín Espinola que enviaba socorro al fuerte, acometió con los españoles, echándose al agua por no estar hecho el puente; tomaron por asalto el fuerte, no obstante la dificultad del foso y la mucha agua que lo impedía: acudió luego el enemigo, viendo con cuán poca gente se lo habíamos tomado y lo que le importaba aquel puesto y su

recuperacion, con batallones enteros para volverlo á tomar; mas el príncipe Tomás le reforzó con gente de todas naciones, municiones y faginas, en que la de Juan Agustín Espinola trabajó con singular ejemplo para los demas, señalándose el sargento mayor Dionisio de Guzman, porque con las cortaduras y medias lunas que puso en órden, y con la gente que llevó de refresco y se le iba echando rechazó cinco veces al enemigo. Aquí debatiéron tan porfiadamente nuestros españoles y ellos, sobre conservar y recuperar, que perdieron ellos más de 2.000 franceses, muchos cabos y oficiales y el mariscal de campo Laboré; y de los nuestros murieron, los capitanes D. Pedro de Cepeda, D. Diego de Velasco, pocos soldados y algunos heridos. Siguió el mismo día D. Francisco Toralto, porque viendo ganado aquel fuerte, atacó el suyo sin puente, y venciendo la dificultad de seis cortaduras y la inundacion del agua, que estaba muy alta, fué asombro de los enemigos y de admiracion á los demas cabos y maestros nuestros, con no más de cuatro soldados de pérdida. En consecucion de esto, amedrentados los franceses de estos sucesos, desampararon el puesto que habia do atacar Juan Agustín Espinola, y quedaron los dos fuertes que tenían en medio cortados de todas partes, con que se rindieron á la hora, si bien, como ellos dijeron, por falta de municiones; excusa muy flexible para tanto número de gente y ejércitos con que habian comenzado la guerra este año: habia dentro un maestre de campo con 300 hombres, cuatro piezas de cerco y dos mosquetones que quedaron en dos riberas altas. A esta hora, el conde Juan de Nasao habia pasado al fuerte de San Juan con toda su caballería y puéstose á la frente del mariscal de la Forza, que tambien se le fué arrimando; y viendo, pues, el enemigo tan cerca un hermano del conde Coloredo, que estaba de guardia de la caballería imperial con el regimiento nuevo de Picolomini, le embistió, sin embargo de ser rechazado y muerto; pero reconocido por el conde de Sarraval, donde estaba el conde de Sorri y la compañía del conde Virca, y que el enemigo se inclinaba á ellos, aunque sin órden, resolvieron de



cargarle; rompieronlo dos gruesos, rebatiéndolos hasta el bosque, y á haber dejado á D. Carlos de Padilla los hubiera roto con tres batallones de infantería que no habian tomado puesto; no obstante, se retiraron algunos de los nuestros, siendo cargados en pasos estrechos, cayendo en el foso parte de los nuestros, y entretanto tuvo al cacuzigo el baron de Ambiere en esta retirada, con que el daño fué ménos y pocos los muertos.

Enviáronse á la villa 4.000 hombres de refuerzo por los puestos tomados; y entró en ella el conde de Isembourg, por que el valor y ardimiento de nuestra gente lo habia abierto camino, dándole toda la asistencia necesaria. Querian ambos generales franceses venir por el puerto de Demares, con que les hizo opósito nuestra caballería y el regimiento de Robeno, y dejando en el fuerte 200 hombres con algunos croatos para tomar noticia; pero luego se retiró. Fué acabando el Picolomini sus aproches y baterías hasta 4 de Julio, de que teniendo aviso el príncipe Tomás que el francés quería socorrer á Bach, le dió orden que se diese prisa, porque tenia noticia que el enemigo queria dar un asalto general á la villa; y para rebatir esto mandó á D. José de Saavedra que, con 4.000 españoles; y á Francisco Toralto, que con 800 hombres de las otras naciones y 800 caballos, no dejasen obrar al de la Forza. Partieron y llegaron cuando la gente de Picolomini estaba puesta en batalla: tomaron los puestos más árduos y más á propósito con diligencia tal, que hizo entrar á los franceses en desconfianza de correr con el sitio adelante, y en no perder tiempo para avisar al Chaúillon. Hizo se y capitulóse, que si á los 12 de Julio no les viniese socorro entregarían el fuerte de la iglesia de San Momein, dando por rehenes dos tenientes coroncles y dos capitanes, y que tratarían entretanto por los demas fuertes: nueva y maravillosa accion de guerra, que pudiesen partidos los cercadores, capitulasen y diesen rehenes sobre que los dejasen retirar entregando los puestos; partidos á que se rinden ordinariamente los sitiados. No podia el francés tentar el socorro de los suyos por Demares, por estar los nuestros vivamente señoreados de ellos, y de la misma manera de los pasos forti-

ficados, haciéndoles muchas ventajas; sin embargo, mandó el príncipe Tomás á D. Eugenio Oneli que atendiese con cuidado á sus artes y movimientos, porque los tratados de los franceses pocas veces ó ningunas son seguros ni de fe, como sucedió, porque mientras se estaba capitulando, vieron en aquella parte una recia escaramuza: atendió á ella con onviarlo el conde Picolomini, como más cercano, 500 hombres de refuerzo, unucionados; y embistió á los franceses el D. Eugenio, y ganóles seis contaduras, no sin alguna dificultad, no dejándolos más terreno donde afirmarse; de suerte que todo lo iban perdiendo con gran desembarazo de la villa: degolló pasados de 500 franceses, quitóles cinco barcas, las dos cargadas de bizcocho y una caja grande de balas y algunos toncles de pólvora, faccion que nos costó muy poca sangre. Rindieron los demas puestos con orden del poco afortunado Chaúillon; concedióles el conde Picolomini salir con armas, algun bagaje, pero sin mecla encendida; dejaron cuatro piezas de artillería y una bandera blanca, que con notable alborozo y alegría de aquel pueblo y de la milicia, se puso en la iglesia de Sant Omer, en una capilla que hay allí de Nuestra Señora Milagrosa, como imagen suya: salieron rendidos 2.500 franceses, gobernados por el mariscal de campo Manicau, y el maestro de campo Belfort. Visitó aquel dia el príncipe Tomás los puestos de la villa, no sin gloria y aplauso memorable del hecho, pareciéndole que habian audado flojos en no haber apretado las fortificaciones contra los españoles ó italianos: retiráronse los franceses, haciéndolos seguir en batalla el príncipe Tomás por el valor del conde Picolomini, que matándole alguna gente ocupó á Terovana, puesto que cubre toda aquella parte del país: reconocióse que iban á hacer su tránsito ó fuga hácia el Valonés, siempre á su vista nuestro ejército, haciéndoles marchar, mal de su grado, fuera de la provincia de Flandes. En esta forma fué socorrida y libertada la villa de Sant Omer del asedio de los franceses y de su jactancia, entregando todos sus fuertes ó fortificaciones, no sin admiracion de las naciones circunvecinas, así naturales como forasteras, ganadas por los españoles



sin otras dificultades, con porfia y donuedo, con el agua á la cintura y áun hasta los pechos, con otros innumerables trabajos; reforzados de muchos y muy escogidos franceses, mucha y muy gruesa artillería, desalojándolos á fuerza abierta, alabándolos el príncipe Tomás y encareciendo su constancia y gran corazon, diciendo que si hasta allí los habia tenido por valientes, de allí adelante los tendria por más que hombres. Asistia á esta sazón el Infante en Amberes, donde públicamente y como tan religioso Príncipe dió gracias á Dios por las victorias conseguidas este año: quisiera emprender más, y apretar por su persona al príncipe de Orange, pero las pocas fuerzas con que se hallaba, por asistir todas las demas con el Príncipe, asistente siempre al opósito de los franceses, no le daban lugar para correr á mayores progresos: tenia á esta hora no más que 6.000 infantes, y el de Orange 8.000 sin los que podía sacar de las guarniciones: tratóse de alguna sorpresa que, conferida con los de su consejo y cabos, algunas dificultades que se interpusieron no dieron lugar á la ejecucion: pasó á Bruselas á la festividad del milagro de las Santas Formas; llamó no obstante al príncipe Tomás para comunicarle el intento; aprobólo y reservó la resolucion para Gante, para tomar tambien consejo de D. Andrea Cantelmo, que era á quien se habia de dar el cargo de la ejecucion. Mas á esta hora, pensando el rebelde los pensamientos de aquel Príncipe, de repente se vió que el conde Guillermo de Nasao pasó á la Exclusa, reforzó los puestos con armas y con gente, que eran los que se habian de subprender, con que desconfiados de la empresa, volvió el Infante á Amberes á atender con más prontitud y más cerca á los designios de los enemigos para acudir á todo.

Habiendo pues, referido lo de Flandes, será bien volver las riendas al estado que tenia Fuenterrabia. Aunque no del todo desconfiado aquel ejército del Orange, de conseguir faccion, por más deshecho y desbaratado que se hallaba, dando indicios de dejar á Flandes y el Brabant y la costa de aquellos mares, y surtir á las plazas mediterráneas, como á Güel-

dres, por no volver á Holanda, acabado el tiempo, sin alguna presa, por no sufrir los lamentos y blasfemias de la gente burera, para quien tambien se armaba el Infante y se disponia á seguirle en persona, con los mismos cabos y soldados que le habian consumido en Calo y los demas fuertes, y presentarle la batalla hasta no dejarle soldado, como veremos al fin de este libro. A esta hora, pues, ya teniamos á D. Diego Mejia, marqués de Leganés, general del ejército y de gentes en España, si Dios no lo remedia, y se disponia con el órden que le habian enviado á ponerse en camino y á marchar con los 8.000 italianos; y prosiguiendo con el asedio de Fuenterrabia y á la defensa que hacian nuestros españoles, y á la expugnacion de los franceses, no dejaba de estar aquella plaza en el mismo conflicto que ántes, mayormente con la pérdida de D. Lopez, de sus bajelos, cabos y capitanes, soldados y marineros, tanto que sin ninguna duda pudo turbar la resolucion que el Almirante y el marqués de los Velez tuvieron de acercarse con el ejército á las trincheras del enemigo: hacíase reparo en el grueso de la armada, cuyo número era de 70 bajeles; y otrosí, la grandeza del ejército, reparado por horas y tan asido á Fuenterrabia, que hallándose con fortuna intentaria de nuevo recobrar los Pasajos por mar y tierra, á Lozo, Rentería y los otros puestos que le hicieron dejar ántes, el puerto del Pasaje el mejor de aquella costa, y tener en continuo cuidado y desvelo á San Sebastian y con disposicion para tentar mayores cosas, y se recejó no cortasen en la eminencia de la montaña al marqués de Mortara ó le desalojasen. Discutido todo esto, y bien premeditado, resolvieron ambos generales enviar gente para el resguardo de los Pasajos, de sus puestos y de Rentería, y órden al coronel D. Diego de Isasi y á D. Antonio Gandolfo, para que viesen lo que se podia hacer para su defensa, y para que no llegasen los navios de los enemigos. Hecha esta diligencia, pareció convenientemente poner una cadena en la boca del puerto; trajeron alguna artillería de la villa de San Sebastian, y fabricaron en tierra las baterías necesarias contra la mar, que no era de pequeño cuidado, y en-



cargóse este puesto al sargento mayor D. Miguel de Berroes. Pero á esta hora, parte de la armada de los franceses pasó al canal de Fuenterrabía, y parto quedó á vista de Guetaria, con que se ordenó al maestro de campo D. Juan de Chauri, que estaba con su tercio embarcado en los ocho bajeles surtos en San Sebastian, y al gobernador Freijo, que los mandaba en cuanto á la mar, se viniese al puerto del Pasajo y se pusiese en la boca de la entrada: con que se aseguró aquel cuidado. Llegó á esta sazón de Cataluña el regimiento viejo de la Guardia de S. M.; dióse éste al marqués de Mortara, como su teniente, y mandaron que subiese á la colina donde estaba, y que el tercio que tenía de la nobleza de España se acuartelase abajo, incorporándose con todo el ejército: llegó el maestro de campo general, Jerónimo Roo, de nación milanés, soldado fidelísimo y de reputación, que cuando vió que los aprestos del duque de Parma se encaminaban al auxilio de Francia, y á la invasion de aquel Estado, los dejó, aunque estaba á su cargo, y se pasó al servicio del Rey. A éste siguió el regimiento del conde de Aguilar aumentado con 300 napolitanos escogidos del tercio del maestro de campo D. Leonardo Moles, y 500 hombres de la armada real, á cargo del capitán D. Alonso de Salamanca. Con la llegada de esta gente partieron el almirante de Castilla y el marqués de los Velez, y los maestros de campo generales, marqués de Torrecusa y Jerónimo Roo, al puesto del marqués de Mortara; y llegando á la ermita de Santa Bárbara, reconocieron de allí los cuarteles de la plaza, los ataques y fortificaciones, y descubrieron en lo bajo de un valle tres llanos en un poco de altura, descubiertos del puesto de Santa Bárbara, muy cerca de los cuarteles de los franceses, á los cuales ya se les habian acabado las bombas de fuego, como á la plaza la iba faltando todo lo necesario de bastimentos, pólvora y balas, y hasta el agua de la cisterna, bebiendo de una pequeña fuentequilla que la daba bien tasada. Aquí, pues, pareció asentar el grueso del ejército, enviando alguna parte hácia la banda de Irún, para poner en cuidado al enemigo, haciéndole más fuerte unos bosques que

tenia delante, acomodados para venir á él con seguridad, y enviando emboscadas delante por ser muy doblada la campaña, y acuartelándose en ella el ejército, se entró en esperanzas de que se ganaria la eminencia y se sustentaria fácilmente; y enviáronse al puesto reconocido dos compañías de caballos, con que las escaramuzas se iban refrescando, y más áína entonces, cuando los franceses entendieron tenían á su opósito al tercio que llamaban del Conde-duque; portándose con tanta arrogancia aquella nacion, que llaman por instantes al marqués de Mortara para que los embistiese, dándole en rostro el suceso fatal de Leocata: habian suspendido el lirar con la artillería, porque estando tan cerca de la muralla y dando las balas en la peña viva, surtian para ellos con grave daño de su gente.

En toda la circunferencia de España no se oia ni se veia otra cosa que instrumentos marciales, alistar gentes, levar compañías y montar caballos, correr y pasar de unas provincias á otras, y todos para las provincias de Guipúzcoa. La corte de Madrid ora ya casi una plaza de armas: cada dia pasaban compañías muy lucidas y bien armadas, levantadas por los señores y títulos, por las ciudades y villas. De Granada, corriendo á toda España por medio, descendieron de la sierra, que los vimos aqui, 400 hombres mosqueteros y arcabuceros de aquellos que defienden la costa de los árabes cuando son infestadas de sus fustas ó bergantines, y otras veces de navios y galeras de ambas Mauritánias, tingitana y citeriense, haciéndolos volver á la mar. Estos fueron admirados de los cortesanos por la grandeza de sus cuerpos, robustez de miembros, presteza en el disparar los mosquetes, en el traje que allí usan para correr y saltar las breñas, atravesar los vallados y sendas incógnitas, para reconocer las emboscadas, enseñadas y esteros donde los esperan los bárbaros para cautivarlos ó tomar los labradores y ganaderos que apacientan en los prados, con que se acrecienta el trato de Ictuan y de aquellos reinos, cuando van al rescate de los cautivos. Iban estos calzados de polainas y alpargatas, de largos capotes y cubiertos con mon-



teras, de suerte que no parecia sino que imitaban á los primeros hombres que se condojeron con Polayo á las Astúrias para la recuperacion de España.

Añadiase á los sucesos de este año, que en Flandes, por orden de S. A. el infante D. Fernando, pasaron algunas de nuestras tropas á desalojar á un cuartel de holandeses que se habian afirmado en la campaña, no sin sospecha de nuevos y maliciosos intentos: cerraron con ellos con el mismo denuedo y vigor que los dias pasados, y degolláronlos 4.500 caballos; echándose la mayor parte de los nuestros, en esta rota, en el pillaje. Adelantó el príncipe de Orange la demas caballería y alguna infantería, con que perdimos 200 hombres: prendieron otros tantos, que hizo no tan dichoso el encuentro; sin embargo, tuvieron traza de escapar de la prisión y volver á las banderas. Murió el conde Juan de Nasao, general de la caballería de Flandes, de enfermedad, que éste sólo, despues de la rebelion de los Estados, habia quedado de aquel linaje en servicio del Rey; hombre de ninguna fortuna, ni señalado, más poderoso en sus acciones que de utilidad, sin haberse dado aquel cargo, sino servídotle por gobernadores ó tenientes, cosa que en esta era, en estos y otros officios militares y políticos se ha procedido con remision y tardanza, y así han obrado cortamente los soldados y los ministros, por recelar cada dia su deposicion. Dijose á esta hora que el rey de Francia y Richelieu, heridos y picados de las rotas recibidas sobre sus gentes por las del Rey Católico, y el sitio que los habian hecho dejar de Sant Omer, habian salido de París á toda diligencia y expúستose en Avevila, plaza situada en las fronteras de Flandes, y juntaban sus tropas, tan numerosas en infantería y caballería, que era dificultoso poderlo referir; que publicaban entrar en toda furia por el País-Bajo y acabar con todo este año, y que le habia nacido este orgullo por el hecho de Fuenterrabia y su rara resistencia; tanto, que tenia admirado todo el orbe, no sólo á los caudillos de mayor nombre, pero al príncipe de Orange, tan gran soldado y de mayor experiencia en situar plazas, habiéndosele rendido las más sober-

bias y poderosas en arto y fortaleza, en murallas y baluartes, en fortificaciones de afuera y de adentro, en otras máquinas, en número de gentes, en sobra de municiones y bastimentos. En esta de Fuenterrabia, que no tenia nada de esto, forzosa era la admiracion, hallándola desproveída, desarmada, sin gente ni otra prevencion más que el espíritu generoso y gallardo de los vecinos; un ejército hecho despacio, con buenos cabos y otros ministerios concuerntes á no sólo ser recelado pero temido; tanto, que parece tenia en atencion al mundo y á todas las plazas de armas, así las propias como las extrangeras, así de Flandes como de Italia, y todas las de nuestros enemigos, que una plaza, apénas con muralla, resistiese tanto y á tan grande número de franceses. Finalmente, publicaba esto el rey de Francia y que queria dar batalla campal al Infante y á aquellas legiones germánicas; pero S. A., sin gastar tiempo ni palabras, sino atendiendo á las obras, dejando al opósito del príncipe de Orange, con infantería y caballería, al conde de Fontana, partió de Amberes á 3 de Agosto de este año: tomó puesto á propósito para acudir á ambas partes, y esperó al rey de Francia con el ejército del príncipe Tomás á la frente del país para dársele si le estuviese á cuento, ó rehusarla por la misma causa. Para esto convocaba el Infante los soldados voluntarios del país de Henao, del Artocs y de las otras provincias, para dejar parte al resguardo de toda la tierra y recibir al Rey con la demas; pero todo esto se desvaneciò con brevedad y sin hacer nada, porque los franceses no son valientes descalabrados, ni son constantes rebatidos, ni vuelven á la batalla sin miedo, por lo que el rey de Francia, viendo vi-giante á S. A. R. y resuelto á combatir, se volvió á París, y toda la bravura de franceses se redujó al sitio de Renti, plaza, si en los tiempos pasados de gran ruido, ahora de muy poca ó ninguna consecuencia. A lo que más atendia S. A. en esta ocasion era al príncipe de Orange y á la surtida que habia de hacer para volver con algo á los Estados, y que fuese, aunque moderada, la presa recompensa de los gastos causados; mal contentos del revés pasado y tambien porque le parecia que



el movimiento francés era hacer espaldas á los aliados para que se saliesen con algo; y dejando al príncipe Tomás con la gente que bastaba para el opósito de Francia, volvió los pen-samientos y los cuidados á las demas ocurrencias de la tierra. Pidiéronse en el reino 9 millones para la guerra, porque la tu-viésemos por todas partes, así natural como forastera, la pagá-semos y la peleásemos; daban prisa á que se tomasen los arbitrios que quisieren para sacar esto dinero, no reservando nada al comun sosiego de las gentes.

Iba el Almirante de Castilla disponiendo el socorro de Fuenterrabía, y avisó al gobernador para la inteligencia, y por un gascon, que fué de notable consuelo para los afligidos sitiados, decíale el modo como se habia de comunicar con la gente del puesto de la eminencia de Santa Bárbara, que ocupaba Mortara. Levaban los franceses muy adelante una mina de cuidado para los de la villa: dióse orden al alcalde Diego de Butron para que la contraminase; ejecutólo, y halló que habia cerrado la boca de comunicacion, el enemigo, con grandes piedras y con notable cantidad de talegos de greda; y reconociendo que las centinelas del cubo habian faltado al cuidado, pues habian dejado trabajar á los minadores toda una noche, se creyó se habia cerrado para quitar la comunicacion, con que los de adentro la comenzaron á desembarazar á toda diligencia; sacaron más de 40 quintales de piedra y 70 talegos de piedra, digo de greda, asistiendo dentro de la contramina el alcalde; trabajo digno de premio. Envióse á esta hora á dar prisa, al alférez D. Francisco de Molina, al trabajo de la contramina, y á las dos de la tarde, volviendo los franceses á la fatiga de las bombas, tiró algunas á la plaza de armas de la muralla: acudió el Padre Isasi á solicitar el trabajo de la defensa de la mina, y no perdiendo tiempo los insidiadores de la quietud pública, la dieron fuego y por la boca que estaba hecha por la parte de la plaza salió tan grande volcan de piedras, tierra y fuego, que voló siete hombres que estaban dentro trabajando; derribó á D. Francisco de Molina y al Padre Isasi, dejándolos, aunque sin herida, maltratados: ca-

minóse luego á reconocer el efecto, y hallaron que no habia hecho brecha en la muralla, ¡viva pretension de los franceses por llegar á la ejecucion de la entrada! Pero la carga so volvió contra ellos, con daño irreparable y pérdida de gente; ar-rimóse la nuestra á la muralla, y los irlandeses se pusieron en la cortina pegada al cubo, por ser puesto que les tocaba, como tambien el de la casamata: de aquel lado pasóse la gente de las demas compañías en la trinchera que franqueaba la entrada de la casamata, con las cuerdas caladas, porque el enemigo no avanzase: siguieron el ejemplo los reformados, y con mucho aliento los capitanes irlandeses D. Daniel y Don David. Disparaban los franceses su artillería furiosamente haciendo frente á la muralla con 300 infantes escogidos, en-caminándolos al foso, afirmando en las casas de la muralla, do-jando de resguardo una tropa de caballos: mostráronse los cercados con gran denuedo y resolucion; pero viendo no habia brecha capaz en la muralla, codieron todo su rigor á la retirada, creyendo ántes que les habia de ser esta mina de tanta importancia y de efecto para sus intentos, que la codicia sacó á las tuéjeres de Audaya de sus casas, creyendo que la plaza se tomaria aquella tarde, y que el saco seria de consideracion. Pero siendo ya los 21 de Agosto, y que el hecho de la misma habia salido inútil, caminaron con galerías algo más abajo para minar en el mismo cubo; mas hacíales gran resistencia la dureza del terreno, la Peña viva y lo antiquísimo y formidable de la fábrica. Para vencer esta dificultad, encaminaron tres galerías, la primera hácia el ángulo, pero llegando á la mitad del foso lo empuñaron todo el agua, y en la tercera armó tabloneros gruesos y levantó otros artificios con designio de que si habia camino avanzaria la gente sin que la nuestra se lo pudiese estorbar. Trabajaban los sitiados valerosamente en la segunda contramina, haciendo principio en la primera por donde se habia quebrantado la muralla; fué encontrada con fortuna y diligencia dentro de tres dias, cogiéndole por travessa, mas ellos, en venganza de haberlos vencido y alcanzado en el trabajo, comenzaron á picar en el baluarte de la Reina



por dos partes diferentes, como dos picas y media de distancia, sin podersele embarazar: los sitiados, aunque peleaban de noche y de día con bombas, piedras y cañonazos, les mataron mucha gente, y llevados de su continua arrogancia y artificio, para desanimar el aliento de aquellos miseros y afligidos combatientes, y hacerlos caer en alguna flaqueza, inventaron una salva general con la mosquetería, comenzando de los cuarteles de Mendelo. Creyendo los sitiados con el comun y general estruendo que habian chocado ambos ejércitos, acudieron á certificarse de esto á las murallas; iban creciendo las salvas y el asombro y terror para los ignorantes, en los demas cuarteles, hasta la villeta de Andaya, siguiendo la artillería, de que les pareció solemnizaban alguna fiesta, hasta que el día de San Bartolomé se les arrimó el marqués de Greses, diciéndoles desde las trincheras, que habia sido salva por la quemada y destroz de nuestra armada, y prosiguiendo consecuentemente con una exornacion vana, les comenzó á persuadir que qué pensaban hacer; y respondieron, que defenderse ó morir. Replicó el Marqués, que el morir era bien cuando se seguia algun fruto, pero que cuando nó, para qué: á que replicó D. Damiel, capitán de irlandeses, que para morir con honra; y se retiraron no sin gravísima pena y descousuelo por la pérdida de nuestros bajetes, mas con aviso intrépido de no desistir de la defensa. Descubrieron la mina segunda, pero portáronse más cautos, por no experimentar el siniestro suceso de la primera, haciendo tan capaz la contramina que los franceses no la pudiesen cerrar; sin embargo de que ellos la hinchieron de bombas de fuego y barriles de pólvora, atacando ligeramento la boca, de suerte que, al darla fuego, no surtió con más ruina que de rebatir á Bernardo Bardones, soldado, y sacarle fuera de la villa por la boca de la primera mina, y sin impedimento de ninguna turbacion se volvió á la estacada de la plaza, y hallándole un francés pegado á sus trincheras, le dió con un chuzo por las tripas y se las echó fuera, y sin embargo de la herida y con las tripas en la mano llegó nadando hasta la estacada, entró en la plaza, y curado, sanó de la herida; cosa

admirable, y tanto, que si no tuviera la noticia que es justo de la fidelidad de la relacion, pusiera duda en la copia, y suspenderia el juicio. En dificultad tan rara, atraviéronse los de Andaya á hablar con los sitiados, persuadiéndolos á la rendicion, y no fueron respondidos ni escuchados por la maravillosa virtud de la constancia que al paso de los trabajos ardia en los corazones de aquellos verdaderos hombres; mas los franceses, persistiendo en la fatiga de la insidia, formaron otra galería de barricas terraplenadas, sin abrigo de espalda, por no haber través que los pudiese ofender: sin embargo, se procuró á los príncipios, con la mosquetería, y el alférez Lesaca, con un arcabuz de caza, no obstante que tiraba descubierto, por estar la muralla sin parapeto, les mató más de 30 franceses, y entre ellos algunos hombres de cuenta. Mas viendo los de adentro que la parte de la Magdalena quedaba libre, y que en la de la Reina trabajaba el enemigo, resolvieron de comenzar la retirada de la Reina, porque el francés iba caminando á toda diligencia con las minas, y si no se llegaba á la contramina estaba ya bien cerca: hicieron la retirada en tres días ayudando las mujeres á terraplenarla: retiraron la artillería, no sin trabajo, por estar deseucabalgada en lo alto del terraplen de la Reina, y abrióse en el grueso de la muralla de la Magdalena una tronera para poner un medio cañon contra la galería que habia hecho el enemigo, y prosiguióse la espalda que estaba sobre el terraplen de los cestones para alojar otra pieza grande. Con sus designios, estaban por estos dias los de Fuenterrabia cuidadosos de no tener aviso del Almirante ni del marqués de los Velez, y deseosos de saber si habia llegado la gente de Porpiñan, para entrar en alguna esperanza de ser socorridos, enviaron para enterarse de todo y del fin que habian de tener, á D. Miguel de Ubilla, para que diese de nuevo al Almirante cuenta del estado que tenían, como ya se gastaban en la plaza dados de hierro y que el estaño se guardaba para los arcabuces y para tirar con los mosquetes á puntieria. Acabóse de acomodar la pieza en la Magdalena, y aderezóse un cañon entero para ponerlo contra



el baluarte de la Reina, en que se señalaron el capitán Juan de Urbina y Andrés de Izurraín. Estaba ya el francés con su galería cerca del orejón de los costones que miraban á la Magdalena, para volarlo y descubrir con su artillería nuestras retiradas; pero ofendiósele siempre de la plaza, y desde esto puesto y de los demas habia muerto la artillería de la plaza, mosquetería y arcabucería y otras máquinas, pasados de 2.500 franceses.

Era ya por este tiempo 28 de Agosto, y queriendo entrar los de Fuenterrabía al capitán Ubilla acompañado de otro soldado, al Almirante, reconocido por las centinelas de los franceses, los volvieron á entrar dentro, apretando con mayor ira y enojo las baterías, metiéndolos dentro muchas balas y bombas, accreándose á las murallas con la galería, y pretendiendo picarla. Estorbáronse los nuestros con bombas y con piedras; libráronse dos estacadas junto á la Reina para cortar aquel baluarte y recibir al francés con la mosquetería, si acaso le ganase; mas él, arrimando gran cantidad de maderos, comenzó á picar en dos partes la muralla, la una junto al orejón y la otra hácia San Nicolás. Los de adentro trabajaban vivamente en sus minas, y el capitán D. Daniel, irlandés, queriendo entretenerse con los franceses desde la muralla, dejándose ver de ellos, les dijo que si traían los calzones largos como solian: ellos dijeron que sí; y preguntándole que por qué lo decia, él respondió, que para avisarles que buscasen tijeras para cortarlos, porque siendo tan largos no sabia cómo habian de ir: donaires accedidos muchas veces entre dos campos cuando de ordinario contendien el uno contra el otro. Comenzaron los nuestros una esplanada contra las minas, que en los costones trabajaba el enemigo, y porque á esta hora avanzaba gente por los manzanares, y porque se creyó trataban dar fuego á las minas, se asistió con particular cuidado en la Reina, ordenando el gobernador, Domingo de Guiza, al capitán D. Juan Sein, que con su gente viniese á la estacada al baluarte de la Reina, quedando á su cargo y al del capitán D. Juan de Beaumont, y que en la estacada asistiese el capitán

Nicolás de Bran, sólo con la gente que trajo y otros 40 hombres que se le agregaron; asistiendo en aquel rebellin con grande valor hasta que socorrió la plaza. Pero viendo el príncipe de Condé las cabezas y cabos del ejército, así de mar como de tierra, la resistencia de los vizcainos en Fuenterrabía y el gran socorro que les habia llegado, así de Castilla como de Navarra y de las otras provincias del reino, fueron de parecer, ántes de experimentar otro accidente de menor fortuna, que se escribiese al gobernador de la plaza y á los demas que estaban dentro para obligarlos á la rendicion; y aunque el intento era amedrentarlos, más lo hizieron ellos de miedo que de confianza: y en esta forma, por llevar su pretension adelante, usaron del último remedio que en plazas sitiadas y consistentes suele haber, y en esta manera, el dia último de Agosto, por la mañana, llegó un tambor á las murallas, que se recibió en la villa tapándole los ojos y llevándole al castillo, donde acudió el gobernador y la villa, el sargento mayor y capitanes, y dió un papel en francés, que vuelto en castellano decia:

«El príncipe de Condé, general de las armas del Rey, su sobrino. Señor: habiendo reducido á Fuenterrabía á estado de tener necesidad de su bondad para la fuerza de las armas, y por medio de muchas minas que están aparejadas para volar, cuyo efecto le dará la entrada en la plaza, y descando no se siga la ruina, cual como de ordinario sucede en las plazas que se ganan por asalto, S. A. envia este tambor á notificar al que manda la plaza, para que la resigne en sus manos, conforme las capitulaciones que gustare otorgáraseles, así al gobernador como á los soldados de la guarnición y sus vecinos, ofreciéndoles, para que vean el peligro que corre la villa, de hacer reconocer, á los que se señalaren para este efecto de parte del gobernador, el estado que tienen las minas, y despues de lo cual, S. A. les declara, no esperen alcanzar ninguna gracia de él, ántes todo el rigor que las hostilidades de la guerra hacen sufrir á los que una ciega obstinacion lleva hasta aguardar el último trance: además que han de pensar, que han hecho todo



lo que gente de bien y fieles vasallos deben hacer, y que las tropas que han venido á socorrerles están imposibilitadas de hacerlo, por razon de que su flaqueza y las grandes fuerzas y trincheras que les tienen á su oposicion, mostrándoles sus desiguos; lo cual S. A. tambien ofrece hacerles vor, fuera de que la armada naval y los hombres que están en los bajeles destinados para el socorro de la plaza, están todos deshechos. En el campo, á 30 de Agosto de 1638.»

Leído el billete del principe de Condé por el gobernador, capitanes y alcaldes y gente de la villa, sin dudar ni poner un punto de intermision en la deliberacion de la defensa, ni mengua en el ánimo por las amenazas, en nombre de todos respondió el gobernador, Domingo de Guía, en la forma siguiente:

«El maestre de campo, Domingo de Guía, gobernador de Fuenterrabía: La de V. A. se ha recibido por mano de este tambor, y queda entendido lo que contiene, y agradecidos de la advertencia que V. A. nos da: habiendo consultado con la villa, sargentos mayores y capitanes que hay en ella, lo que que se ha resuelto es, que V. A. vuele las minas cuando mandare y disponga en ello, y en lo demas como le pareciere, que aquí estamos resueltos de resistir y hacer lo que se debe á los últimos vasallos de nuestro Rey y señor, D. Felipe IV (q. D. g.), en cuyo real nombre y servicio, en defensa de esta plaza, todos, mujeres é hijos, estamos dispuestos á morir ántes que entregarla á V. A., ni á otro que tuviere el gobierno de las armas del exceleutisimo Rey de Francia; y en orden á esto, V. A. disponga lo que fuere servido. Guarde Dios á V. A. felices años. Fuenterrabía á 30 de Agosto de 1638.»

De todo esto tenia aviso el Almirante de Castilla por el gobernador de la plaza, y de todos los demas accidentes por instantes, y luego pasaban los correos al Rey y al Ministro, siempre batallando en las juntas y consejos de ella y de toda la tierra. A esta hora se iba el francés alojando junto á Nuestra Señora de Guadalupe, y acabadas dos fortificaciones guarnecidas de artillería, dispuso barracas para alojar la gente, por las

muchas aguas que aquellos dias cayeron; tanto, que les descompusieron las trincheras, y á los de la plaza les fueron de provecho por la necesidad de agua que ya padecian, valiéndose al principio de la lluvia, de la que se comenzó á hacer en los hoyos de las bombas; que á los que proceden con hidalguía de corazon, no hay mal que al cabo no traiga alguna utilidad á la fatiga: llenáronsele por providencia del cielo las cisternas, con que bebió y se refrescó aquella gente, cansada, aunque animosa. Dispuso una pieza, y acomodóse de 40 libras, que miraba la Reina; trataron de hacer balas porque no las tenían, y de provenirse á las demas cosas para cuando los franceses hiciesen brecha, aunque les parecia, que no habiendo pasado la contramina, con las dos minas que traia habian de quedarle 40 piés de muralla; mas no sin suspension y cuidado del efecto que hacian las minas. La mañana primera de Setiembre sintieron venir rastro de fuego y voló casi toda la frente del baluarte de la Reina, rompiendo una pared de más de 22 piés de grueso; pero aun todavía con dificultad de poder entrar fácilmente, por no ser á propósito el puesto que podian ocupar; pero los de la villa, con resolucion y ánimo, se avanzaron á defender la muralla y á la contramina, porque el enemigo queria alojarse en ella, peleando aquel dia como los demas por defenderla. Señalóse en esta faccion D. Juan Scin y su alférez Domingo Valardi, y el capitán D. Daniel y los irlandeses, porque combatieron dentro de la contramina, entre el humo y la pólvora, limitándoles el uno y el otro el aliento, demás del riesgo ovidente: asistió mucho dentro de ella el sargento mayor Osorio, que bajó con gente de refuerzo diversas veces, peleando y animando á los demas y ordenando el solo todo lo que sobró y dispuso dentro de aquel volcan: hizo el deber el capitán Adrian Pulido y otros, peleando por espacio de seis horas, hasta que el francés cerró la boca de la contramina, que formó la brecha con maderos y faginas, quedando alojado dentro ó en el pedazo que quedó hácia San Nicolás. Dió orden el gobernador que se fortificase la contramina, y no hallando forma para ello, por



haberse asegurado el enemigo de los de la plaza y los de ella del francés, á esta hora sobrevino un nuevo cuidado á nuestra gente, de lo que podía intentar por dos puertas que habia dentro de la contramina, debajo del terraplen de la casamata que mira á San Nicolás, que ántes del sitio estaba terraplendada y con su pared de mampostería: sin embargo, se abrieron por la parte de adentro, para comunicarse con la casamata y para que cuando los franceses diesen fuego á la mina quitar la fuerza al estrépito de la pólvora haciéndola respirar por aquella parte: temíase que no tentase otra mina por allí, y prevínose con una zanja para descubrir las puertas, en que trabajaron 50 hombres de la villa y 25 soldados. Estos cuidados se iban por horas recreciendo más, de suerte que ya no se conocia el sueño y el descanso, demás de la escasa limitación del mantenimiento; por manera que no se sabia cómo aquellos hombres podian sostenerse en la vida, en el aliento y en las fuerzas naturales, porque todos estaban gastados con el continuo y siempre pendiente trabajo. Era esto admirado de todos, y así en las provincias confinantes discurrían viendo contrastar tantos trabajos, prevalecer la fortaleza y el sufrimiento, sin pan aquellos hombres, los de la antigua Numancia contra los Romanos, ó Sagunto contra los Cartagineses. También se receló por ellos que el enemigo no minase la muralla que habia quedado al terraplen, despues de la primera mina, y para investigar esto duplicaron las centinelas en la contramina; y el francés de dos troneras que dejó hirió malamente á dos de los nuestros. Oyeron á este tiempo que el enemigo clavaba estacas y que picaba la muralla, porque aquella noche y dos dias siguientes trabajó en hacer minas, con que voló buena parte de la muralla: proseguían, pues, vivamente la espalda de los cesterones, poniendo un pedrero en el lado del parapeto á quien tiraban los franceses algunos cañonazos, quitando la batería que tenían en la marina, muy en favor de los nuestros por haber dejado libre la pieza que barria el foso y fuerte del batuarde de la Reina: sin embargo, se continuaba la nueva contramina, teniendo en gran atención á los sitiados

lo que obrarian en la de la Reina y en los demas intentos que discurría y ejecutaba para la expugnacion, que eran todos aquellos cuantos el arte militar tenia observados.

No cesaban nuestros ministros desde la corte de dar voces á nuestros cabos que se viniesen á batalla con los franceses para desalojarlos y desarraigarlos de la plaza, como de toda la tierra: finalmente, reconocidas las tropas y tercios, el Almirante y el marqués de los Velez dispusieron todo lo necesario, y á los últimos de Agosto, para intentar el socorro, se juntaron las cabezas más principales, como el marqués de Torrecusa, maestro de campo general, el marqués de Mortara, el conde Jerónimo Roo, el gobernador general de la artillería, Sebastian Granero, Don Diego de Isasi, y los tenientes de maestros de campo generales, D. Diego Caballero y D. Antonio Gandolfo, y otros. Propuso el Almirante la necesidad precisa de socorrer á Fuenterrabia; que S. M. se lo encargaba con muchas cartas y correos; advirtiéndoles cuánto era de su servicio el desempeño de aquella plaza, y las instancias del mayor ministro en este caso, no sólo á él sino á todos los que allí se hallaban, y haciéndoles cargo que habia llegado la gente de Cataluña sobre la demas que habia en el ejército, con que no era inferior al de los enemigos para embosarlos y asaltarlos, y hacerlos reconocer la potencia y majestad de España; cuánto merecian los de la plaza que se aventurasen por su honra cuanto ellos, tanto más de lo que parecia posible habian obrado en su defensa, el crédito de las armas del Rey y la honra de la nacion española, el menoscabo de reputacion en que se perdiese, á la vista de tan grandes hombres y ejército, ya numeroso y formidable, dirigido por capitanes de tal experiencia y sumo valor, una plaza digna de estimacion; que cada uno diese su parecer libremente sobre lo que se debia hacer para que se ejecutase con precision. Fueron varios los dictámenes, discursos y opiniones en este caso. Cuál dijo que convenia, sin intermision, reconocer los puestos de Irún por persona de ánimo generoso, aunque se arriesgase el perderlos, y que se escogiesen 4.500 ó 2.000 hombres de los mejores de todos los tercios, y se in-



tentase por allí la facción ántes que se moviese todo el cuerpo del ejército. Los que seguían este parecer ponderaban que su gente llegaba á 48.000 hombres y 500 caballos, número superior al nuestro, y los regimientos más viejos de su milicia y bien fatigados en el sitio, ejercitados en él, aunque á los principios llegaron bisoños, los que ya la experiencia hacia valientes, que de empeñar todo el ejército con el descao de socorrer la plaza era contingente y muy verosímil experimentar algún desman siniestro, con que no sólo se dificultaría la empresa de Fuenterrabía, mas volverían á recobrar los Pasajes, Lezo y Rentería, peligraría San Sebastian y quedaria toda la Provincia por los franceses, y lo demás de la tierra aventurado y todo sujeto á contribucion, y el camino abierto para Navarra, donde vencerían en todos sus intentos: que lo más escogido del ejército habia de intentar el socorro, porque los demás, como milicia y soldados colectivos, eran todos bisoños, más de daño que de provecho, y de poco miedo á los franceses; y que si con 2.000 hombres veteranos no se socorría la villa, no habia que esperar, y esto habia de ser por un cuartel. Otros eran de parecer que todo el ejército junto, aunado y puesto en orden, así de infantería como de caballería, se debía acercar al enemigo, y tocando arma por todas partes intentar por una el socorro, que era la más precisa orden de S. M.; que no era el ejército tan nuevo que no tenia más de 5.000 hombres, soldados viejos, y entre ellos muchos hombres ilustres, y principales cabos de mucho valor y de experiencia; que los franceses se hallaban fatigados del sitio, gente tambien nueva y armada de prisa, y por fuerza con ánsia de volverse á sus casas, nacion á quien no endurece, ántes enflaquece el largo oficio del trabajo, de cuyos acometimientos, sólo son de cuidado los primeros: la necesidad de la plaza, la honra del prez español; los franceses metidos en España, cosa digna de aventurar por su defensa; los ejemplos calientes de este año, ejecutados con valor y bizarría por los españoles contra franceses en Flandes y en Italia, con admiracion del mundo; que probar la fortuna con sólo 2.000 hombres, aunque fueran los

mejores del ejército, era aumentar la faccion, y que estos la pelasen con 2.000 franceses atrincherados y dentro de los re- paros, armados y guarnecidos de artillería; donde se ponía en duda el intento, la empresa y la necesidad de socorrer la plaza.

Entre estos dos pareceres escogió el Almirante el último parecer, el que convenia y era más ajustado al orden de S. M. y al de sus ministros; y siendo forzoso acuartelar el ejército en los llanos que se reconocieron de la ermita de Santa Bárbara, en la eminencia que defendía el marqués de Mortara, se le ordenó que se volviese á su puesto y que ambos maestres de campo generales, con D. Diego de Isasi, Cárlos Guasco, D. Diego Caballero y D. Antonio Gandolfo, y el sargento mayor D. Benito de Quiroga, fuesen á reconocer los caminos para ir á los puestos que se habian elegido, acercándose cuanto se pudiese, para ver y quedar mejor informados de lo que se podia hacer en orden á lo que avisaba el primer ministro. Partieron estos cabos llevando alguna gente de resguardo por si el enemigo intentase rebazar el designio; é iba el marqués de Mortara cubriéndolos por la eminencia con golpe razonable de mosquetería, reforzando por arriba la escaramuza con los franceses para mayor seguridad de los que marchaban por abajo. Volvieron los maestres de campo generales, marqués de Torrecusa y Jerónimo Roo, y los demás cabos que habian ido con ellos, de reconocer los puestos, y confirióse segunda vez sobre la resolucion; y tomóse por la última y más acertada que el ejército coronase las eminencias del monte de Jasquivel, y que D. Pedro Giron, con 2.000 infantes diese vista al cuartel de Irún, y que el maestro de campo Francisco de Espejo, por la falda de la montaña, fuese á los cuarteles bajos del enemigo, y el marqués de Mortara á ocupar su puesto. Resuelta, pues, en esta forma la disposicion, á 2 de Setiembre de este año, el Almirante y el marqués de los Veloz, subieron con el grueso del ejército á la colina de Jasquivel, habiendo enviado á D. Pedro Giron y al maestro de campo Francisco de Espejo á los puestos que se les señalaron, y dióse orden aquella noche al marqués de Mortara, que con la vanguardia embis-



tiese en los puestos del enemigo, y á D. Pedro Giron y al maestro de campo Espejo, que hicieron lo mismo por el cuartel de Irún, y que el resto se pusiese en batalla y en nueve escuadrones, y siguiese la vanguardia. Dispuestas, pues, las cosas en esta manera, y forzados por ley y por razon á hacer el socorro á la villa en el instante, se enojó de tal manera el cielo contra nosotros, no más que por vernos descubiertos en el campo, sin un tronco tan sólo de que poderse cubrir, des- pues de tantos trabajos, congojas y desvelos, sin embargo de tenernos destinada la victoria y en el mayor aprieto de la plaza, que no parecía sino que Dios volvía el diluvio universal del mundo sobre aquella provincia y sobre aquel ejército ca- tólico; porque el cristianísimo estaba alojado, cubierto con barracas y tiendas, y lo demas en las casas de Irún. Venía el agua como tempestad horrenda y furiosa, con tremendos re- lámpagos y truenos que parece que abrían la tierra y so la querían tragar; espeso granizo y nieblas que cubrían las en- tradas y las sendas de Fuenterrabía y todo lo demas por donde se había de marchar allí; y finalmente, parece que se desataba el cielo en agua, mojando el ejército y calando los soldados hasta la camisa, causando tan grande confusión la continuación del tiempo, para aquel y el día siguiente, que no pudiendo sufrir los bisoños estar al desabrigo y á sus in- clemencias tantas horas, faltos de alivio y de reparo, se co- menzaron á desordenar, desampararon las banderas sin po- derlos contener, y retiráronse al abrigo y á la defensa de los lugares vecinos; de suerte que, á 3 de Setiembre, al amanecer, dia señalado para el socorro, faltaban 7.000 soldados del ejército, habiendo dejado las armas plantadas en el campo; siendo tan horrenda y tan copiosa la tempestad, que arrebató y ahogó muchos caballos, y algunos soldados, de los que se portaron constantes y con sufrimiento en los puestos, muer- ron y cayeron armados á las picas y á los mosquetes. Per- severaron los generales conservando sus cuarteles y la honra, y con ellos la nobleza del ejército; y los soldados viejos y particulares y los irlandeses no movieron los pies de adonde los

halló la tempestad, no desarmándose de las armas y de las picas, habiendo durado dos dias con dos noches el teson del agua. Resolvióse el Almirante, viendo deshecho el ejército, que el marqués de Torrecusa y el teniente de maestro de campo general, D. Antonio Gandolfo, fuesen á la Rentería y los Pasajes á recoger la gente que se había albergado en ellos, asombrados de la inundacion, quedando entretanto él y el marqués de los Velez en las eminencias, padeciendo las vio- lencias é injurias del cielo, cuando los demas criados en fati- gas y miserias no lo habían podido tolerar, estando aquella colina desnuda de todo reparo humano y de abrigo, destitui- da de la naturaleza y de su prodigalidad, sin árboles ni otro ornamento, vecino al mar y tan ruidosa por la inmensa oscu- ridad y tormenta, que parecía aterrar y llevarse el mundo; acrecentándose á esto no dar lugar, por la inmensa fagua, á armar las tiendas ni poder hacer barracas por la esterilidad del terreno y el sitio, y falta de leña, con cuyo ejemplo se con- servaron aquellos puestos. Duraba el agua con todo su peso sin escampar un rato; Domingo de Guía y toda la gente y los de la plaza estaban admirados de este repentino suceso, y sin cubarigo, atentos al ejército y á la deliberacion del Almirante: los lugares vecinos estaban llenos de soldados, y los que no hallaban refugio ni tenían posadas, se entraron en los conven- tos é iglesias, y allí se desnudaban, encendían fuegos y enju- gaban los vestidos, quedándose los más miserables y que no tenían otro ministerio en carnes, por estar fallidos y desiertos de algo con qué cubrirse, y de allí iban á buscar un poco de pan y algun vino si lo había para socorrer la necesidad, que era grande, del gran tiempo que habían estado expuestos al granizo y agua; de suerte que toda aquella campaña y tierra no parecía si no un mar tormentoso y lleno de pantanos: sólo los mejores sustituyeron, y los que pudieron esperar alguna consolacion de sus criados. En esta forma, dijo el Almirante había sufrido todas aquellas horas sin quitarse del caballo, buscando la parte más enjuta de la camisa para meterla por reparo debajo de la mojada, levantando todos las manos al



cielo pidiendo á Dios se doliese de ellos en lance tal, y que amansase aquella inundacion y torrento de agua: toda la gente comarcana, decian, castigaba Dios sus culpas en aquel ejército que poco ántes se vió floreciente y fornecido de nervios, de capitanes, digo de cabos, valientes, y para debelar ejércitos numerosos de gente y naciones muy memorables, habiéndose deshecho, de suerte que podian decir los franceses lo que Tito Vespasiano sobre la disipacion de Jerusalem, que Dios peleaba por los Romanos, así que tambien peleaba por ellos, habiéndoles desbaratado el ejército que los iba á impugnar.

Escribió el Almirante los pocos renglones que pudo, á caballo y debajo del albornoz, cómo estaba, al Rey y al mayor ministro, el suceso intempestivo de la lluvia, el desbarato y confusion del ejército cuando lo hallaba en disposicion más pronta de socorrer. La congoja y sobresalto que recibió fué notable, y la que bastó para annulecer y pasmar, así al Rey como á sus ministros, los pueblos y los vasallos; sacando algun consuelo en tan grave dolor, que no habian sido hechos por las manos de los enemigos sino por la voluntad del cielo, y de aquí que no habia que esperar en la rendicion de la villa, dándola por perdida con este accidente tan pesado: sobre los demas el desmayo fué general y la desconfianza del corazon, y á todos se les cayeron los brazos; y los consejeros de estado y guerra, y los demas llamados para este caso, se juntaron diversas veces para ver lo que se habia de hacer, y de comun acuerdo y con sentimiento de todos, aunque lo calla el historiador de Fuenterrabia, se votó, y se lo escribieron al Almirante, que caso que no pudiese y se llegase á toda desesperacion, se rindiese la plaza con los partidos y condiciones más honradas que se pudiese, que ya se veia que estando tan á la vista del invierno y las cosas en el estado que habian recaído, no se podrian recuperar tan presto, dejándola para la primavera siguiente; que con la gente que hubiese quedado socorriese, fortificase y municionase los pueblos cercanos, se pudiesen en defensa, y como de léjos y á lo largo se bloquease la villa y se les procurase quitar socorros y basti-

mentos, y dañase cuanto pudiese á los enemigos. Un ayuda de cámara, con quien S. M. se dignaba algunas veces, en lo más retirado, do oírle discurrir en estas materias, el primer domingo siguiente, por la mañana, 5 de Setiembre, al mártes, que fué el del agua, saliendo de la capilla con la pena que se deja considerar y la fuerza grande que se hacia para reprimirla y disimularla y no darla á entender, se volvió y lo dijo: «no ha querido llegar esto al estado que se pretendia»; á que respondió concisamente: «no se ha acabado la vela, esperar otro correo», y fué el mismo consiguientemente que trajo la nueva de la victoria.

Puesto lo de Fuenterrabia en el trance referido, y el ejército en la confusion y mudanza que se habia publicado, muchos que asfajaron y muchos que resistieron la ira de la inundacion reconocieron que no podria ser ahora el hacer dejar el asedio á los franceses: no obstante, se dió nueva forma á lo tratado para la universal redencion de aquellos vasallos de la Provincia y de España, que en la defensa de aquella sola plaza consistia, y desconfiando de la fortuna del Almirante, se trató y volvió á persistir que fuesen á gobernar y disponer aquello el conde de Oñate, el mayor y mejor ministro de Estado, el marqués de Villafraanca, el conde de Monterey, y á dar nuevo principio á aquella guerra; cuyo trabajo parece que ya hacia hablar y obrar sin pasion, y anteponer los mejores hombres á los de la sangre y valimiento: siempre habia de ser así y quizá erráramos menos; pero, sin embargo, á aquellos dos se añadió éste por no faltarnos; y el marqués de Leganós con los 8.000 italianos de Lombardia, aquellos consejeros, y éste para capitán, para mejor aquella guerra manejarla y darla el punto necesario y más conveniente como de soldado, que ya no nos habia quedado otro, ni más ilustre ni de mayor nombre por su fortuna y buena dicha en adquirir mercedes y tesoros. Hizo alumnadas Domingo de Guisa desde las torres de la villa, y creyeron los franceses y toda la tierra que ya no podia esperar más, y que se queria rendir; y aunque era así y estaba en este estado, no era de parecer de darse ni doblar la cerviz, por el



gran corazón de los cercados, sino que respondía al Almirante de un aviso que le había enviado, y se le volvió por aquella seña, dándole á entender cómo le había recibido, y que la persona que le había enviado había entrado en la plaza. Así se entendió en la corte, como al principio, no atendiendo á lo demás sino á la desconfianza que se tenía y que la plaza daba les últimas boqueadas, como la vela que se iba acabando; pero luego el Almirante, no faltando á nada ni á ninguna de las más mínimas asistencias, cumpliendo muy vivamente con las obligaciones de su sangre y casa, envió al marqués de Torrecusa á que juntase toda la más jente que pudiese, recogida en aquellos lugares; y habiendo hecho cuanto era posible, de soldado de tan gallardo espíritu, escribió al Almirante, que no se hallaba con fuerzas bastantes para juntarla ni poderlos reducir á las banderas, á la disciplina ni á la obediencia. Hizo gran sentimiento de esto el Almirante, y otrosí, viendo que continuaba el tiempo con sus inclinencias, y que los más bisoños se le hacían rebeldes en la expedición de causa tan importante, llamó al marqués de Torrecusa á las eminencias donde estaba para ajustar lo que se debía hacer; convocó los demás cabos y capitanes, y á todos les dijo que, según el presente estado de las cosas, pues cada uno le veía, diesen su parecer en el caso. Hubo quien respondió, y casi la mayor parte, que era dificultosa por entonces la empresa, y que convenia ceder de ella y aplicar las pocas fuerzas que habían quedado á guarnecer y conservar los Pasajes y Rentas por si los franceses con el fracaso del ejército quisieren revolver sobre ellos, y que pasasen los cabos á reducir la jente en preceptos, union y concordia militar, y esperando á que mejorase el tiempo para disponer lo que más conviniese; avisasen á los de la plaza el estado del ejército y cómo se procuraría, sin embargo, atender al socorro para que no se perdiesen de ánimo y se mantuviesen intrépidos en la defensa y en las primeras resoluciones de fe y constancia, y dado que más no pudiesen, obrasen de manera que salvaran las vidas y la reputacion de las armas del Rey.

Viendo el príncipe de Condé el miserable estado de nuestro ejército, si bien el suyo no estaria libre de las mismas inclinencias, por concluir un cuidado que por más combatido que le hallaba no dejaba de tenerle en continuo desvelo, por que no sabia el fin, teniendo dos minas para volar la muralla y la gente prevenida para dar los asaltos, quiso ántes volver á probar fortuna con la persuasion, y envió otro tambor á decir al gobernador Domingo de Guía:

«El príncipe de Condé, general de la armada, envia por estas posturas este tambor al gobernador, gonto de guerra y vecinos de Fuenterrabia, para decirles que el ejército del Rey de España, destinado para su socorro, está retirado, como lo ven, y las tropas de S. A. están alojadas dentro de sus bastiones, como lo saben; teniendo la compasion que debe tener un Príncipe cristiano y de sus partes, de las órdenos que se seguirán en la toma de la villa por asalto, donde la honra de las mujeres y las vidas de los inocentes están expuestas á la furia de los soldados, y estando los modos de tomar la villa dispuestos, dándole lugar para entrar cuando él quisiere; no obstante esto, les ofrece toda razonable composicion, tal como pueden y deben esperar de un Príncipe de su calidad, declarándoles, que si no se aprovechan de esta ocasion y aguardan á obtenerla, fiados en los reparos que pueden tener, para las retiradas no les será otorgada alguna en aquel extremo. En el campo, á 3 de Setiembre de 1638.»

Sin embargo del grande aliento de los sitiados, admirable á todos los espíritus militares del orbe, y que las amenazas del Condé, que era mucho de ponderar, no les descaecia ni menguaba de su valor, era tambien de advertir, para mayor honra de aquellos hombres y suspension de todos, ver el estado que aquella plaza tenía, derribada en tanta parte de las murallas, el enemigo fortificado dentro de ella, señoreado del foso, cada dia más duplicados y continuos los asaltos y las minas, muertos casi 300 de los nuestros en la resistencia, y de presente con pocas ó ningunas esperanzas de socorro, y la municion de balas acabada. Habia quien discurría en esto y lo



premeditaba; pero el alcalde Diego de Butron, armado de toda fidelidad, constancia y de verdadera honra, oyendo flaquear en la rendicion, dijo, que cualquiera que hablase en la entrega de la plaza y á esto fin ponderase ó persuadiese con elegancia ó moviese con ejemplos el estado en que se hallaba la materia, él mismo, por sus manos, lo castigaria; que habia municiones para la defensa, y que cuando fallasen, se hallaba con 48,000 reales de á ocho de plata que entregaria luégo para que se hiciesen balas y se tirase el enemigo, que la defensa y morir sobre ella era la mayor gloria que se podia esperar, y que se respondiase al príncipe de Condé lo que al principio, y siendo todos de este parecer, dijeron:

«El maestre de campo Domingo de Guía: El escrito de S. A. el señor príncipe de Condé, se ha recibido, su fecha de 3 de este mes de Setiembre, de mano de este tambor; y comunicádole con los señores de la villa, sargentos mayores y capitanes que hay en ella, lo que responden es, que para defensa de la plaza no necesita ella de socorro alguno de gente ni municiones de fuera, ni se aguarda ninguno, y S. A. puede dar los asaltos que fuere servido, que aquí estamos resueltos de aguardarlos. Guarde Dios á V. A. Setiembre 3 de 1638.»

Admirado el príncipe de Condé del denuedo y teson de los vizcaínos y todos los hombres de importancia del ejército de los enemigos, mandó quemar las barracas que nuestra gente habia dejado en los puestos de Irún, con gravísimo sentimiento de los de la plaza, pensando si nuestra gente se habia retirado, y ellos las quemaban de desesperacion de no poder pasar adelante, ó si se habian abrigado á la vuelta con el viento; y esto y la falta de noticia los tenia en suma confusion. De lo que el enemigo iba obrando en la muralla, dió fuego á las minas el cuarto dia de Setiembre, á las cinco de la mañana, que voló mucha parte de ella, quedando con terraplen y con brecha para ser asaltados: embistieron los 30 franceses subiendo por la ruina arriba, y fueron rebatidos á pedradas y mortetazos por aquellos fortísimos varones. Señalóse de los primeros con la pica y salió á reconocer el intento de los franceses,

el sargento mayor Osorio, quien descubrió dos compañías que se iban rehaciendo y escalando otra vez la brecha, haciendo humos tan espesos, y cubriéndose con ellos tanto, que pretendian no ser vistos de nuestra gente, embarazándoles tambien la vista: avanzóse el sargento mayor, y mejorándose de pica, embistió con el capitan que llevaba la vanguardia, hijo del presidente de Burdeos, y metiéndole la pica entre la gola y el morrion le arrojó de la brecha abajo: acudió luégo el capitan D. Juan de Sien y su alférez, y peleando como valientes, dieron las vidas por la honra y por la patria; D. Juan, de tres mosqueazos y el alférez de los mismos á la mitad de la brecha sin poderle retirar hasta la noche. Murió peleando D. Francisco de Heredia, de un tiro de cañon; el capitan Diego Butron y su cuñado, el capitan Juan de Urbina, acudieron con valor y diligencia enviando gente de socorro, y poniéndose á la defensa: veíase pelcar en la brecha al alcalde Pedro Izquierdo y al capitan D. Terencio con una parte de irlandeses, con admiracion y asombro de los enemigos, sintiendo que plaza tan trabajada y tan mal socorrida, parece que producía leones en la defensa. Señalóse D. Alonso de Manguien, capellan de la compañía del capitan Sien, que hasta los clérigos y los frailes no se reservaban de la fatiga, ni de acudir á la pelea; avanzóse con su carabina y pica, obligando á picazos á retirarse al enemigo: acudió al asalto el licenciado D. Francisco de Hasiárraga, presbítero, natural de Ocio, entrándose ántes de su voluntad en la plaza con el socorro que metió en la villa el maestre de campo D. Miguel Perez de Egca. Duró el combate de ambas partes casi cuatro horas, descubriéndose nuestra gente en sus trincheras y baterías; y para mostrar mayor denuedo á los enemigos y mayor opulencia de gente, mandó el gobernador coronar la cortina de San Nicolás de los vecinos de la villa, armados, asistiendo por cabo el alférez Cigarroa; reforzólos con 30 mosqueteros de los de Tolosa por la diligencia de Don Martin de Ricaldi, y el capitan Diego de Butron, sin embargo de estar en la escalada haciendo rostro á unas piraguas de los enemigos, que á la misma hora habian embestido por aquella



parte; consecutivamente á estas diligencias, no faltando á ninguna, porque la pelea andaba encendida por ambas partes, se ordenó á Miguel de Ubilla, que con alguna gente de la estacada y los dos capitanes, D. Mignel y D. Martín, se opusiesen á la batería del enemigo avanzando y animando nuestra gente, hasta que ambos fueron heridos de dos artillazos de un cañon, pero de poca importancia. Hacian las mujeres los mismos oficios que los varones, con admiracion grande de los enemigos: tan admirables ellas como ellos, traian á las murallas cabos encendidos, pólvora, balas, picas, en número de casullo, retirando los heridos y los muertos hechos pedazos de la artillería, porque no faltasen sus maridos, hijos, padres, hermanos y parientes de sus puestos. Señalóse este dia D. Luis de Beaumont, y viendo el alcaide Diego de Butron que el gobernador D. Domingo de Guía andaba muy descubierto á las baterías, encargó tuviesen cuidado de hacerle retirar, por la falta que podia hacer su persona si le matasen, perdiendo un cabo de mucha consideracion: matáronnos en la continuacion de las baterías, pasados de 20 hombres, y salieron 42 heridos, sin brazos y sin piernas. Habian los franceses subido á lo alto de la brecha, mas compelidos del herir de los nuestros cayeron rodando al foso más de 450 de ellos, donde perceieron con las vidas. Murió D. Jerónimo de Jibaja, soldado valiente, de una bala de cañon, yendo á gobernar la gente de Tolosa, y con orden de enviar socorro al baluarte de la Reina: retiróse la gente que quedó herida y los vecinos algo tarde, que con el calor del combate no se advirtió en el descuido con que anduvieron los nuestros en el manejar la mosquetería en lugar de las picas y los chuzos: disparóse una banqueta por orden del alcaide Pedro Izquierdo para mayor ofensa del enemigo pegado al terraplen, y acudieron todos con gran cuidado, trayendo la madera necesaria para la obra por no poder cortar la banqueta en el terraplen, por estar la tierra movetiza con las muchas aguas: dióse principio á una trinchera por la diligencia de los irlandeses, si bien la acabaron los que iban á mudar la gente: cuidaba de la obra Adrian Pulido, por orden del gober-

nador y del sargento mayor, no faltando á los demas puestos. Rebatióse al enemigo con bombas, granadas y piedras, procurando impedirle el trabajo: junto al ángulo del baluarte creyóse que trataba de volar una gran ruina de la muralla que habia quedado en pie; siendo así que era su intento abrir una zanja para avanzar la gente cubierta, á la batería de Santa María: abrió otras dos junto á las galerías para cubrir la gente del través de San Nicolás, y á 5 de Setiembre se suspendió algo el enemigo; pero tuvo á los nuestros en continua arma, pues aunque no avanzó grueso de gente, mostraba tropas fornecidas en los manzanas. Dábase prisa en la mina de los costones, y los nuestros en perfeccionar la espalda que se hacia contra ella, poniendo el trabuco de las bombas para que sirviese de pedrero. ¡Qué más se podia escribir de la memorable expugnacion de Ostende, en tiempo de nuestro Roy Don Felipe III, plaza de todas maneras admirable á soldados y escritores!

Trabajaba el francés en la brecha igualándola y peinándola, adelantando la galería, á mejorarse y disponer otro asalto para el dia siguiente: hizo esta noche una mina poqueña para allanar nueva tierra á la brecha, por la descomodidad de las piedras, y asistieron algunos de la villa al mismo tiempo, trabajando y obrando tan alentadamente, que no pudo avanzarse el enemigo: fué esta obra trabajo ejecutado de la gente escogida que envió el capitan Diego Butron y su cabo, el allérez Ligarroa, y en su compañía Joanes de Lisalde, Joanes de Cigarroa, Joanes de Alcaldégni, jurado mayor, y Andres de Curraín, que trabajando le mataron de un mosquetazo, hombres todos, en el saber gobernarse y en la valentia, iguales á los Scipiones y á Quinto Fabio Máximo, que celebra la erudicion romana. A 6 de Setiembre, muy de mañana, comenzó á cargar gente á las trincheras del enemigo, y á las seis de aquel dia fué metiendo tropas en brecha: impugnábalos nuestra gente con la artillería de los costones, con daño irreparable de los franceses, y ántes de comenzar el asalto fué herido el allérez Juan de Roa, persona de estimacion. Dióse el asalto,



acaudillando á los más escogidos del ejército de los enemigos, un sobrino del marqués de Greves y su teniente: avanzáronse los nuestros á la brecha, y con particularidad el sargento mayor Osorio, que peló pica á pica con el cabo francés; y habiéndole herido y podido cuartel, y diciéndole que no era tiempo, le arrojó de otro bote rodando por la brecha: peleó valerosamente el sargento, y con tal denuedo, que recibió diez mosquetazos, sin quedar herido de consideracion. Volvió el francés otra vez á tocar un arma viva y dió el tercero y último asalto con la más lucida gente que tenía: salieron las picas de los nuestros á recibirlo, y el sargento mayor Osorio, con seis coseletes de los de Tolosa, manteniendo estos solos en la primera arremetida el tison de los franceses, matando ocho de ellos, y el sargento mayor hirió de un bote de pica al maestro de campo francés y le quitó el penacho que traía: hizo lugar esto día el capitán Pulido, sin embargo de haberle costado sangre de una herida que recibió de un mosquetazo en la cabeza; y en prosecucion del combate, el capitán D. Terencio, de los irlandeses, que habiéndosele quebrado la pica, con el pedazo que le quedó peleó gran rato, hasta que tomando otra prosiguió constantemente, estando todo el cuerpo descubierta á la batería; sin embargo, al retirarse fué herido en el muslo de un mosquetazo. Peleaban, finalmente, los de Fuenterrabía como buenos y valientes provincianos, tan sin miedo de los franceses, que sin embargo de la porfiada resistencia, añadieron el avanzar muchos, siguiéndolos con ardor y singular coraje, saliendo de la plaza hasta sus trincheras. Fueron memorables este día y en esta accion, Pedro de Ibarreteta, cabo de escuadra del sargento de la villa Diego de Miranda, Tomás de Arsa, que al retirarse y tomarlo de la mano el capitán Diego Butron para volverle á la plaza, fué herido; Antonio de Viluá, Martín de Albero y Joanes de Argaiz, que siendo cojo se avanzó hasta la mitad de la brecha peleando y siguiendo á los franceses: asistió en el baluarte de la Reina y en los puestos más peligrosos, el capitán Juan de Urbina, con increíble valor; coronaron la muralla más de 30

muchachos de la villa, que aquí todo hombre, todo sexo, mozos y viejos y muchachos de la villa, todos parecían hijos de Marte, y todos peleaban y eran soldados, para ejemplo y memorias de naciones forasteras, tanto, que ninguno pasaba de quince años, y, sin embargo, disparaban maravillosamente los arcabucos: en este asalto mató Alonso del Moral con una bomba más de 30 franceses que se habian encubierto en un recodo. Hizo experiencia de un ingenio antiguo, de un barril de madera atacado de piedras, y otro barril pequeño de pólvora, y arrojóse por la esquina de la brecha, y como era tan pesado llevó tras sí un número increíble de franceses, y al reventar encendió los frascos de los mosqueteros, de suerte que muchos de ellos se abrasaron, y los que quedaron, corriendo velozmente á la laguna del foso, por ver si se podian librar de él, recibieron grande daño de las dos piezas y el medio cañon, y tan furiosamente fueron tocados del último tiro, que, dando sobre más de 40 hombres que estaban juntos y á su parecer seguros, les sacudió con bala y palanqueta, de suerte que despues no pareció ninguno: perdieron este día pasados de 300 hombres, y entre ellos gente de lustro y de cuenta, quedando muertos en la brecha cuatro capitanes, y volvió otro arrastrando, se dejó una pierna en el camino, retiróse, y con grande pérdida suspendióse por algunas horas el fatigar la plaza, no atreviéndose aún á la noche á retirar los muertos.

El marqués de Mortara, en esta sazón, atendiendo á los riesgos y trabajos continuos de los sitiados, y cuán fatigados eran de los franceses, se avanzó de las eminencias donde se hallaba, y trabando con ellos muy vivas escaramuzas, los obligó á que no apretasen tanto á aquellos hombres. Habiendo llovido, pues, en un mismo peso todo aquel espacio de cincuenta horas, y más nos pesadamente algunos días más, el cielo, que tan ceñudo se habia mostrado y con tanta indignacion sobre nuestra gente, afanzados, sin embargo, en aquella espectacion, por cuya cuenta corrieron siempre las victorias de España, se descombozó con claridad, mostrando el arco despues de la tempestad y la oliva de la bonanza que abrió el corazon del aprieto en



que se había hallado el ejército; con que el Almirante y el marqués de los Velez volvieron á enderezar sus designios y aspirar á la cumbre de la inmortalidad, descollándose á todo, si podía elevar un espíritu generoso á rebatir la tiranía de los extranjeros y advenedizos, y sobre todo las calumnias y maleficios de los cortesanos: habian ya reducido el ejército á mejor fortuna, y conducidos los bisoños debajo de las banderas y á la obediencia de los capitanes, juntó el Almirante los cabos y confirió con ellos la importancia del socorro, pues ya el cielo, más benigno, daba lugar á la de los enemigos. Quién proponía dificultades sobre el hecho, arguyendo que ya estarían muy adentro de la villa y señores de todo aquel terreno, y áun quien pasaba adelante, que estaría rendida, cuánto importaba conservar el ejército y no aventurarle, guardándole para más árdua ocasión y para defensa de toda la tierra, que se hallaba abierta y sin otro baluarte, si se perdía aquel, y se exponía á los accidentes de la guerra, de cuyo revés todo quedaba expuesto á universal ruina. Resolvió el Almirante la controversia de los cabos, y dijo se había de socorrer á Fuonterrabía, como lo mandaba el Rey y sus ministros por sus cartas; que de lo que se había de tratar, era el modo y la forma cómo se había de hacer la facción. Todos fueron de parecer que fuese el día octavo de Setiembre, en que nació la Reina de los Angeles para reparacion del linaje humano. Movióse otra dificultad, si sería bien tentar el socorro de día ó de noche: algunos apoyaban esto postrero, porque estando los enemigos fortificados en sus trincheras, la turbacion y el sobresalto los haria ceder de la resistencia; y tratanse algunos ejemplares en que yo no quiero ser molesto: finalmente, se resolvió que fuese de día, y que todos obrasen como valientes á la vista de la emulacion, que no reserva al más aventajado. Determinados ya y resueltos de embestir, pasaron de Lezo á los cuarteles á prevenir lo necesario para que al día siguiente montasen todos en campaña y se diese la batalla á los franceses en sus fortificaciones; y para esto se ordenó al marqués de Torrecusa, gobernador de las armas de Navarra, que

con 2.500 hombres, compuestos del regimiento del conde de Aguilar, 350 de la armada y otros tantos napolitanos del tercio de D. Leonardo Molos, y el tercio de navarros de D. Fausto de Losada, reforzado de otros 300 de los demas tercios de Navarra, se acercase al enemigo, y que, siguiéndole lo restante del ejército, se arriase á un cuartel de los franceses que le pareciese más fácil de ocupar. Al marqués de Mortara, que se hallaba alojado en las eminencias de Jasquivel, con otros 2.500 soldados, compuestos del ejército del Conde, y de otras compañías de españoles que se le enviaron aquella noche, y con todos los irlandeses, que se fuese adelantando por la cordillera de los montes contra los puestos que tenia ocupados en ella el enemigo. A D. Pedro Giron, que con su tercio y el de Sebastian Granero y otros 350 españoles de la armada, se arriase al cuartel de Irún, ocupando puestos ventajosos, ó que pudiese reforzar los que tenia en el sitio ni hacer diversion á los nuestros por las espaldas, ó entrando en los cuarteles que dejáramos, ó inquietándolos en los que podían ocupar de nuevo, dado que no se saliese con el intento principal de socorrer la plaza. Con esta disposicion y orden, nuestro ejército, implorando el auxilio del cielo y llevando por guía y mediauera la que nació para Madre de Dios, tomó el marqués de Torrecusa su camino por la falda de los montes, y el Almirante y el marqués de los Velez con el resto del ejército, que sería de hasta 5.500 infantes, guiados por el maestro de campo general Jerónimo Roo, siguieron por el camino de la mano derecha que llevaba el marqués de Torrecusa hacia los cuarteles del enemigo; ordenando que asistiesen cerca de su persona el gobernador general de la artillería, Sebastian Granero, á quien no pareció aquel día de poca dificultad la empresa, ni la subida de la eminencia: llevaron al coronel D. Diego de Isasi y á los maestros de campo Carlos Guasco y Jerónimo Totavila y otros cabos de nombre, para servirse de ellos en las necesidades y ocurrencias del combate; y envióse á D. Antonio Gandolfo á poner el tercio de D. Francisco Mejía en las em-



boscadas necesarias, para reconocer y asegurar lo cubierto y los trances y celadas de los bosques y lo fragoso de los caminos por donde era forzoso marchar nuestro ejército.

Puestas las cosas en este estado, y atentas todas las demas naciones que concurrían á esta facción al fin de tan grande intento, y todo lo demas de la Provincia y la Europa, el marqués de Torrecusa, tomando el camino y la ladera por lo bajo de los montes, se fué adelantando hácia sus mayores eminencias á dar vista á las fortificaciones de Guadalupe, por quedar más libre para cargar sobre los puestos donde conoçese podia obrar mejor los fines que llevaba, formando sus escuadrones y adelantándolos en puestos ventajosos. A esta hora tenia el francés dispuestas las fortificaciones de Guadalupe, de manera que se hallaba su eminencia defendida con dos reductos, uno á la mano derecha y otro á la siniestra, y se daba la mano con una trinchera repartida en ángulos, todo del ingenio de La Forza, dejando por una parte y por otra dos sutidas grandes para la caballería: habia en ambos lados dos medias lunas, algo apartadas de línea, guarnecidas de picas y mosquetes, y en los dos reductos dos escuadronillos con dos piezas de artillería; en el de la parte derecha, á las espaldas de la campaña de este mismo lado, tenia dos gruesos de caballería, y hácia el lado izquierdo una batería de dos piezas y un escuadron de infantería, con una trinchera delante de la gente: formábase otro escuadron en el bosque, y á la vista de éste se hallaba toda la gente del marqués de Mortara, que á un camino bondo avanzó dos mangas de mosquetería que escaramuzaban contra estas fortificaciones. Aunque combatida de infortunios y tempestades, esta facción, de todas maneras próspera para españoles, para Italia, ambas Germanias y ambos orbes, Oriental y Occidental, y de grande mengua para los enemigos y sus confederados, se habia tenido por particular fe y confianza en este día, por ser contrario á las empresas del príncipe de Condé, por ser injustas: así lo tenían observado los asistentes á sus progresos, que habia perdido todos sus ejércitos, sitios, asaltos y batallas, trayendo á la memoria el ejemplo fresco y reciente

de la Contea de Borgoña, cuando se puso sobre Dola, de donde salió por estos mismos dias desbaratado y roto él y toda su gente; y el Almirante, que en estos mismos y en todas las demas festividades de esta Reina gloriosísima, solicitaba los negocios de su alma y de su honra, y salía de todas con prosperidad, valiéndose de oraciones y ayunos á pan y agua, y ahora parece que le queria premiar el ejército la devoción y la piedad, y en esta ocasion los habia tomado por remedios y auxilios eficaces, y por escudo para que diese á la cristiandad el cumplimiento de su esperanza, sin embargo de las calumnias que en veinte años no le faltaron á él ni á otros; y en esto se fundaron los que de ménos porte volvieron despues de la tormenta á la bonanza de las banderas, refrenados en la libertad y desverguenza con que hablaban, tomando flojamente las armas, afirmando ahora el valor y la avilantez con este patrocinio y en esta fe. Llegó el marqués de Mortara peleando por desalojar al enemigo de unas peñuelas, y pasó luego ganando lo alto de una colina, dando vista, á ménos de tiro de mosquete, á las fortificaciones de Guadalupe: el marqués de Torrecusa, gallardo y de suma tranquilidad de espíritu en semejantes empresas, en prosecucion de Mortara, con aquel aliento hijo de su valor y de su ánimo generoso, embistió al reducto en que tenia el enemigo sus fortificaciones, que envió á decir el príncipe de Condé que tenia sus cosas dispuestas de manera que, aunque fuese embesuido varias veces, habria retroceder á los españoles del socorro y aun los haria destituir de volverle á emprender. Fué por esta causa rechazado dos veces el marqués de Torrecusa, por la caballería francesa, peleándose con denucdo y coraje por ambas partes; pero él, como capitán y caballero de tan escogida opinion, embistió tercera vez, y con tanto calor, señalándose con bizarria entre los demas los napolitanos que ganaron el reducto, obligando á los franceses á volver las espaldas, infamemente al de La Forza y á la arrogancia suya y de los demas cabos, con pérdida de nuestra parte de solos cinco hombres. El marqués de Mortara, á esta hora, con la gente de su cargo y los



irlandeses, habia ya ganado el reducto de la mano izquierda y casi el trinchero donde alojó la mosquetería contra el enemigo, con que juntos ambos capitanes y dentro de los cuarteles de los enemigos, aunque embestidos de nuevo de la caballería francesa, fueron rechazados de la nuestra y de la infantería, rotos y deshechos totalmente; señalándose mucho el comisario general D. Juan de Terraza y el capitán D. Bernabé Tomás de Velasco y Diego Diaz de Aax, hombres nobles y principales, portándose con gallardía, obligando á los franceses segunda vez á volver las espaldas; con que el ejército y la arrogancia de los monscures iba ya totalmente deshecho y roto. A este tiempo llegaron el Almirante y el marqués de los Velez con el primer batallón de su vanguardia, y pareciendo necesario adelantar las tropas para dar calor á la demas gente, formó con gran brevedad y arte el maestro de campo general, Jerónimo de Roo, tres batallones, y se ordenó que Don Diego Caballero, teniente de maestro de campo general, ocupase una casa que delante de aquella gente tenía guarnecida el enemigo con algunos arcabuceros; y habiéndolo hecho, pasó adelante en seguimiento de los franceses hácia sus cuarteles, y reforzando sus gentes con algunas mangas de mosquetería, fué desalojando á los demas y poniéndolos en desórden y confusión. Era esta la parte por donde el enemigo podia hacer su retirada, cargados de los nuestros, en las eminencias; pero viendo nuestros batallones formados, adonde estaba el Almirante y el marqués de los Velez, y por todas partes desalojada su gente y guarniciones, y el mismo singular valor, firme y en pié, con que los nuestros los iban rechazando, venciendo y matando; siguieron deslucidamente á los demas en fuga miserable, dejando caer las armas, los mosquetes y las picas y cuanto llevaban los franceses, hasta las horquillas. El príncipe de Condé, los duques de Baleta y San Simon, el marqués de Greves, el conde de Agramont, y nuestro venerabilísimo arzobispo de Burdeos y el marqués de La Forza, que eran los cabos principales del ejército, viendo que era imposible sostener ni rebatir el curso acelerado de nuestra gente y que se publi-

caba á voces la victoria por todas partes, se retiraron con la misma confusión y desórden, pensando embarcar la vuelta del puerto de Zocoá; cumpliéndose sobre el marqués de La Forza la profecía del religioso capuchino, que insinuó al príncipe de Condé y sobre los demas, que si no impedía la predicción herética le arrojaría Dios del lugar donde alojaba; y áun el mismo príncipe de Condé estuvo muy á pique de ser asido, si no se arrojará con brevedad en una chalupa, por el capitán D. Bernabé Tomás, á quien salticaron los brazos del caballo, que los metió dentro del agua. Quedaron 4.500 franceses tendidos en la campaña, y ahogados 2.000 en la ribera, que el tropel de su misma fuga fué su precipicio y el estigio de su perdición: la otra parte del ejército francés se retiró por diques al calor de los cuarteles que tenían en Mendolo ó Irún, y la misma noche, por sondas incógnitas y desusadas, buxeron á Francia por el paso de Beovin, por donde habian entrado en España, con bien diferente orgullo y esperanzas, faltos de aliento, de corazon y desarmados. Afirmaban algunos y lo tenían por sin duda, que si D. Pedro Giron con la gente de su cargo, que tenia á la frente de los cuarteles de Irún, tuviera órden de pelear ó cortar á los onemigos, hubiera sido más tremendo el estrago y de más sangre la victoria: la retirada suya, tan presta y diligente, casi hacia dudar á todos cuáles eran los que huían, si con tanta brevedad no se reconociera en los trofeos y en que nuestra gente estaba intrépida y firmísima en los puestos y reductos que ocuparon. Tomáronse 23 piezas de artillería, pasadas de 50 banderas, todo el bagaje, municiones y vituallas; y entre las piezas de artillería se halló un cañon, con las mismas letras que el que se tomó en el fuerte de Brema, en el estado de Milán, que dejamos referido en este año: era el mayor, mejor y de más capaz munición de los que se ganaron, si bien no de tan hermosa forma, con un letrero que decia: «Li cardinal Richelieu, batió última regum.» Vil arrogancia de aquel sujeto que aconsejaba la tiranía y la violencia á los Príncipes, y la da por ley, y la imprimo en el bronce para perpetuarla contra la comun humildad, digo



humanidad y templanza con que se debe contener por la especial virtud de la justicia. Fué notable el despojo que se halló y se tomó á los franceses, porque como estaban, á su parecer, muy lejos de lo que les sucedió, creyendo ser señores de la tierra, pasaron á Francia no más que las personas desnudas, dejándose cuanto traían. Siendo las cosas en este estado, de todas maneras lleno de felicidad, habia quien referia las dudas que ántes se dejaron sentir en los cabos: los más osados y de mayor cabeza lo entendian así, que el desempeño de la reputacion no podia avanzarse á tan conocidos riesgos y eminentes peligros. Sebastian Granero, soldado de conocida experiencia y manejo en las armas, premeditando las inaccessibles dificultades de la empresa, y cuando ponía los ojos en las colinas que se habian de vencer y subir, decia era corto el premio para tan grande trabajo, y ponderaba un ejército grande enemigo, y puesto en eminencias, numeroso en gente y cada día reforzado de otra nueva y descansada, atrincherado, fortificado de reductos y terraplenes, mucha artillería, muchas minas contra la plaza, sobre quien habian descargado innumerables bombas de fuego y balas: todo era ántes del hecho digno de reparo, y prometia que daría la más encarecida prenda á quien le asegurase arribar á las cumbres de aquellos, coronados de enemigos, y al fin todo lo allanó el valor.

Descendiendo, pues, á nuestro mayor cuidado y encaminando la pluma lo mejor que pudiéremos, y más legalmente, á la principal narracion, porque no hemos de dejar en silencio lo digno y más admirable de memoria sin referir, tambien nos avisan en relaciones, que el Arzobispo, general de la armada naval, asistido de tres Obispos franceses, no poco soberbio y desvanecido del suceso de Guetria sobre nuestra armada, y poco aficionado á la casa del duque de Pernon, de donde era hijo el duque de la Baleta y el Cardenal, su hermano, que tenia las armas en Italia, discurrendo libremente y viendo que de tantos asaltos no se habia rendido la plaza, se dejó decir al principio de Condé era gran bisoñería, y pasó á discutir

sus pensamientos ó entenderse con español, haber dado tantos asaltos á la plaza el duque de la Baleta, con muerte de tantos franceses y conseguido tan poca reputacion y no salir con la empresa; que él queria dar un asalto el día de Nuestra Señora de Setiembre, á las cuatro de la mañana: y oída por el duque de la Baleta la proposicion desacertada del Prelado, dijo, que el Arzobispo era general de la armada y de las cosas del mar, á quien no tocaban las facciones de tierra, ni deliberar en materias ajenas. Hubo en esto muchas diferencias de ambas partes, ocasionadas de pasiones antiguas y de las comodidades que la casa del Arzobispo tenia con la del duque de Pernon, de que me parece que el Arzobispo por esto recayó en alguna accion afrentosa en satisfaccion de lo hablado: sin embargo, con el deseo que el príncipe de Condé tenia de acabar con empresa de tanto cuidado, condescendió con el del arzobispo de Burdeos, y vino en que corriese por su cuenta el embestir la villa; pero mirando mejor aquel Prelado, y juzgando con más prudencia ser varios los sucesos de la guerra, particularmente si se contiene con españoles, en que siempre han salido mal parados, retrocedió de lo acordado, y dijo habia advertido y hecho reparo que no le tocaba á él el manejo de las armas por tierra, y si el progreso de la armada de mar, y que así cedia de lo tratado y de dar el asalto, ni oponerse á las cosas militares que tocaban al duque de la Baleta: esto, porque no queria el Arzobispo introducirse en nuevas dificultades ni dilidencias con él, ni dar ocasion á más sentimientos. No obstante la satisfaccion del Arzobispo, no quiso admitirsela Condé, ni dar orejas al descargo, ántes que habia de tentar lo prometido: con que, el Arzobispo no pudo volver atrás de lo propuesto, dió muestras de querer sacar de los navios la gente más práctica y de valor para el intento, y para alentarlos y darlos nuevo calor, dió á entender con la misma vanidad, lo primero, que queria repartir entre ellos 4.000 doblas de oro, para disponerlos mejor. Era su resolucion y designio acometer á Fuenterrabia por cuatro partes, para conseguir la rendicion, porque á aquella hora los



sitiados eran pocos, falidos, hambrientos y cansados para acudir á tantas, y más habiendo avisado el día ántes Domingo de Guía, con dos hombres que salieron de la plaza, á ambos generales, que si dentro de dos días no le socorrian, sería el francés señor de ella; pero todo lo rebatió el fortísimo brazo de Dios con su divina y admirable providencia. Al mismo paso que esto, refieren, que vino un tambor á rescatar algunos prisioneros al ejército, y que pidióselos al Almirante: mas, á mi ver, fué más á reconocerlos que á otra cosa. Preguntando al tambor, qué decía el príncipe de Condé del estado de las cosas, le respondió que decía, que dentro de pocas horas sería suya la plaza: el Almirante le concluyó diciéndole: dile que en esas mismas pienso yo estar dentro de ella; y que dándole algunos escudos, marchó á ejecutarlo. Llevados de esta misma arrogancia los franceses, tambien se dijo que, desde las tres trincheras donde estaban, daban voces al marqués de Mortara, diciéndole que bajase con la coronela del Conde-duque; queriendo picarle con esto y traerlo á la memoria el suceso de Leocata: pero presto probaron la enmienda, porque él dijo despues de la rota, que se había satisfecho á toda su voluntad de las heridas que allí recibió con las muchas que este día había dado á los franceses. Tambien nos decian, que si esperáramos algun milagro en no acabar de resolvernos á ombestirlos, y al fin lo hizo Dios por cegar la perfidia de aquellos hugonotes y sus prédicas: fueron los nuestros siguiéndoles el alcance; huyó su caballería á la parte de Irún y mucha de la infantería hacía la marina, donde perecieron muchos en el agua, en los escoros y marrazos, apretados unos de otros, porque no habiendo embarcaciones y estando los navios de su armada léjos, subiendo á toda furia la mar, sepultó á muchos en la arena por correr á gran ímpetu en aquella concha; otros estaban hasta la mitad del cuerpo en el agua, hasta donde llegaba nuestra infantería y caballería á dar con las espadas cuchilladas en ellos como en troncos de árboles, no pudiendo salir; y puestos de rodillas los demas, fuera del agua y con las manos puestas, decian y pedian

á voces misericordia, y se rendian diciendo: «¡Viva lo Rey de Espagne; buen cuartel!» Los irlandeses, para mejor gozar del pillaje, diestros en este arte de despojar, afirman que tomaban los ahogados y los metian más adentro para que los cubriesen la mar y en sazón más desembarazada poderlos desnudar en baja mar. Hizo el Almirante dejar libre el paso á los franceses: D. Bernabé Tomás de Velasco, despues que cerró con la caballería enemiga y la puso en rota, fué siguiendo el alcance hasta la lengua del agua, prendiendo á muchos y forzando á otros á perecer en ella: se halló con el caballo en las manos del príncipe de Condé, cuando se huyó en el barco; pero con dos balazos en una pierna: tomó entre los prisioneros á Monsieur de Irunali, cuñado del obispo de Nántes, y dándole libertad por orden del Almirante, recibió por rescate una espada, por cuya estimación le envió 400 doblones con un trompeta; y prosiguiendo en el mismo alcance, pasó por la tienda del príncipe de Condé, mandó reconocerla á los soldados y halláronla solá, contentándose del despojo con un dosel y una frontalerá con las armas del príncipe de Condé, que son las mismas de Francia, el altar donde le decian misa, que yo ví presentar despues á S. M. por mano del mismo D. Bernabé acabada la ocasio; y demás de esto, la silla del caballo del príncipe de Condé, que era de terciopelo carmesí con samanos de oro, que presentó al Conde-duque.

Entró el Almirante y el marqués de los Velez, acompañados de mucha milicia, en Fuenterrabia, á las cinco y media de la tarde, con la alegría, aplauso y aclamación justa al suceso; entró por la brecha grande que había hecho el caemigo con la última mina, batería y asaltos, subiendo por entro cuerpos muertos y cadáveres de franceses, y de la misma manera y con el mismo alborozo nuestra caballería, subiendo por las brechas de las murallas como si entraran por las puertas de la villa; habiendo recibido y tolerado aquella invencible gente en sesenta y nueve dias de sitio, más de 44.000 cañones, 400 bombas, 6 minas voladas, otra prevenida y 3 asaltos: entraron abrazando á los de adentro, y ellos se les echaron á



los piés: fué grande el gozo que recibieron. D. Domingo de Guía cenó con el Almirante aquella noche y fué muy singular el placer que tuvo de verlos; parecía que salían todos, maltratados, como de largas prisiones en hondos y oscuros calabozos; flacos, consumidos del trabajo, de la hambre, rotos los vestidos, las manos duras de los callos del continuo cavar y echar tierra para cubrir las aberturas de las minas; y si bien perdieron entre los tales asaltos generales 300 hombres, mataron de los franceses 4.700; y en esta forma y en este traje, muy desmedrado el Padre Isasi, de la Compañía de Jesús, que había asistido á todo como el hombre mas ínfimo de la villa. Dió el Almirante el dinero que llevaba á la gente que halló allí, agradeciéndoles de parte de S. M. el valor, constancia y lealtad con que le habían servido defendiendo la plaza y la patria. Refieren, que al entrar los generales en ella vieron una de aquellas matronas de guardia con un mosquete y horquilla, y viendo que se admiraban de verla, con semblante desnudado dijo: «¿qué se extrañan vuestras excelencias? el día que ménos he trabajado ha sido hoy que no he tirado más de dos mosquetazos»; y luego, consiguientemente, disparó con tanta agilidad y presteza como lo pudiera hacer un soldado viejo de Flandes. Aseguraban muchos de la plaza que se hubieran perdido si no hubieran tenido la ayuda de las mujeres, que habían andado como amazonas haciendo trincheras, cargando los mosquetes al tiempo de los asaltos, y otras llevando la pólvora y balas en las faldas para que los hombres tirasen con más presteza, como eran pocos, excediendo la diligencia á la multitudumbre de los enemigos, y últimamente, estuvieron resueltas á vestirse todas de hombres, pues no les faltaba el ánimo ni el esfuerzo, para salir á rebatir el asalto general que se esperaba del arzobispo de Burdeos, sin embargo de hallarse el enemigo á los quince dias del sitio dentro del foso y haber empezado á picar la muralla y á baíarla de tan cerca: cosas se notaron en este sitio dignas de admiracion y de memoria, las cuales nunca se dirán de otra plaza, de otro gente ni de otra nacion que de la vizcaina. Rindieron, pues, los franceses

la victoria y la dejaron en las manos de nuestra gente, la valantía y fortuna cediendo al ardor de los primeros, haciéndolos despues al miedo y á la fatiga puente de plata. Dejaron todas las tiendas, ropas, los pagamentos abiertos, el dinero y recámara del príncipe de Condé y de los demas señores, los vestidos, alhajas, papeles y órdenes del Rey, enriqueciéndose muchos soldados; viéndose, entre la confusion y la alegría del suceso, los mosqueteros españoles vestidos de monsiures con capotes y capas de grana muy ricas, vendiendo á bajos precios, por la abundancia, piezas de plata, caballos, joyas, cadenas y otras preseas de esta calidad: quedaron prisioneros 2.000 franceses, y entre ellos muchos oficiales y gente particular, no habiendo de nuestra parte más de 400 hombres muertos y otros tantos heridos. D. Pedro Giron, obedeciendo el órden del Almirante, se estuvo firme en su puesto, conservándole y con aliento para mayores cosas: intentaron quemar el lugar y la casa de Arvelaz, lo primero por seguir su indignacion, lo segundo porque no nos aprovechásemos de sus riquezas y se triunfase de ellas, como de despojos de hombres vencidos; y ocupado el lugar y visitada la casa, se halló cantidad de barriles de pólvora con cuerda encendida para que á cierta hora volase, y se abrasase cuanto hubiese dentro y fuese en parte ruina de nuestra gente y azar de nuestra victoria, y que no nos saliese tan sazónada ni de tanto lustre, y porque si acaso fuese el Almirante ó el marqués de los Velez á alojarse en ella, á otra persona señalada del ejército; pero Dios misericordioso en todos instantes inspiró el remedio y reparo de esto como de todo lo demas. Atribuíase toda la parte de esta victoria, por su diligencia, disposicion militar, valor y gallardia, primeramente á las cabezas, como es uso en los hechos y actos militares, al marqués de Torrecusa con los navarros y napolitanos y los caballeros particulares que obraron como hijos de sus obras. Pereció mucha gente noble, y se podia decir de ellos en esta ocasion lo que en la antigüedad en el suceso de Roncesvalles, que le tenían tan cerca. Salíó huyendo el marqués de La Forza de la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe,



como si los tuviéramos cerrados; siendo muy para sentir, que la gloria de la nación española haya dado en tales bajos por no querer elegir un hombre sabio, adornado de prudencia, de humanidad y del resplandor de las otras virtudes, tal cual le pide la importancia de una Monarquía tan grande, que antes fué el ideal y el dechado de las otras, y dió leyes á las demás.

Sin embargo de la prosperidad del suceso y fortuna de la victoria, dejaron los enemigos la Provincia muy maltratada, muchos lugares destruidos y quemados, y asoladas las haciendas del campo, labranzas y casas de recreación; pero á un ejército que tenía por mar y por tierra 22.000 infantes, cerca de 2.000 caballos y 50 bajeles muy bien artillados y de muchas toneladas, y que aguardaban por horas un grueso de 6.000 hombres, que ya habían pasado de Bayona; y no siendo el ejército de España de más, á la postre, que de 43.000 infantes y 500 caballos, ellos fortificados y nosotros sin ningún reparo, los impugnaron y despidieron de la otra parte de los montes, dejaron innumerable multitud de mosquetes, picas y otras armas, 30 quintales de pólvora, municiones y gran cantidad de bizcocho, mucho y muy rico el pillaje, gran copia de plata, como ya lo dejamos dicho, oro, sedas, camas, pabellones tan preciosos en el arte como en la materia, escritorios y otras infinitas cosas, y cogieron la recámara del príncipe de Condé (no nos cansamos de repetir esto, que parece recibe gusto el ingenio y se mantiene de sucesos tales la pluma), alhajada de mucha y muy rica plata labrada, y tomáronle el collar de la Orden de Santi-Spiritus: gran descuido perder la insignia con que el Príncipe honra y califica al vasallo y le hace su semejante: la erigió para sí y para las mejores del reino. Envió un trompeta al Almirante pidiéndole encarecidamente le hiciese volver la plata y el collar, que daría todo su valor y lo que pidiese: él respondió que aquello lo tenían los soldados y se habían valido de ello y estaba casi hundido, que no era fácil de buscarlo ni de hacerlo, que tuviese paciencia. El collar vino á las manos del Almirante: la traza de la insignia como

donde estuvo acuartelado y tenía sus prédicas heréticas, como se lo profetizó el religioso capuchino, y que aquellos escudrones que ostentaban horror á nuestra gente habían de ser hechos pedazos por ellos mismos; dándose á fiar tanto de sí, que se cuenta de él que dijo, que bien creía que los españoles no le embestirían, pero si se resolviesen á ello, tenía dispuestas sus tropas de suerte que valdría un soldado de los suyos por cinco de los nuestros: huyó el duque de la Baleta; y otras relaciones afirman, que el príncipe de Condé envió lista de las personas de sangre y de calidad que faltaban del ejército francés, que era no más de 70, y despues pareció que era más de 4.000, porque cada día iban hallando las tropas, escondidos por las trochas y los jarales de aquellos montes, principio de nuestros Pirineos, muchos franceses, que por los trajes y las personas lo parecían, muertos de las heridas, del miedo y del hambre. Enviaban cada día trompetas á reconocer los prisioneros, y uno de ellos volvió refiriendo faltaban 6.000 hombres del ejército: tal fué la fuga y el asombro, y tan cobardes, cual no se vió jamás de nación ninguna, por vil y baja que fuese. Éste dijo, que preguntándole qué decían los franceses de los españoles, respondió: «que eran valientes y animosos; pero de ningún gobierno.» Es tacha que no se yo por qué se ha de decir de nosotros en esta era, porque ántes no teníamos tal opinión: válganos la que tuvieron nuestros reyes antiguos, la del muy esclarecido D. Fernando el Católico, la del emperador Carlos V, las del rey D. Felipe II y III, cuyos hechos dieron ocasion al aplauso que nos hicieron las naciones vecinas, y hasta las más remotas. Contra las que hoy nos imponen, ¿con qué las debelamos sino con el consejo y con la espada? Los escritos de los italianos, ¿qué dijeron de nosotros, áun no siéndonos afectos? que la verdad en el juicio claro no admite nubladas de pasión. Tanto celebraron nuestro valor como la prudencia y el arte con que se regía el Estado, y ahora se nos atreven unos bisoños, más cobardes que al principio de nuestras empresas, á poner dólo en el ministerio militar de nuestros progresos, y así hemos de errar tan á ojos abiertos



el Toison de Borgoña: parecióle alhaja y presa para su casa y para trofeo de la victoria, rescatóle y guardóle; pero el Rey, que tambien quiso gozar de algun despojo de la fatiga y gastos de su espíritu y del que tuvo su ejército, mandó que se le llevase al guarda-joyas, donde hoy lo enseñan, ornado de liros de Francia y pendiente de él una cruz blanca como la de San Juan: no concediéndole esta presa, cogió la recámara del arzobispo de Burdeos y aquellas 4.000 doblas que tenia consignadas para dar á los soldados, que habia de ser el día del asalto y el octavo de la festividad de Nuestra Señora de Septiembre, y corriera riesgo la plaza si no se anticiparan los nuestros á aliviarla del asedio. Estaba en el campo á la hora que fueron acometidos, ó hizo su fuga como queda señalado; otros dicen que no bajó á la marina, y se viene por cierto que se recogió al castillo de San Telmo, de adonde el día siguiente, más sossegada la confusion y tropel de la fuga, atendiendo más á su salud, aunque estaba con bríos de asaltar la villa, lo cedió todo y su comodidad, y le vieron bajar á los navíos con gran tropa de franceses dando fuego al castillo y clavando la artillería, de donde se presumió que era él.

Toda aquella campaña y sus playas, no sólo estaban pobladas de cuerpos muertos, pero de armas y hasta de espadas: tan ciegos y tan turbados que buscaron en los piés lo que les faltó en las manos. Tomaron grande copia de capotes de grana, de campaña, y ricas guarniciones, y estas de gente noble, por los hábitos que se veían en ellos: soldado hubo que pilló tres, y otro que vendió por 16 reales de á ocho, valiendo 400 escudos: halláronse muchos doblones, relojos de Blois, láminas y otras cosas curiosas, que hallaron los irlandeses con diligencia, haciéndose buzos de la hacienda y preseas de los enemigos: entre las bombas que se hallaron se tomó el mortete con que las echaban, cada una de precio de 70 escudos: quién reputaba el despojo por 200.000 escudos, y quién le hacia mayor y de más suma. La mañana ántes que se diese la batalla llegaron á los franceses cuatro ó cinco pataches cargados de manteca, vinos, aguardiente y otros bastimentos;

fueron presa de nuestra gente, con que satisficieron en parte y á costa del enemigo lo que ántes no hallaban en la tierra ni se lo daban, y refrescaron á su sabor, porque há menester aquella tierra para sustentarse que la vengá de Francia y de Inglaterra. Quedó la armada muy falida de gente, pereciendo toda la que salió para el asalto: fueron de nuestra parte muy pocos los muertos, tanto, que no pasaron de 30; pero muchos heridos de las municiones y máquinas del reducto: la gente del presidio quedó muy destruida y acabada, y la villa y sus murallas en total desolacion, particularmente en el lienzo que llaman de la Reina, que mira á la montaña, con el estrago de las minas fué la brecha notable, bajándose por ella y suhiendo con poco trabajo: quedaron mal parados los parapetos con la artillería, recibiendo continuamente la batería por cuatro partes, habiendo día que tiraron 1.200 balas, y reconociendo las que se hallaron en el foso, parece que igualaban el número de las piedras: dejaron nuestra artillería descencabalgada, embozadas las más de las piczas, y otras torcidas con el teson incansable de tirar; de suerte que quedó inhábil para servir, si no es con nueva fundicion. Decia Domingo de Guisá, que si el día del agua no viera al Almirante sostener la esperanza de volver á socorrerle, y le viera retirar, que rindiera la plaza. Era cosa de admiracion ver aquellos pocos soldados y los naturales de la villa, dignos, por su mucha fortaleza y sufrimientos de trabajos y conclusion de victoria, de hacerles una estatua á cada uno; no parecían hombres, sino fantasmas en la flaqueza de lo poco que habian comido y la continua fatiga de pelear y de la falta de sueño: no les habian quedado más de dos quintales de pólvora, habiendo consumido 800. Quedaron los lugares de la comarca trabajados del fuego: en Bentería se preservaron no más de quince casas; el convento de las monjas quedó ménos quemado y con todo el daño posible; el de los capuchinos escapó, aunque los padres de Bayona presumieron habitarlo y sorprenderle; que tambien en la religion, aunque se siga una misma regla y profesion y sea de una misma autoridad, si son franceses los religiosos se some-



ten á las mismas inclinaciones que entró los seculares, y hacen pesar las leyes y los rigores de ella á los vencidos; pero Dios guardó la casa para los naturales y la defendió de los forasteros: fué preso uno de ellos, pero el Almirante le remitió con un trompeta á Bayona. Entre las cosas que se hallaron en el despojo fué una carta del cardenal de Richelieu para el príncipe de Condé, entre conñado y desconfiado, en que le decía, como teniendo por suya la plaza, y no sé yo si con presunciones de mucha parte del reino, que prosiguiese en sus intentos, que tenia procurador en corte para sus negocios, y que sin duda ninguna le parecia por muy conveniente y forzoso, luego que tomase la plaza, municionarla, abastecerla, y llenarla de trigo, que le comprase, pues el año era bueno y valia barato, y que allí le enviaba 40.000 libras, como si se hubiera de sitiar luego (y todas no hacian 30.000 ducados; porque se vea cuán corto andaba el caudal y el dinero en Francia, cuán limitado y escaso); y con un precepto para que se empleasen en esto y no en otra cosa; pues para meter pólvora, si se ganaba, cuerda, balas y bastimentos para resistir, cómo habia de ser, porque no habian de quedar con ella; no teniendo nada de esto, suponíndose que por esta falta se habia de rendir y obligarle á que metiese el trigo, que decía no era más grueso el caudal, ni de más valor que de 40.000 libras, que hacen el dinoro referido, ¿cuál habia de ser el que habia de enviar para las pagas y socorro de la gente de guerra? y esto se lo ponía en esperanza, diciendo que se lo enviaría; siendo preciso el efecto, porque á ninguna parte se atreude como se debe, á la justicia y razon de este ministerio. Finalmente, proseguia con otras dulces palabras, como de tan gran estadista, animando al Príncipe á que la consiguiese, que tenia por muy necesario esto, aunque le parecia, y trae el ejemplar, que Fuenterrabía habia de ser como Corbie, que nos la ganaron y la volvimos á recobrar; y al fin de la carta decía, que era tanto el deseo que tenia de que la villa se pudiese en estado de no temer los esfuerzos que podiamos hacer para recobrarla, que enviaba el obispo de Nantes con un ingeniero para hacer trabajar aprisa en ella y para

abastecerla de todo lo necesario, y que, para que el Obispo lo pueda hacer mejor no ha de tener otro cuidado ninguno, ni se ha de meter en otra cosa, por la eleccion que ha hecho de su persona, por donde, y prosigue el príncipe de Condé, «entenderezis el afecto con que he cuidado de las cosas que miran á vuestra reputacion y á vuestra gloria.»

Era esta carta, escrita desde Avovila, de 23 de Agosto; torció la fortuna los intentos de aquel Ministro, engañándole y burlándole, porque este dinero se halló tan entero como él lo habia ordenado, para despojo y presa de nuestros soldados ántes que para recurso y reparacion de la plaza, que pensó tomar; y otrosí, la política tan adversa en que se esplaya aquel hombre, introduciendo los Prelados con los seculares, aunque sean herejes, en materias impías; cometiendo invasiones en provincias católicas, y tanto, que se toman por ejemplo para las que no son tales. Afirmaban tambien que el obispo de Nantes tenia estudiado el sermón que habia de predicar dentro de Fuenterrabía el día de Nuestra Señora, en hacimiento de gracias de haberla usurpado el rey de Francia, injustamente, al Rey Católico, y repartir su gobierno y distrito con los herejes hugonotes del ejército, como estaba ordenado; como tambien la esclamacion fervorosa y devota que hizo Monsieur de La Forza, hereje calvinista, que habiendo ocupado por cuartel suyo la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, y tratado las imágenes que habia en ella con la injuria é insolencia que acostumbran los perfidísimos calvinistas, mandó que predicase uno de los ministros de aquella infame secta los errores que los llevan al abismo de la perdición; diciendo el de La Forza en voces altas, que moriría ya contento de haber oído dentro de España su prédica: el premio de aquel ejercicio fué tal, demas de haberle castigado en su protervia, arrojándolo de allí, como de los alcázares del cielo, por el capitan de los ejércitos aliados, al ángel de la Soberbia, que tambien fué de los prisioneros el ministro calvinista de la prédica: no dando lugar los cuidados de la libertad de la plaza á aborrecerle ó quemarle, como lo merecía,



escapóse, siguiendo la fuga de los demas. Pasaron más adelante con la vanidad y la locura, y ántes de ver el fin, se dieron por victoriosos, y no poniéndoseles nada de presunción en la cabeza que no tentarau, hicieron una moneda de plata para introducir en la Provincia, dándosela por suya, con su popuito de emblema ó apologia: contenia la moneda por la haz, las lisas de Francia, y por letra en latin *nú nisi consilio*; de suerte que nos pretendian picar en el consejo como en el tambor, y que sólo ellos le tienen ó le tenían, obran con él, y se nos adelantan en esta virtud: y pasaron más allá á blasonar del valor, como que en ambas cosas nos aventajan, porque en el reverso de la moneda estaba grabado un leon rapante y pendiente de una garra el Toison de Oro de la esclarecidísima casa de Borgoña, invisiéndose el francés esta forma, y pasando de lirio á leon, que todo era delirio, y debajo del otro pié el águila del imperio, dando á sentir que todo habia de ser suyo, comenzando por Borgoña y las otras herencias que se originaron de allí, como la de Flandes, las Asturias y la eleccion del Imperio, y todo lo demas que se incluye en ellas en Alemania, y tenia por letra *Ubique regit*, y juntaba sus armas y las nuestras, como que ya era señor de la provincia de Guipúzcoa y del reino de Navarra; pero todo se desvaueció como sombra fantástica y supuesta, y surtió en castigo de los detentores; y es cosa notable como se diferenciaron aquí las intenciones.

Socorrida la plaza y llegada á Madrid la nueva, llenos los ánimos del Rey, de los Ministros y de los vasallos de gozo, sintiendo estos más como católicos y más fieles, habiendo hecho cuanto de potencia humana se habia podido para desagradar aquellos pueblos del pesado yugo de los enemigos, acá todo era decir: «Dios lo hizo; Dios lo obró; de su mano fué la victoria; la Reina de los ángeles fué la intercesora, los Santos lo ayudaron, los sacrificios y las plegarias lo consiguieron:» al revés de los franceses. Ellos, inventando geroglíficos, hazañas de privados, para engañar á sus Príncipes, suspenderlos y que de su industria lo alcanzan

todo; artificio para tenerlos siempre pendientes, que necesitan de ellos para estar continuamente sobre el mando, sobre el señorío y el imperio. Habrá hombres de estos, que habiendo conseguido el Príncipe alguna justa empresa suya y refiriendo que lo alcanzó por fe, porque sea todo suyo, le dirá el privado que él lo alcanzó por discurso, queriendo siempre adelantar su ingenio á todos los demas. Digo, pues, que en cuanto aquí se atribua á Dios todo el hecho, ellos, vanos, soberbios, presuntuosos, publicando pinturas y bosquejos supersticiosos y sin fundamento, todo lo atribuan á su consejo, á su fortaleza, á la maña y preferirse en ella; si dijeran en la ambicion, en la falta de prudencia, en la descortesia, en la desvergüenza, acertarian. Así derriba Dios los soberbios y abate los hinchados: les dejó sus lirios, que no tienen más resplandor sobre sí ni más permanencia que una cadauca mañana y á la noche destallecen con la sombra; el leon, que se quiso embestir, quedó para la Majestad de España; la águila para la posteridad del Imperio, y el Toison de Oro para orla de otros escudos, siempre triunfantes, sobre las dos columnas. Con el abatimiento de su fuga y vencimiento, cada dia se iba reconociendo mayor el saco en la opulencia; soldado hubo que le tocaron á más de 4.000 escudos: halláronse en otras barcas, que no pudieron salir por falta de marea, ni salvarse, municiones en gran cantidad; mucha de la gente noble, viéndose perdidos, porque no los conociesen y disimularse entre la canalla, y encubrir su flaqueza, se aparearon y desjarretaron los caballos, y tambien porque no sirviesen á los españoles: fué presa de consideracion un navío que venia con bastimento para el ejército con pescado, carne, pasas y otras frutas, ropa blanca y presentes de damas de Bayona, que venian á verso con los monstres en el ejército, si bien á mala ocasion y al castigo de su peor ejemplo, muy presumidas de que sin riesgo podrian andar en el ejército; fracasaron en la ocasion y en las hondas. ¡Qué diferentes cuidados eran los de las utronas de Fuenterrabía, trabajando por el decoro de la honrridad y por aliviar del peso de la guerra á los maridos, á los



padres, á los hijos y á los vecinos en defensa de su patria y del reino, echando sartenes de aceite y pez hirviendo sobre los insidiadores, disparando los mosquetes, como de hecho lo halló el Almirante, y con ellos al hombro cuando entró en la plaza; honrándolas por esto como era justo! Procedieron, pues, estos incenos, como hemos oído del País-Bajo, Italia y otras partes, sin respeto á los altares, á las cosas sagradas y á las imágenes; hallando algunas con 40 y más puñaladas, que hoy sirven de mayor reverencia y de fe á los españoles.

Llegó, como dije, esta nueva á Madrid, que fué de las mayores y de más felicidad que hemos visto, y así se aplaudió. Los hombres salíanse de sí y de sus casas, dándose la enhorabuena los unos á los otros, abrazándose de la misma manera: el regocijo fué público y se celebró con luminarias y otros fuegos: todos aclamaban al Almirante y engrandecían la liberalidad y valentía de ánimo con que había obrado. Pasó la ida del triunvirato, y envióse orden á D. Diego Mejía, no pasase adelante con los italianos, ni dejase á Milan que ya todo estaba acabado; pero los versados en escrituras y en historia añadían, para triunfo del Almirante y de su casa y pasados, los que vieron defendieron á Navarra el año de 1521, siendo gobernadores de Castilla en tiempo del emperador Carlos V, y por ausencia suya, restaurando á Fuenterrabía, que la tomaron los franceses en ménos de diez dias, y se recobró con escaramiento de aquella nacion por las casas de Velasco, como ya lo hemos referido; pues nunca lo han vuelto á tentar sino es ahora: pero la calumnia, cuanto más se había arimado á la cumbre de la fidelidad y se había dado á españoles mayor gloria que jamás tuvo y la mayor victoria, digámoslo así, por lo que se receló del impetu y gran potencia del enemigo, que no eran de su parte por fortuna y emulacion más exaltada y de mayor interés. Decían que todo lo había hecho el marqués de Torrecusa, y aunque era así, hablábase en esta forma por deslucir al Almirante y ajarle la honra adquirida. Del conde de Fuentes decía D. Agustín Mejía, que todas cuantas victorias y empresas tuvo se las había dado él por su mano; pero no por eso se dejó

do reconocer al conde de Fuentes por hombre grande. Trajo la nueva de la rendicion D. Juan de Ayala, hijo de D. Bernardino de Ayala, conde de Villalba, y aquella noche el Rey dió la enhorabuena á la duquesa de Medina de Rioseco, mujer del Almirante, hija de la casa de Sandoval, con el marqués de Aytona, su gentil-hombre de la cámara; si bien despues de este gran favor se limitó ó le limitaron mucho en la liberalidad de las mercedes: punto observado por el arancel del poderoso, no dar nada ni meter en el derecho de los oficios y hacienda Real á los de la era pasada. Besaron los consejos la mano al Rey, los señores y caballeros de la corte; fué despues con todo el lucimiento de ella, acompañado de los cardenales Borja, Sandoval y Espinola, á dar gracias á Dios de la victoria á nuestra Señora de Atocha; mandó tambien á sus consejos, por un decreto, celebrasen fiesta y ofreciesen sacrificios por este suceso en el convento de Atocha, San Jerónimo y en la parroquia de Santiago, como patron de España, hallándose presentes á ellos; que se redimiesen cautivos, que en la iglesia de Santiago se pudiese una lámpara de plata que siempre estuviese ardiendo en memoria de este hecho honroso; encareció con otro decreto el valor, fidelidad y constancia de los de Fuenterrabía, la defensa de la plaza, como se debía por ejemplo conservar en la memoria de los venideros, y mandó que en las obras pías que había ordenado fuesen preferidos todos los hijos de Fuenterrabía, y ni más ni ménos en el rescate de cautivos, los hijos de la villa, y en segundo lugar los hijos de los soldados de la frontera de Africa, y los que sirviendo allí fuesen cautivos de los árabes, luégo los hijos de los mariberos y á estos los criados de su casa: mandó, en consecucion de esto, le consultasen las mercedes que se habian de hacer á la villa y vecinos de Fuenterrabía, al gobernador, capitanes y soldados que la defendieron, y á todos los que en el ejército y fuera de él habian servido en esta ocasion. Diósele título de ciudad á Fuenterrabía, con los encomios y preludios de muy leal y valerosa; diéronla 100.000 ducados para reparos y for-



tificaciones; que la barca del paso de Beovia, y alcalde de Socoa que asistía en Irún, se pusiese á la parte de Fuenterrabía, y que el correo mayor hiciese lo mismo para ayuda de propios. Diósele el patronato de la villa de Elguibar para reparos, adornos y residencia del mismo pueblo; aplicáronsele las penas de cámara aunque vayan las causas á Tribunales Superiores; dióse satisfacción á los vecinos y magistrados de los daños que padecieron; y á los que prestaron de sus alhajas y haciendas, y á los que hubieren menester para el reparo de sus casas; y que los vecinos diesen memoriales de sus pretensiones y daños recibidos para la misma acción, dióse á cada uno ayuda de costa para empleo de lo más necesario: dióseles, á cada viuda el sueldo de una plaza de soldado, y á los hijos de los soldados muertos, de la misma manera, para cuando tengan edad para servir: concedióse el indulto á los presos, exceptuando á los que tenían parte; y honrólos últimamente el Rey con una carta suya dirigida al consejo, justicia y regimiento, y á los caballeros hidalgos, alabándoles de fieles, valientes, constantes por haber sufrido sesenta y nueve dias sobre sí el asedio de los franceses, que mantuvieron la reputacion de las armas sin reparo de las vidas y haciendas; que los haria mercedes, honraria y estimaria; que les reedificaria y levantaria las casas, como se lo habia avisado al Almirante que hiciese el tanteo de esta obra, que le informase de los que habian servido y señaládos en la defensa de la plaza, que los queria dar premios, honras, oficios, ventajas, sueldos; y, sin embargo, á las mujeres, que se daba por servido y obligado y siempre quedaria en su memoria este beneficio. Escribióle el mayor Ministro alabando su proceder y consistencia de la honra de la nacion española. Dióse á Domingo de Guía hábito de encomienda y otras mercedes; al marqués de Torrecusa el castillo de Pamplona; al marqués de Mortara se le hicieron honras de la misma manera, y en esta forma á los demas señores, cabaleros, cabos, capitanes y soldados.

A 8 de Setiembre partió la armada francesa, á vista de la Concha, dando bordos para hacerse á la mar, y desam-

parando el castillo del Iguer, pasó á San Juan de Luz alguna gente francesa á hacer frente de banderas, donde se fortificaron, no sin cuidado de lo que podia intentar el ejército católico, victorioso, formidable y de superior fortuna. Hizo lo mismo el Almirante en Irún, ocupando los puestos que habian dejado, así en aquella parte como el paso de Beovia, y se fortificaron otros para mantener y hacer opósito á los que se reconocian de la parte de Francia: 4.300 franceses prisioneros hicieron trabajar en los reparos de Fuenterrabia, y en levantar las murallas que habian derribado, dándoles un real cada dia de socorro, no sin consuelo y alegría de los vecinos, viéndolos enmendar lo que habian errado, á costa de su sudor. Deseaba el Rey y sus ministros conservar las fortificaciones de la plaza y alojar el ejército en la Provincia por la vecindad del invierno, áspero y riguroso en aquella parte, y para las pretensiones de los vizcainos sobre los alojamientos; y quién decia que sin reparo de lo sucedido, de las inquietudes pasadas y presentes y las que podian sobrevenir, y sin el recelo de ella, y cuando aquellos vasallos, por su fineza, por sus servicios, fe y constancia en la defensa de la patria, eran dignos de que los relevasen de semejantes subsidios, introducir el papel sellado, que hoy yace sepultado en Vitoria en innumerables resmas y cargas, en una casa, recatándose del riesgo de mayores daños, pretendiendo erigir allí un consejo perpétuo, inventando y enviando allá para este fin al licenciado D. Francisco Antonio de Alarcon, del consejo y cámara de Castilla; al licenciado D. Diego de Riaño, del mismo consejo, y á D. Nicolás Cid, veedor general del ejército de Lombardia y del consejo de guerra, con algunos ingenieros para hacer reparos y fortificaciones, y otras máquinas, y hacer allí tribunal, arrasando y acumulando algunos negocios que pudiesen introducir los arbitrios y las gavelas: ejemplos tenemos frescos, cuanto importa tolerar semejantes impulsos, aunque lo pida la necesidad, ayudándose de otros medios, contentándose con los causados y valiéndose de la hacienda Real, como hau hecho hombres de prudencia, aunque lo gima



ella misma y el que lo manda todo; que el gobierno no ha de ser delicia, sino trabajo, siendo más saludable que no lo gima el reino y los vasallos, y que todo fracase en general ruina. Dióse orden que el Almirante volviese á la corte y el marqués de los Velez á Navarra, y desde allí al virreinato de Aragon, á gobernarle.

Llegó á esta sazón la armada real del mar Océano con el duque de Maqueda y D. Antonio de Oquendo: hallaron la libertad de Fuenterrabía, que celebraban en la Andalucía y en todo el reino: los extranjeros se pastaron de la fortuna y dicha del suceso: mandáronlos ir á las islas de las Tercezas á esperar los galeones de la plata y traerlos en conserva; á D. Fernando Mascareña, conde de la Torre, que saliese de Lisboa con los navíos de su cargo, que estaban aprestados para el Brasil, y detenidos para ver el efecto de Fuenterrabía, que eran 44 bajos, 23 de la corona de Portugal, de quien era general Francisco Melo de Castro, y 48 de Castilla, y por su cabo D. Juan de Vega Bazan. Los franceses, en la forma que quedaron, se recogieron todos en Bayona, y en San Juan de Luz hicieron frente de banderas, esperando á lo que pensáramos hacer, y si acaso queríamos tentar algunos designios como estábamos victoriosos; murmurándose de Richelieu, como lo hacían casi todos los hombres de la Francia y de París; que esto es lo amargo y lo más conjunto del privado, y el gusano roedor de sus delicias. El infelice progreso de sus designios en este año, la pérdida del fuerte de Brema con el Milanes, la toma de Bercei en el Piemonte, la rota de sus gentes en Flandes, el haberlos hecho dejar el sitio de Sant Omer, el destrozo de su mayor amigo y aliado el príncipe de Orange y el haberlo desvanecido de la presa de Amberes con muerte de tantos hombres, el conflicto sobre Fuenterrabía, la pérdida de reputacion del ejército, tan vergonzosa, y otros sucesos de Alemania, encaminados por él y cometidos al Palatino, á quien se indignaba dar la mano, aunque con otros ménos males en la Alsacia, respondió, habian sido aquellos ejércitos, sin embargo de sus pérdidas, asombro y estrago de las mismas provincias, de la

gente española; que cuanto quiera que no consiguieron los intentos encaminados por sus consejos, fueron de cuidado para el Rey Católico y para sus ministros, porque en el entretanto que no se veía el fin, los hacía zozobrar con el entendimiento, y pensaba Italia que ya había llegado el último de sus dias, las quemas y talas en las fronteras del País-Bajo y el terror en que cayó en Sant Omer, y cuánto affigió á aquellos pueblos, al Infante y á las cabezas dos ejércitos y dos enemigos, los más formidables y tremendos del sosiego de la Monarquía española; que si en la Vespalia no se pudieron afrunar bien los pensamientos del Palatino del Rin, no fué pequeño cuidado para Alemania y el Imperio el sitio de Brisac, que llevó á la Alsacia, provincia generosa, á su total ruina; la entrada en la provincia de Guipúzcoa con el ejército tan numeroso, tuvo atencion no sólo á Navarra, pero á la España; queda desolada Fuenterrabía, sus murallas por el suelo, de ningún provecho, ántes ocasionando gastos, nuevas levás, doblados ejércitos, que era á lo que más se encaminaban las materias de los enemigos para consumir al rey de España, los reinos, los vasallos, las tierras, las sustancias y el dinero, para que aquella Monarquía caiga de nuestra porfia y persecucion ó de nuestros soldados, por más arriesgados que sean los suyos; la tierra destruida y algunos pueblos abrasados, quemada y destruida la armada y ahogados caudillos de nombre, ajada la honra de un general, que con algunos rencuentros ganados con valor y fortuna, se descollaba sobre los otros y emparejaba en los mejores generales y marineros en la nacion cántabra, y deshecha una armada de galeras y muerta toda la infantería que iba de socorro á Milan: con estos efectos, aunque no se habian podido conseguir otros mayores, podia estar la Francia muy ufana, y los detractores de su reputacion muy ufanos. En esta manera blasonaba Richelieu, y aún volaban en gacetas sus discursos por el mundo, y satisfacía á los bachilleros que le pretendian residencias, y á los nuevos gastos que causaban en el reino á costa de los súbditos, y á los muchos ejércitos, rotas y pérdidas, sin acrecentamiento del partido ni de la ma-



jestad. En cuanto se ha referido, ya lo dejamos respondido: en cuanto á la armada de galeras, porque lo quede tambien, fué que teniendo aviso el general de la armada francesa, que en aquella sazón se hallaba con 45 galeras bien armadas, que 44 de las nuestras estaban en la ribera de Saona, determinó ir las á buscar, siendo ya por estos dias los últimos de Agosto, y reforzando las suyas y armándolas con pavesadas y otras defensas, y reforzándolas de caballeros franceses, parte de la religión de Malta y parte de los naturales de la Provenza, fueron la vuelta de los nuestros y los hallaron á 45 millas de Saona, y habiendo estado á la vista sin embestirse por largo espacio, viendo Don Juan Orellana y D. Rodrigo Hugo de Velasco, cabos de las galeras, uno de las de España y otro de las de Sicilia, en aquella ocasion, que tenían á su vista los franceses y que ésta y el coraje los incitaba á embestir con ellos; reparando ántes del suceso que era bien dar cuenta á los demas capitanes y tomar consejo, donde habia algunos sicilianos, juntos todos, y representando el caso, dijeron algunos que nuestras galeras se hallaban sin chusma y con soldados bisonos y que casi todas estaban abiertas, hacian agua y se hallaban en otros trabajos bien sabidos de todos; que no decian que no peleasen con ellos, si eran embestidos; pero caso que no, era mejor acuerdo continuar el viaje á Génova: sin embargo, D. Juan de Orellana y su ayudante, no debiendo hacer, porque no llevaba órden para ello, sino de echar 2.000 españoles en tierra para los progresos del Estado de Milan, resolvieron embestir á los franceses; pero si bien el valor fué generoso y gallardo en el hecho, faltó el gobierno y el juicio en algunos, con que la victoria no fué tan extremada ni tan gloriosa como se pensó habia de ser. Las primeras galeras que embistieron fueron *San Juan* y *Santa Catalina*, que estaban en el cuerno derecho, y por el otro *Santa Ana* y *San Pedro*, embarrancándose de manera, y con tanto riesgo y confusion en la pelea, que no fueron de provecho: habia la galera *Santa Catalina* ganado la francesa con quien habia embestido, cuando llegaron otras dos de las suyas á socorrerla y abordaron á *Santa Catalina*, á

cuyo socorro, volviendo el capitan de la misma galera, que ya estaba en la de los franceses con otro de su infantería, al uno le dieron un balazo en la cabeza y al otro en un brazo, de que cayeron entrambos. Mataron al cómitre, artillero, timonero y otros oficiales, apretando de suerte á los demas, que casi estuvo á pique de perdorse la galera, y tambien por no haber sido socorrida de las otras. Señalóse en este fracaso un soldado y un forzado catalan, peleando con tanto valor con los enemigos, que pudieron recuperar la galera, matando 44 franceses de 30 que entraron dentro, y retirando á los demas. La galera *Santa Clara* ganó la francesa que la embistió; pero viéndose apretados los franceses de la galera *Santa María*, como en Fuerterrabía, siendo aquel dia en que se celebró en la Iglesia el nacimiento y nombre esclarecido de esta gran Señora, valiéndose los franceses de ardidés y stratagemas, dieron voces á los forzados para que se levantasen, diciendo: «Ea forzados que éste es vuestro dia, libertaos:» que entendido por la chusma, no tardando en la dilacion y ejecutarlo, se levantaron y comenzaron á deshacerse: embistieron con nuestra gente que estaba peleando con los enemigos, y comenzaron á degollar alevosamente, y mataron muchos, y entre ellos á D. Antonio Enriquez, caballero de mucho brío que iba á servir al rey de Italia: finalmente, siendo esta canalla compuesta de berberiscos y otros peores, se alzaron con la galera y se fueron á Africa con ella. A la sombra de esta rebelion tomaron los franceses tres galeras y nosotros les llevamos otras tres: arribaron los nuestros á Mónaco, desasidos ya unos de otros, y todos no sin evidente estrago; y la patrona de España, que habia sido entre las señaladas, volvió con el estandarte Real, por la gran virtud de los esclavos, que desberrándose, se la quitaron á los franceses, con pérdida de sangre y de gente, que la llevaban dando cabo á la suya, y ellos la rescataron y le corrieron; á quien dió libertad el duque de Tursis, general de la escuadra de Génova, premiando su fe y lealtad, diciendo que S. M., cuando lo supiese, le parecería tan bien la causa, que holgaria de ello, cuando no poco admirado del suceso; cuando



lo entendió en Génova, la Capitana de Sicilia y otra de la misma escuadra, vararon derrotadas en tierra en la misma costa de Liguria. Fué sin duda sangriento el combate y de muchas horas, porque todos tuvieron sobrada gana de embestirse, probar las fuerzas y el corazon: murieron 4.500 franceses soldados, y entre ellos número excesivo de monseñores y personas de calidad de la Provenza: de los nuestros faltaron 4.400, entre soldados y esclavos, no dejando qué meter en el Milán: sacaron heridos el cabo D. Juan de Orellana y D. Alonso Perez de los Rios; mataron dos capitanes de galeras de España; cautivearon á Miguel de Barrio, capitán de la galera *Santa Maria*; murió D. Rodrigo de Velasco, cabo de las de Sicilia, D. Cristóbal de Heredia y un maestre de campo; quedando 450 españoles y franceses heridos, que reconocieron curándose en Génova, habiendo llevado allá por prisioneros estos últimos. Suplióse los que nos tomaron con los que les ganamos, y ellos pudieron decir lo mismo; pero el destrozo de la gente fué notable, y parece que no se juntaron allí sino á desbaecerse, instigados del odio y la emulacion envejecida de ambas naciones. Sin embargo, fué mayor la pérdida de su gente, y con particularidad en personas nobles, que es mucho de ponderar, porque hubo galera de las soyas que no pudo con 42 hombres: fué, finalmente, este hecho tenido más por desórden que por hazaña, porque los franceses jamás han osado acometer nuestras galeras, ni con alguna ventaja; fué falta de cabeza y de no hallarse allí el marqués de Villafranca, que no lo pareció á propósito cuando lo supo y cuando le refirieron el riesgo y falta de reputacion de su Capitana; sin embargo, la gobernara de otro arte en la Provenza, como se tuvo por aviso: fué notable y de lamento este caso y de lágrimas por el número grande de gente principal que faltó y porció en la batalla, pues apenas dicen que se hallaba casa noble ni particular donde no se oyese el gemido y el llanto por la pérdida del padre, hijo y hermano ó deudo, y entre ellos con mayor dolor el general de la armada. Si hubiera habido prudencia, afirman muchos, que hubiera sido posible llevarse todas las galeras de los fran-

ceses: ellos, por la gran pérdida de gente, no fueron bien recibidos en Marsella, ni aplaudidos con salva por el destrozo con que vinieron; tanto, que apenas quedaron para servir.

En todas partes y en todas provincias asistia y reinaba la influencia de afligir y de dañar, y como Richelieu era infatigable en la incursion de ambas potencias, imperial y católica, y en solicitar á todos los enemigos de su gloria, así herejes como mahometanos, aquellos que no podia atraer á si aunque se habia afanado y trabajado en ello lo que no se puede encarecer, y deseando hacerse una misma causa con ellos, aunque no podia meter en sus ejércitos ni congregar en sus armadas, por no incurrir en cosa tan detestable y nefanda; como nuestros bajeles, así grandes como pequeños, aquellos asistian en la Cantábría y en el mar Océano-Germánico á los intentos de holandeses y franceses, y estos en el Mediterráneo-Ligúatico al opósito de la Galia narbonense y á la Provenza, para la defensa de Italia: aquello que él no podia asaltar ni meter en fuga ni cizaña, como enemigo de la paz pública, hacia que los bárbaros fronterizos de ambas Mauritánias, los que tienen su asiento junto á Egipto que divide el Nilo, á los que están en el Estrecho de Gibraltar, dentro y fuera dél, que los acometan, bajen á las islas de Canaria, la Mamora y Larache á Tánger, Arcilla y Cécuta, y embistiendo estas plazas hacer robos y proesas, y ya que no pueden hacer diversion, dan cuidado y hacen el daño que pueden á la sombra de las ofensas de Francia: la otra donde habitan los de Argel, Viserta, Túbez y Trípoli, que lindan, como dijimos, á las cataratas del Nilo, persuade la infestacion pública de las costas de Valencia y Cataluña, y estos últimos de nuestros reinos de Sicilia y Nápoles hasta el Adriático, que es el mayor estímulo de las empresas de Richelieu, y á lo que se reduce su mayor quimera, conducir á la Francia, la Italia, por el camino, justo ó injusto, que podia, no perdonando á los venecianos por no haberse declarado contra España en guerra abierta para conseguirla, ni admitido las ligas contraidas: finalmente, no habiendo parte en el mundo, ni provincia, príncipe, hereje ó mahometano, que no tuviese



convino por él contra los estados del Rey Católico y contra sus aficionados: acción con que se arraiga y perpetúa en la gracia del Rey, su señor, prometiéndole los Estados agenos. Por este tiempo y en la sazón del año que ellos salen á piratear, navegó una armada en número de 16 galeras y dos bergantines, compuesta de las de Argel, Viserta y Túnez, acometieron las costas de Sicilia por su frontera que mira á Africa, y haciendo robos y estragos en pueblos, en barcas, hombres ó infantes, lo que jamás se presunió de ellos ni nunca se atrevieron, no más de por llamar allí las escuadras de galeras de aquellos reinos: dejaron á Barcelona y á Génova, y sirviendo á las pretensiones y demandas de Richelieu, para tener más desembarazo para que obrasen las suyas, sacudir el recelo de las nuestras y tener el Milánés ménos asistido, á lo que no se atrevieron jamás los berberiscos, y muy pocas veces, si no es la armada del turco, descendiendo del archipiélago de Modgo, de Coron, de la Cefalonia y el Zante; estos, perdido todo temor y vergüenza, se atrevieron á subir á las costas del reino de Nápoles, alejándose inconsideradamente de la Berbería y de sus puertos, más de aquello que lícitamente enseña el recato y la prudencia: acometieron la Calabria, robando, prendiendo y quemando, haciendo presa en las embarcaciones menudas; saquearon un lugar pequeño, tentaron á Cotron, y aunque fueron rechazados de allí, entraron en el mar Adriático, siendo su principal intento saquear la santa casa de Nuestra Señora de Loreto, enriquecerse con sus joyas y tesoros, y profanar las admirables paredes en que se obró el altísimo misterio de nuestra Redención; pero aquella Señora, que las tiene debajo de su protección para que se conserven en la memoria de los fieles, las defendió, no consintiendo que aquellos bárbaros las ultrajasen, tocasen, ni saltasen en tierra. Los venecianos, olvidados de la alianza y respeto al turco, pareciéndoles que aquellas gentes berberiscas en cierta parte remota de sus términos, tierras y confines, no se incluyen en los tratados ni en las alianzas con ellos, sacaron sus galeras y galeazas y los acometieron; pelearon con ellos, echáronles

algunas galeras á fondo, tomáronles la presa, huyeron parte de ellas y quisieron tomar los rumbos del Africa y volver á sus puertos: seguidos, pues, de los venecianos dieron en la Velona en la costa de Albania, donde fueron acabados y deshechos los bajeles, escapando por tierra, libertándose los esclavos cristianos, si en tierra más enemiga y remota lo podían estar. Sabido esto en Argel, Viserta y Túnez, y el destrozo de su armada, creyendo que había de ser el despojo de Italia, y que habían de traer todas sus riquezas, aquellos reyezuelos ó gobernadores, sentidos nuevamente, dieron sus querellas al turco, Príncipe y cabeza de su secta, y como ellos dicen, al Gran Señor. Inclinado, pues, el bárbaro á la queja de aquellos que militaban debajo del Alcoran y le pagan tributos, ó le cobran por mayor, hizo saber á los venecianos, sus confinantes, el sentimiento de los berberiscos por la rota y desolacion de su armada, que los diesen satisfaccion, les volviesen la presa y las galeras ó se las hiciesen de nuevo; donde nó, llamaría á su embajador, y los amenazó que los haria castigar, y que á él lo eupularia, y le mandó prender. Los venecianos, llenos de miedo y de congoja, esto por la inmensa potestad de aquel tirano infiel y prodigioso que los tiene usurpadas muchas de sus tierras, se disculparon lo mejor que pudieron y satisficieron á las demandas, teniendo no viniere sobre la república y señoría y los acabas de consumir; pero ellos, usando de los términos ordinarios de sus artes, luego quisieron cargar el suceso al Rey Católico, para lo cual, con toda brevedad, enviaron sus intercesiones al embajador que tenían en la corte de España: éste, en audiencia privada, refirió todo el caso que ya el Rey sabia, toda la queja de las ciudades de Africa, la demanda del turco, y cómo había tomado la protección de los berberiscos y las amenazas que los había hecho, y que ellos habían acometido á aquella demostracion generosa en defensa de los reinos de Nápoles y Sicilia y de todas sus costas, y que así, S. M. debía tomar la mano en defenderlos y disculparlos con el turco, salir á la causa y á componerla. Era muchas las instancias que al Rey Católico se le hacian en este caso: oía y respondia



al Senado lo haría ver en su consejo, y se tomaría el medio más suave que conviniese; pero discurrendo como se debe en la materia alegada, aunque sea el rey el señor más soberano y de más hombres y más agradecido á lo que hacen por él y por las cosas de su servicio, y toque por la soberanía de su grandeza esta obligacion, como de dar la mano á los caidos y socorrer las aflicciones de los forasteros, de los que se llegan á él y lo buscan, en este caso, cuando él no lo intentó, ni se acordó de los venecianos para que hiciesen rostro á los árabes ni se lo pidió, sino que ellos lo hicieron por el resguardo de su ciudad y costas, para sus ocurrencias, porque tambien se podía desconfiar del intento. Sin embargo, dió orejas á la plática y á la súplica y ofreció una armada en su socorro y defensa, que se aprestó el año siguiente, salió de Cádiz y navegó por el Estrecho en su demanda, hasta que, compuestas las cosas de los venecianos, sirvió en la recuperacion de Salsas contra franceses, que llevó á su cargo el duque de Nájera y Maqueda. Era pronto siempre á las necesidades de los menesteros que se valian de él, aunque no fuesen sus aficionados, como en encaminar contra los enemigos de la Iglesia; era diligente en el despacho y más liberal en esta parte que sus ministros: el pliego que le enviaban, se le volvia aquel dia, tardando ellos mucho en abrirle y verle; leia las cartas de los virreyes y de los demas gobernados y confidentes, y tomaba de buen corazon, y toleraba con prudencia sucesos fatales y siniestros; la multitud de tantos enemigos, y por no poder acudir á todo, lo ponía en las manos de Dios, de quien esperaba el remedio, como sucedió, que al fin los deshizo y se los desbarató, por no apartar sus armadas de la costa del mayor adversario, y domarle la contencion, querer cargarle este hecho y meterle en nuevas disensiones, que precisamente se han de ejercer en el teatro de Italia, con un enemigo prodigioso en poder y en fuerzas, y que sus predecesores lucharon con él y le suprimieron en la batalla de Lepanto, y le desarmaron. No obstante, es desvario introducirse en estas diferencias, cuando él las pretende sosegar y echar sus émulos de

ellas, y más cuando su razon de Estado, por ser Católica, es militar la comunicacion con aquél bárbaro, por no hacer ofensa á la religion ni á la virtud, más parece querer exponerle en más arriesgados accidentes, que no quitarle, y más cuando los venecianos no hicieron esta acometida sino por sustentar la vana presuncion, en que en esta era se han introducido y pretendido cimentar, que por su mar no ha de navegar goleta ó bajel de otro Principe sino los suyos. El miedo, finalmente, era notable, y el Rey Católico se ofreció, como dije, por su piedad y clemencia, por ser árbitro en Italia y abrigo de los Principes y potenciados de ella, de sacarlos de este riesgo en todo cuanto pudiese, y volver por ellos, interponer su autoridad é intercesion. Así como las calamidades y trabajos eran grandes, causados por los hombres, por nuestras ambiciones y maldades, así la misma tierra y la mar hacian su sentimiento de los que la regian y gobernaban, y daban indicios de otros mayores subsecuentes á los pasados; viéndose prodigios, terremotos, abrirse la tierra vomitando fuego, darse los montes unos con otros como lo acabamos de referir en la Calábría, en los libros pasados, y lo de la montaña de Soma en el mismo reino de Nápoles; y aunque muchas de estas cosas no se mueven por arte sino por naturaleza, y son efectos de sus mismas causas, como lo pretendió investigar Plinio, muriendo de su misma curiosidad en la gruta ó volcan de la montaña referida, por muchas veces, ó todas, pretende la inmensa sabiduría de Dios sucedan estos casos para aviso de los mortales, para prevenirlos de los fatales accidentes que les esperan por no ser gratos y obedientes al cielo, y así da presagios y señas; y permite nacimiento de hombres notables, que han de ser causa de guerra, de desolacion de reinos, provincias y ciudades; trasmigracion de gentes, hambres, pestes, derramamiento de sangre, quemas, talas y robos, con títulos de perdidos. Así lo han observado gravísimos autores y lo han escrito y lo dan por ejemplo en historias, como al contrario, otros que nacieron solamente para la felicidad, para la paz universal, para prosperidad de los reinos y de los súbditos, para observacion de



leyes y derechos, y para todo bien como há poco se vió: de suerte que, como nuestra era está suprimida de miserias, no carece de avisos y prodigios.

En las islas Terceras hay un sitio, en medio de aquel mar, circundado del agua, á dos leguas de distancia de la isla de San Miguel, á quien los marineros y navegantes llaman *Fe Rabia*, abundante de todo género de pescados. A 3 de Julio se vió y oyó un estruendo tan notable dentro de la mar, siendo su fondo de 450 brazas, y en todo el rumbo de aquellas islas, que aterró la mayor parte de los moradores de ellas y de las demas circunvecinas: finalmente, salió del agua un volcan tan grande, que sacó del profundo de la tierra los peñascos, tantos y tan grandes, que formó una isla de legua y media de largo, dejando un promontorio de 60 estados de alto. Duró el fuego y el arrojar la piedra desde el 3 de Julio hasta 40 del mismo mes, y aunque más adelante perseguían las llamas y el humo, matando todo el pescado que habia ocho leguas alrededor, y arrojó la mar, en las playas de la isla de San Miguel, en tanta cantidad, que fué necesario hacer grandes cavas y aberturas en la tierra para enterrarlo porque no se empudiese algun contagio: envió la mar en larga distancia, y en lo más apartado de las islas se sintió, el olor del azufre y la densidad del humo era tal, que embarazó la luz del sol. Habia precedido á este incendio un temblor de tierra en la isla, tal, que los hombres, atónitos y espantados, se salieron á los campos desamparando sus casas: duró por espacio de ocho dias: algunas personas, por curiosidad, despues de pasado el prodigio, fundaron aquel paraje y lo hallaron profundísimo y de las brazas que se han referido. En la isla Tercera, de quien toman el nombre las demas, sucedieron el año de 1614, por el mes de Mayo, otros terremotos y presagios notables, y en la villa de la playa de Augra, que es la ciudad más principal de aquellas islas, tembló la tierra y vinieron al suelo casas, iglesias y monasterios, y muchas crumilas; de suerte que aquel distrito, así de mar como de tierra, está sujeto á semejantes mudanzas y terremotos, por

los volcanes y minas de azufre que se deben engendrar en las concavidades y entrañas de la tierra.

Volviéndose á las cosas de Flandes, para concluir con ellas y con sus progresos en este año y en lo que le toca á este libro, todo el ruido del rey de Francia y de su Ministro en lo tocante á las rotas recibidas de Sant Omer, la expulsion del sitio y el estrago consiguientemente recibido sobre el ejército de los Estados infieles, y desvanecidos del intento de sitiar á Amberes todos aquellos 30.000 infantes y los 10.000 caballos que habian de entrar á tomar satisfaccion por sí y por sus amigos los holandeses, apostados más en la opinion que en el efecto, y que habian de dar batalla al Infante, y acabar en este año con todo el País-Bajo; toda esta fanfarronería fué divulgada no más que para alterar vanamente nuestros ejércitos y engañar los de sus confederados; pero no en hacer nada de lo dicho, ni atreverse á embestir al Infante, que les esperaba con todo el ejército, ni á dar la batalla que publicó, porque las rotas y heridas recibidas los tenían amedrentados, y todo era no más que para hacer obstentacion y ruido, y luego desbinchar las pompas de las plumas: todo era embeleco y trazas; no ascendiendo á más que asistir á su opósito y suspenderle, para que el principe de Orange, ya que no habia podido salir con la empresa de Caló, consiguiese y cargase otra faccion á alguna plaza ántes que se acabase el invierno, que ya iba espirando, por no volver desconsolado al Haya á sufrir las calumnias y desaires de aquella canalla y sus burgomaestros. Finalmente, viendo que todo el grueso del Infante asistía á las arrogancias fantásticas del rey de Francia, surtió con la gente que le habia quedado, y con la demas que pudo juntar y sacó de las guarniciones, y partiendo de Bergás Obzom, marchó hacia la Mosa. Discurrió el Infante y los cabos que era para sitiar á Genep ó á Gúeldres, que solamente se habia podido conservar en aquel Ducado, que entendiendo por el Infante, mandó al conde de Fontana, general de la artillería, que con la gente de S. A. se encaminase á Diste, á dar calor á aquella plaza y á frustrar los intentos del enemigo, trozo que constaba de 3.000



infantes, parte españoles y parte alemanes y valones; y dejando al opósito de los franceses parte del ejército con el príncipe Tomás, partió en persona, con lo que le había tocado, á impedirle sus trazas, aunque con fuerzas inferiores. Envió delante al marqués de Leiden con 4.000 infantes y cuatro compañías de caballería, para que metiese gente en la plaza ó que hiciese frente al enemigo, y que obrase al paso de sus movimientos ventajosamente; y en su prosecución á D. Francisco de Castro, su caballerizo, á representar al baron de Lomboy, que pasaba el Rin con 2.800 caballos imperiales, lo que importaba que, torciendo el camino la vuelta de Stenvenvert, viniese á asistir á S. A., supuesto que era cosa corriente y más verosímil que el Palatino del Rin, enemigo del imperio, juntara sus tropas con las del príncipe de Orange; con que cesaba el tratado de la neutralidad que el Emperador tenía con los Estados de Holanda. Quedó el baron de Lomboy reconvenido con la razon y con el aviso, y pasó con brevedad en seguimiento y asistencia de S. A.; dejó en el país de Vvas, en la provincia de Flandes, á D. Andrea Cantelmo con 3.000 soldados para la guarda de aquellos puestos, y desde Gante envió orden para que marchase en su derrota el regimiento de alemanes de Bec, y á D. Estéban de Gamarra que fuese á decir al príncipe Tomás que siguiese la resolucion que habia tomado de encaminarse á la Mosa, no obstante la poca gente con que se hallaba, y que le enviase el tercio del marqués de Velada. Ejecutó el Príncipe el orden de S. A., y aprobó la resolucion; pero no queriendo dar paso adelante sin tomar consejo de algunas cabezas y ministros, llamó á D. Felipe de Silva, al presidente Rooso y al marqués de Cerralvo, á fray Juan de San Agustín, su confesor, al marqués de Este, al baron de Valanzon, al conde de Fontana y á D. Luis Felipe de Guevara, veedor general; y allí se confirió el modo de socorrer á Güeldres, teniendo aviso que ya el enemigo tomaba los puestos sobre aquella plaza con vivas ansias de señorearla por ser cabeza de aquel nobilísimo Ducado, y no haber quedado más en él al Roy Católico sino la villa de Genep, ni muy grande, ni fuerte, ni poderosa.

Teníase noticia que aún no habia llegado á sus contornos el príncipe de Orange, sino el conde Enrique de Nasao con 4.000 infantes y 44 compañías de caballos. Partió S. A. R. á Monto-Agudo, donde hizo alto hasta que llegó el conde de Fontana; encomendando de todo corazon la jornada y la libertad de Güeldres á un santuario muy devoto que hay en aquella villa: reclamó á la gente que tenían á su cargo los condes de la Fera y de Tuenclara, por haber quedado enfermos en Brusclas, y luego que juntó la gente partió, viénes, 20 de Agosto, para Diste, y de allí á tan largas marchas, que saliendo muy temprano de los alojamientos se llegaba á los siguientes de noche; y una que quiso caminar en lo más bajo de ella, habiendo mandado ántes que se abarracase su ejército, y dando orden de marchar, por los nuevos avisos que le habian llegado del gobernador de Güeldres, estimulándole á la brevedad de viaje. Moviéndose alguna dificultad ó intervalo de no poderlo hacer luego, entre los cabos y capitanes del tercio de Tuenclara, por su falta, salió el Infante á toda diligencia de su alojamiento, y poniéndose delante del tercio, dijo: «marchad, soldados, que yo soy vuestro maestro de campo,» con tanto ardimiento como lo podia decir su abuelo (espiritual fin de aquel invencible héroe); y encendieron tal fuego estas palabras (que las supo de la boca de un eriado suyo que le iba siguiendo y se halló allí) en los corazones de los soldados, que asieron las armas, tomaron el camino y fué causa de la victoria. Tanto importa honrar la milicia y favorecerla; y si hallaran allí el ejército del enemigo y otros mayores, los de Jerjes y Darío, cerraran con ellos y los hicieran pedazos, ó murieran en la demanda, y sin omitir intermision, miedo, ni cobardía en el hecho, vencieran mayores rumbos y más inaccesibles derrotas; las mayores dificultades hicieran llanas; las asperezas de los montes les parecieran apacibles campos, y caminaran por la Libia y por las sierras voneuasas que cuenta Luciano en su Farsalia de las legiones de César y de Pompeyo, con rostro alegre y buen semblante. Entró en Venoló, lúnes, 23, y se dispuso que la gente de adelante pasase



la Mosa aquella noche, porque con el día no hubiese alguna esperanza que lo avisase al campo enemigo, y, sin embargo de todo, que no le diese noticia y avilantez á la poca gente de nuestro campo la cortedad del número cuando le amedrentaba el sonido valor de los españoles: salió de Venló, y en la Bruyela vecina á aquella, hizo poner la gente en escuadrones, formó consejo, confiriendo las noticias del enemigo y qué modo se tendría en socorrer la plaza. Ventúose el embarazo para toda la neutralidad de las tropas imperiales si se desconfiaba de su ayuda, porque sin ella no quedaba S. A. con número competente para la empresa, teniendo el enemigo, con los que habia sacado de las guarniciones y las tropas que le habian juntado á los 8,000 que llevaba, cerca de 14,000 infantes y 3,500 caballos; ayudóse á esto, para refuerzo de S. A., que seguiria el barón de Lomboy, pues con las tropas del príncipe de Orange andaban los del Palatino, enemigo de la majestad Cesárea, y entrando en la última resolución de marchar y de hacer el socorro á Güeldres, aunque aventurase su persona. Con esta fe y este ánimo se avanzó una legua de Venló, donde no pasándosele al príncipe de Orange de la memoria la marcha del barón de Lomboy con nuestro ejército, le envió un trompeta y una carta acordándole la neutralidad del Emperador con los Estados; á que le respondió, que lo tenia muy bien en la memoria, mas que él venia á buscar los enemigos del Imperio, y que en lo demás guardaria la neutralidad, siendo de importancia y expediente para este caso haber recibido el Barón en esta ocasion una carta del elector de Colonia, avisándole que el Palatino pasaba el Rin con sus tropas. Voló el Infante, en prosecucion del intento, á alojarse cerca de Stratlem, legua y media de Güeldres, donde volvió á oír las personas del consejo y los hombres prácticos del país, y con particularidad al marqués de Loiden, D. Juan Verdugo, y al Crumen, gobernador de Stratlem, valeroso soldado viejo, de valor y otras buenas partes. Este se ofreció y dijo, que dando-le 4,000 infantes y siguiéndole con el resto del ejército para irle reforzando ganaria al enemigo el fuerte de San Juan, y

que por allí se podria dar la mano con la villa, con que quedaba socorrida: oponiase á esto, y no con pocas dudas, el haber avisado D. Andrés de Prada, gobernador de Güeldres, que se intentase el socorro por la iglesia de Veert, y que al mismo tiempo saldrían de la villa 2,000 hombres que darian calor á la facción. Oidas ambas cosas y conferidas con prudencia, resolvió el Infante atacar el fuerte de San Juan, por poder obrar el ejército con más desembarazo y más unido, y excusar un paso de un brazo de la Mosa. Avisaron de esto con tres soldados, enviados por diferentes vías al gobernador, y por qué parte habia de ayudar con su gente: entró el aviso, y el ejército marchó en órden, tomando la delantera el coronel Crumen, para el ataque, á que se habia ofrecido, del fuerte de San Juan, con 300 españoles del tercio del conde de Fuenclara, 300 alemanes de los regimientos que estaban al sueldo del Rey y 400 valones de la guarnicion de Stratlem, que sacó su gobernador, y los seguia un carro de granadas y otro de zapas y palas, y á estos al marqués de Sfrondato, teniente general de la caballería; D. Pedro de Villamayor, comisario general de ella, con la que habia allí en el ejército, que harian por todos 2,000 caballos, á cargo de valientes y ejercitados capitanes, con un trozo sobresaliente que se señaló de ella misma para acudir á la parte de mayor necesidad, acudillado del conde de Villalobos, que se formó de su compañía, la del conde de Meguen, Monsieur Balaguin y de D. Diego Colás; Luégo Bernabé Vizconte, con otro grueso de su compañía, de la de Luis Cairo y la del conde de Nasao: á éste seguia con otro trozo el capitán Enrique O'donell, con su compañía, la del Enolt, la de San Quintín y la del vizconde de Rodés, de corrazas; un trozo de arcabuceros á cargo del capitán Quimín, de su compañía, la de Longueval y Dut. á que le seguia otra de corrazas que llevaba el capitán Pedro de Heredia de su compañía y otras. A estas corrazas se llegaba un grueso de arcabuceros á cargo de Juan Guies, con otros señalados capitanes; á la caballería el resto del tercio del conde de Fuenclara, y por su gobernador, en su ausencia, D. Baltasar Mercader, su sur-



gento mayor, con cinco compañías agregadas al tercio del marqués de Velada, en que habria 4.400 españoles con los 300 que iban en la vanguardia; á estos seguian dos cuartos de cañón y dos medios cuartos con trap, y cuatro carros de pólvora y plomo. En prosecucion de lo referido marchaban otro escuadron de 4.400 infantes, 300 italianos del tercio del duque de Arellano y 800 alemanes de la guarnicion de Genep, gobernados por el maestro de campo Tomás Preston, gobernador de aquella plaza, y á éste dos escuadrones de á 600 hombres cada uno, formados de los regimientos alemanes ó imperiales que estaban al sueldo del Rey, gobernados por el marqués Marey; luégo el Infante con la corto y guion y Don Diego de Silva, marqués de Orani, con las dos compañías de la guarda, y últimamente el baron de Lomboy con 2.000 infantes y 4.800 caballos, puestos los primeros en batalla y los segundos repartidos de vanguardia, observando la neutralidad; pero con designio de obrar como el socorro ó la necesidad lo pidiese. Llevaba la retaguardia de este ejército el coronel Brion con parte de su regimiento y el tercio de Bacourt, que habian 4.000 infantes con toda la artillería, dejando los viveres y bajetes cerca de la villa de Stratlem, con 400 infantes de guardia de la guarnicion de Herentales, y 400 caballos. En este órden y este concierto marchó S. A. R. al socorro de la villa de Güeldres, entre las doce y la una de la noche, encargando al conde de Fontana lo que habia de hacer para ir dando calor y aliento al primer escuadron, y al marqués Sfrondato para que lo hiciese la caballería, y á D. Felipe de Silva y marqués de Leiden para acudir á lo más necesario. La forma y disposicion tan maravillosamente dada á este ejército en sus cabos, en sus nervios, y el brio de la gente, puso en tan notable confusion al príncipe de Orange y á todo su ejército, que se retiró de sus fortificaciones con el bagaje, artillería y todos los demas pertrechos, á la misma hora y al acercarse nuestro primer escuadron á atacar el fuerte de San Juan; volviendo las espaldas con ruido y asombro notable, escarmentados y con aviso de la rota de Cabo. Ocupóse el puesto y salió

la gente de Güeldres, y todos juntos fueron cargando al enemigo y avisando para que los demas cabos con la gente de su cargo los fuesen reforzando, particularmente á la caballería, que se señaló con gran denuedo y valor. Iba el enemigo retirándose á toda prisa, perdiendo mucha gente y un sargento mayor, de quien ellos hacian mucha cuenta y estimacion, y cinco capitanes de infantería señalados: sin embargo, no le daban tanto lugar á retirarse, que no le forzaron á la polca, de la que habia de ser roto precisamente, pues, con particularidad en la retaguardia, era notable la confusion y dosmayo de los holandeses en el huir, caer y retirarse. Tomáronle seis medios cañones, tres cornetas de caballería y dos puentes de barcas, y perdió mucha gente; siéndole de más ruina, el desórden en que se puso tan aventajado ejército de sus fortificaciones, con poquísimas ó ninguna pérdida de la nuestra, y no poder dejar de referir, para mayor gloria del hecho, que habiendo S. A. emprendido el socorro á las cinco de la mañana de aquel dia, se halló á las siete en la iglesia mayor de Güeldres, dando gracias á Dios por la victoria, con notable aplauso y alegría de aquellos vasallos y de todos los del contorno, no acabando de encarecer la felicidad del suceso y la majestad de un ejército que los hacia alentados contra la esperanza de los enemigos, de quien eran cada dia asaltados y puestos en turbacion.

Retiróse el príncipe de Orange á sus presidios con menoscabo de reputacion, gente y dinero, por las grandes prevenciones que habia hecho para recobrase de la pérdida pasada y rota, y en la desesperacion que le puso el no poder tomar á Amberes, y con enmienda pública de no apeteer más el órden que la vez pasada le dieron de pelear con nuestro ejército, por no salir tan quebrantado y herido de su potencia, quedó por prisionero, no sin grave derramamiento de sangre, por permision del cielo.

El conde Federico de Nasao, primo hermano del príncipe de Orange, sobrino suyo, hijo de su hermana y de Don Manuel de Portugal, y nieto de D. Antonio, prior de Ocrato, que pretendió ser Rey de aquella Corona por muerte del cardenal



D. Enrique, de donde arrojado y vencido por las armas del rey católico, D. Felipe II, peregrinó á Francia, y socorrido allí de la reina madre Catalina, y favorecido de una poderosa armada que el marqués de Santa Cruz, D. Alvaro Bazan, desbarató y deshizo, tomó navios y echó á fondo en las islas de las Terceiras; huyó de nuevo mendigando socorros en Inglaterra, y no hallando en ambos reinos más alivio á sus pretensiones, pasó á Holanda, y cansado y combatido de las iras de su fortuna, casó con una doncella de la casa de Nasao, en quien tuvo á don Manuel, que llamó de Portugal, y éste tuvo á Federico con otras hijas é hijos, y fué religioso Carmelita descalzo, porque el padre criaba los hijos en el temor de Dios, y en la religion Católica, sin embargo de haberse marchado con los enemigos de su gloria y de su Iglesia, y la madre criaba las hijas en la herejía. Conducido al país obediente este mozo, para ser instruido mejor en la fe de los Apóstoles, y que la profesase, y encaminándose á la religion de su misma voluntad, tentado de la vida libre y viciosa, pretendiendo apostatar, porque era sacerdote, y seguir otros caminos, pedía á la infanta Doña Isabel, señora de los Países-Bajos, le diese licencia para ir á Holanda á convertir á sus hermanas: la Infanta se la negaba y dificultó muchas veces, por el temor que tenía no se trocase la suerte y quedase allá en las redes de Lutero y Calvino y las otras sectas: demasiadas instancias en pocho de mujer, vencieron; fué allá, dejó la religion Católica Apostólica Romana, renunció los hábitos y apostató. Iba ahora en el ejército por capitán de caballos, á la subpresa de Gueldres, y como Dios tiene á su cargo reducir los errados, particularmente los hijos de aquel hábito y religion, para perdon ó castigo de ofensas tan grandes fué preso en la acometida de nuestra gente, de que avisado el Rey Católico dió orden para que lo redujesen, enmendasen y diesen castigo: prendieron con él un hijo del Drosarte de Vergas, y otros. Tan glorioso fin tuvieron las armas católicas contra los hijos infieles, en ausencia á Rentú, pequeña villeta y de ninguna consecuencia,

sobre esto no se quiso empeñar el príncipe Tomás, ántes conservar las victorias conseguidas con reputacion y con prudencia, siendo este el pacto y no mayor que él prometió de su soberbia y arrogancia á todos sus aliados. Las presas navales del marqués de Fuentes eran siempre continuas, de utilidad y de provecho, y cada dia mayores, y de daño considerable para los enemigos y para sus armadas; las cuales no refiero por miedo por no exceder del volumen en que precisamente nos hemos de ceñir, y porque todas son unas, en acometer y tomar buques, soldados y marineros, echar á fondo, traer mercaderías de Levante y Poniente, y sacarles de las manos las que ellos volvian del Septentrion á estas últimas Coronas.

La Reina madre de Francia, dando á entender que iba á tomar los baños de Aspá y que los había menester para su salud, improvisamente y sin dar cuenta de su intento y novedad, torció el camino y se fué á la Haya, corte de los Estados rebeldes; que esta inclinacion, como es antigua, no se puede olvidar. No gustaron los naturales ni magistrados de su venida ni hospedaje, por la condicion de aquella gente, y por los gastos á que era fuerza obligarse, porque el mayor que le hicieron fué dejarla aquella noche de su llegada sin alojamiento y en la calle, diciendo públicamente, con desden é ignominia de los franceses, que para qué querian ellos en su corte aquellos belitres. Pero no agradándole á la Reina la mudanza que habian hecho, como espíritu tocado diversas veces de este achaque, hallando poca cortesía y agasajo en los holandeses, se pasó á Lóndres, corte de Inglaterra, con su hija Madama Enriqueeta, nietos y yerno, si bien con poco gusto, porque en esta era, por sus acedentes y revoluciones, nacidas de la Francia, todos amaban el sosiego y quietud de su casa: pero asaltados como siempre de la influencia que militaba sobre ella, como sobre todos, que ni aun allí halló la tranquilidad que deseaba su corazon; pues aquí reino, con toda la Bretaña, se comenzó poco después á encender en guerras y conuociones y alterarse la corte de Lóndres en una sedicion terrible contra el Rey, fomentada por el Parlamento, que queria mandar, sobre impug-



nar tributos y causas de religion. Sin embargo, fué acogida y hospedada, y como esta señora, por su natural ó por aborrecimiento que ha tenido al Privado de su hijo, á sus trazas y demasiada potestad que se ha tomado en la Francia, no sin gran derramamiento de sangre, aunque tambien dicen que por afecta á España, ha peregrinado y buscado las tierras extrangeras por su sosiego, hallando en Flandes tanta inundacion de guerra, y en Holanda ninguna religion y poca decencia para la majestad de su persona, que los rebeldes nunca la profesan mejor; pasó á Inglaterra, donde fué hospedada de aquel Rey y de su hija, la Reina, cerca de su palacio, y cria sus hijas en la fe Católica y conserva la religion como se capituló en los tratados matrimoniales; pero el Rey cria los hijos y al príncipe de Gales en la herejía de Calvino, Lutero, Gomaristas, Armenianos y Puritanos. Las cosas más secretas de este caso, ni las sé, ni es bien fiarlas de la pluma.

Volviendo á los fragmentos de Fuenterrabia y al estado en que la dejamos, toda la tierra estaba en tranquilidad; pero con aquella prudencia militar y política que se debe observar, y atendiendo á los enemigos, á sus movimientos, intentos y designios, fortificábase la plaza por el ingenio de Marco Antonio Gandolfo, reparando las murallas y las brechas y haciendo trabajar en ellas á los franceses prisioneros, y atendiendo el Almirante á la frontera y á todo con resolucion de cubrir las casas con las de Andaya; pero pareció corta empresa para la satisfaccion que se debía tomar, reservándolo todo para el verano siguiente. A esta hora se oyó en toda la frontera de Francia, en San Joan de Luz y en Bayona, muchos fuegos y ruido de artillería: envió el Almirante sus espías, y volvieron diciendo que eran alegrías que hacian los franceses por el parto de Ana, reina de Francia, que habia parido un Delfín. Avisó al Rey y mandó que se pudiesen luminarias en palacio y en toda la corte; procurando captar la benevolencia por confidantes y por el País-Bajo, por ver si con esta ocasion se podia alcanzar algun sosiego; pero ellos, obstinados y endurecidos en lo comenzado, ensalzarse á sí y trastornarnos á nos-

otros y el Estado, no dieron orejas á ello, antes respondieron, mesurados y con palabras generales, porque les ardia el corazon y reventaban de coraje sobre las pérdidas del ejército y reputacion de este año. Si fuera Luis el que quiere la adulation de su Privado, y la lisonja de los que le siguen en su palacio, para ser grande, lo primero, cuando abrió los ojos á las mejoras del Estado, era desterrar los errores y las herejías de todo su reino y apartar de sí los embajadores de los auxiliares herejes, desmembrar la comunicacion y aserverarse con ellos; pero acometió á recobrar las ciudades que estaban fuera de su obediencia, como Montalvan, la Rochela y otras usurpadas de las cabezas y partido de los hugonotes, y no atendió á coadyuvarlos al de la diligencia católica, sino dejólos así por reinar en sus particulares humanos, olvidado de los divinos. Entónces, conseguido esto, pudiera tratar de sus derechos y acciones, que es lo que entiendo y lo determina la jurisprudencia, y litigarlo con armas puras y limpias, sin mezcla de impiedad ni de herejía y en buena guerra: entónces podia llamarse con razon Luis *el Justo*, y ufanarse con el título; pero procediendo todo al contrario, y que sólo valen con él los enemigos de Dios, los de su Iglesia, los del nombre cristiano, rebeldes, apóstatas, tiranos, sanguinarios, ladrones, incendiarios, es tambien usurpar el título, que no le toca ni lo viene, de *justo*; es hacer escarnio ó irrision de la virtud y de los atributos de ella.

Isabel, reina de España, lúnes, 20 de Setiembre de este año, á las cinco y tres cuartos de la tarde, parió una hija; estando á esta hora casi todas las mayores señoras de la Europa preñadas, como la emperatriz María, la reina de Inglaterra, hermana del rey de Francia Luis XIII, y la de Polonia, hermana del emperador Ferdinando III. Francisco III de Este, duque de Módena y Rezo, potentado de Italia y de los conjuuntos al estado de Milan, llegó á Barcelona, á 26 de Agosto de este año, con ánimo de ver y visitar al Rey Católico: habia dias ántes que, con la comunicacion de fidelidad con el Rey, deseaba buscar alguna comodidad en su grandezza, á ejemplo



del príncipe Tomás y de Juan Cárlos de Médicis, hermano del gran duque de Toscana, á quien se dió el título de príncipe de la Mar, y otros señores, así italianos como alemanes: habíale propuesto lo que le habia servido en las conmociones de Lombardia, desde el año de 625 que se comenzó la guerra, cuando Monsieur de la Divera y Cárlos, duque de Saboya, quisieron asaltar el Milánés y fué el Duque á tentar y á amenazarla por el genovesado, y le retiró á éste D. Gomez Suarez de Figueroa, duque de Feria. Quién dice que el modenés quería el gobierno del estado de Milan, y que el Rey pusiese, para el resguardo de su persona y confianza, españoles de satisfacción en Módena y en Rezo, y en lo demas que tiene y áun en los súbditos: bien corta prenda para tan grande empeño, y corriendo las cosas como corren ahora, donde hay tan poca seguridad en los príncipes y áun en los vasallos, parecia falta de consideracion y de prudencia condescender á esto, y más cuando el gobernador de la Francia anda tan solícito, no sólo á conmovér sino á rebelar los Príncipes, los reinos, las provincias, los magistrados, las repúblicas, los pueblos, los generales y todo cuanto tiene á su cargo, armas y colonias. Buen ejemplo tenemos de esto en Frisia, en la Bohemia y en el conde Enrique de Vergas en Güeldres, en el duque de Saboya y el duque de Parma: gran dislato fuera fiarnos de quien no sabemos lo que podia suceder; y no sé qué me contaron, ahora en su venida, que hizo en Flandes los años pasados, en tiempo de la infanta Doña Isabel, que no me contento, en materias de ligas, con príncipes hercejes y septentrionales; mas dejemos la verdad en su lugar. Tambien dicen quería las armas, y otros que se contentaria con ser general de la caballeria. Todo me parecia desacierto, y todas las veces me lo parecorá, que se fiaso esto á otro que no fuese español en calidad y en experiencia envejada de armas, muy esclarecido y gran señor, y como los han guiado los Reyes antiguos, señalados en prudencia, majestad y alteza de ingenio y de gobierno. Decíale el Rey que le haria mercedes y que propusiese aquellas cosas más llegadas á razon en poder hacerlas: decia quería venir á España á besar la

mano al Rey, que lo dificultaba por todas las vías y modos que podia, por excusarse de molestia, gastos y embarazo: porfiaba en venir, y el Rey condescendió diciendo, que habia de dar el Toison de Oro al Príncipe, su hijo, y que quería dárselo tambien á él. Detúvose algunos dias en estas demandas y respuestas, vino al fin, y entró en Madrid, á 23 de Setiembre, con acompañamiento público, trayéndole el conde de Olivares á su mano derecha con todos los señores de la corte, títulos y caballeros, adornados de galas y de joyas, y esperóle el Rey en la pieza nueva, arimado á un bufete de piedra, de los que labra Florencia con el ingenio y maravilla de sus artífices. Resolvió el Consejo de Estado que los grandes le llamasen serenidad: entró en Palacio, y en llegando á la presencia de S. M., se arrojó á besarle la mano: no lo quiso consentir, y porfió en que se levantase y se cubriese; tampoco lo quiso hacer, y replicándole el Rey que por su vida lo hiciese, él se mantuvo en la primera resolucion en que habia comenzado; hablaron algunas palabras y las concurrientes á la visita, despidióse, y llevóronle en el coche al Retiro, acompañado de algunos señores, donde le hospedaron magníficamente á él y á todos sus criados. El dia de la feria de San Miguel le llevó el Rey en su coche, hácia la parte de los caballos, á pasear por la corte: díjole le quería hacer padrino de su hija con la princesa de Cariñan, mujer del príncipe Tomás: el dia del bautismo envió á la Reina un presente de cosas de cristal, diamantes y reliquias, muy curioso, que apreciaban en 12.000 escudos; y juéves, por la tarde, 7 de Octubre, se hizo el bautizo como estaba acordado, en la Capilla Real de Palacio, con galas y preseas, joyas y adornos con que se celebran y festejan tales actos. Llególa en los brazos con una ropa rozagante de brocado el conde de Melgar, hijo del almirante de Castilla, que no habiéndole hecho hasta ahora otra merced, ni señaládosela, aunque lo conocieron la inclinacion por la necesidad de su hacienda, que era el vecinato de Sicilia; habiendo tenido maña ó industria, luego que sucedió lo de Fuenterrabia y quitó el asedio de los franceses, para dárselo á D. Francisco de Merito, por no dárselo á



él y cerrarle la puerta para pedirle por estar ya dado. Quién diera ántes, si le dijeran ¿qué premio daréis al que hiciese levantar el cerco de Fuenterrabía y echar de allí con grande honra vuestra y mengua suya á los franceses, vuestros mayores émulos? Pienso, y es sin duda, que le dieran no sólo á Sicilia, pero ambas Sicilias, segun estaban de acogojados y de afligidos, temiendo una guerra larga y prolija, que habia de talar la tierra y el sosiego de España. Tales son las condiciones de los Principes ó de sus Ministros, que envian los hombres á las defensas de los reinos, á los acometimientos de las armadas con otras menores, sin dineros, sin soldados ni otros aparajos, y sacándolos de estos cuidados, con fatiga y con ruinas alojamientos, desvelos, malas noches y peores dias, sin omitir un punto de descanso y expuestos á los riesgos y peligros de la vida, y poniéndoles en las manos las victorias, las plazas, los vencimientos, dan á otros los triunfos, se olvidan de aquellos, se mesuran con ellos, les retardan y limitan las mercedes, y para hacer mayor el agravio no se las hacen ni se las reconocen, si no buscan á esta máscara aparente por honrada, ántes que de utilidad; y lo suspendieron con ella, que áun siquiera no le quisieron prometer el vireinato, por la gloria y valentía del hecho, dulcemente y con discrecion, para animar á los otros grandes señores á ofrecerse al sacrificio de nuestros descuidos, á salir á la defensa de los reinos, cuando son tantos los insidiadores, que no nos dejan alcanzar un aliento á otro. Ministros el Sacramento del Bautismo el cardenal Borja, y diéronla por nombre María: asistieron por adictos el arzobispo de Mexico, y el presidente gobernador del arzobispo de Toledo; dieron por asistentes en su cuarto al duque de Módena, D. Melchor de Borja, tío del duque de Gaudía, general de las galeras de Nápoles; al conde de Villalva; á D. Baltasar de Zuñiga, hijo del marqués de Miravel; y porque despues fué D. Melchor de Borja á Barcelona para aprestar las galeras, para que el Duque se volviera á Italia, pusieron en su lugar á D. Bernardino de Ayala, hijo del conde de Villalva, y al marqués de Torres que hicieron confidentes de todas sus acciones. Pusieronle dos es-

cuadrones, uno de españoles y otro de alemanes, para su guarda, estrechando mucho el cuarto, para que ni le diesen ni lo pidiesen: excusada diligencia, porque él y sus criados no venian de ese humor ni de ánimo, no sólo de parecer liberales pero ni áun cumplidos. Visitáronle los Consejos, dando silla á los presidentes, y taboretas á uno ó dos de los consejeros que les acompañaban; que en esta forma, y no más, mandaron que se hiciese; y por sus precedencias le querido referir esto, por si acaso en lo porvenir se buscasen ejemplares juros del Consejo del Estado. Miércoles, 22 de Octubre, salió la Reina á misa de parida á la capilla Real; dijo la misa el Patriarca y limosnero mayor, D. Alonso Perez de Guzman, hallándose al acompañamiento la princesa de Cariñano y el duque de Módena, y sábado, 23, corrió lanza con S. M. y otros señores de la corte, habiéndole hecho ántes fiesta de toros y cañas. De aquí pasó á ver Aranjuez y luego al Pardo y la torre nueva de la Parada, fábrica del Rey, nuestro señor, puesta en lo más alto del monte, que descubre toda la circunferencia, adornada de pinturas de Flandes, muchas de Rubens y otros excelentes flamenecos, con oficinas y lo concerniente, hecho al servicio de la casa, con poca distancia, pero con todas las circunstancias de un Palacio Real, que admiró y alabó el Duque entre las cosas memorables que habia visto en Italia y en las otras partes de la Europa que habia andado.

Entre las muchas patrañas que publican los profesores de la Astrología judiciaria, que quieren vanamente dar á entender lo porvenir, sin saberlo ni alcanzarlo, por las estrellas, y acumular las que no tienen; ora los españoles lo oyeran á los franceses, ora ellos á nosotros, cada uno lo procuró poner en la provincia del contrario; finalmente, se divulgó y se hablaba en ello públicamente, diciendo que este año se habia de acabar la guerra, dando á entender que por muerte de algun príncipe ó gobernador; y lo cierto es que no andaba lejos la del suyo y del Valido, pues éste feneció en el año 42, y su Rey en el de 43. Prosiguiendo, los españoles decian, que por sus observaciones, signos y planetas, habian hallado que habia



do ser en fuerza, digo en Francia; y aunque se siguieron las muertes no se ha visto el fin de la guerra, ántes más encendida; los franceses que por las suyas habia de ser esto en España, y hasta ahora no se ha visto demostracion que lo insinúe en ninguna parte, y mayormente estando ya el tiempo entrado en la cuarta estacion del año. Mas dejando á un lado la judicaria, que ni la reprocho ni la admito, remitiéndome al parecer de los más sabios, por buen discurso y por cualquiera accidente que hubiera en España, no se seguia consecuencia ninguna, que por la suya y por ellos se habia de conseguir la guerra, porque no la hacemos nosotros sino ellos nos la hacen y la comenzaron en tres partes: una por Italia el año de 625; luego en Alemania, los años adelante, en la provincia de la Alsacia, y por alli en todo lo domas del Imperio y en las de los demas príncipes de aquella augustísima Casa; luego en Flandes, desde el año de 635 hasta hoy, fin de Mayo del año de 43, y nos hemos defendido como se ha mostrado. Mas ellos pretenden declarar en sus artes, que el remedio de estas incursiones consiste en que faltó algun gobernador ó ministro, y persuaden que aquí topa y suele muchas veces ó todas topa, y que no escriba todo esto en pasiones, sino en derechos que dicen que tienen á tierras que les tenemos ahora. Sea esto mal fundado, ó ya bien fundado (no quiero hacer pié en ello), prosigo, pues, que el cielo que tanto ama nuestra Monarquía y sus príncipes, no nos los habia de quitar todos; y cuando fuera así, ménos estaba acabada la guerra, porque no por eso nos habiamos de dar por vencidos cuando estamos victoriosos); y si por abí no se habia de acabar la guerra, porque ellos, respecto de nosotros, son muy pocos y muy flacos, y no habian de bastar á tantos, y cuando por sí sola la Monarquía, no sólo abunda en defensores pero en conquistadores, ¿con qué se acabara la guerra? En la misma Francia, que á cualquiera accidente ó novedad estaba todo expuesto á sediciones y tumultos, sin embargo que el natural inquieto de los franceses está sujeto á estos vendavales, como lo hemos leído en historias y lo hemos oído decir á nuestros padres, si por caso faltara el Rey, ¿quién dudá que muchos

príncipes de la Francia tomaran satisfaccion de las ofensas recibidas en sus personas y casas, tanta sangre derramada, tanto gravar de pechos y tributos á los vasallos para movimientos injustos? Fuerza era que esto no se ejecutase sin conomociones, que hiciera el monsieur duque de Orleans, si este mes de Mayo de 43 hubieran obrado los accidentes en Luis, su hermano, que tuvieron su vida por falta, y las gentes introducidas en el País-Bajo, así cabos como soldados venian ya reayendo á las parcialidades que se promovian; y refrescáronse las acusaciones y disgustos que se le han hecho, como ya lo dió á sentir, teniendo ya por verdadera la muerte del Rey, hasta apartarle del matrimonio de que él gustó, no siendo inferior á su sangre, ántes igualísimo, que en la viudez de una Reina sola donde luego se viera conspirar; y se aprueba de esto el tratado de Sedan. Si no se hubiera deshecho con la muerte alevosa del conde de Soisons, víranse riesgos evidéntimos contra la infancia del Rey, acabado de salir al mundo, donde fuera necesario acudir al Rey Católico con sus armas, á la seguridad de su hermana y el sobrino, y á procurar sustentarlo en el reino. ¿Qué ompresas no acometiera el tio, duque de Orleans, en esta menor edad, y qué no ejecutarán los príncipes de la sangre en sus materias y pretensiones, particularmente el príncipe de Condé? Discurso que escrito tres años há, particularmente apraoco que en este de 43 lo habia ejecutado; que los hugonotes, en la regencia de una viuda de la casa de Austria, por religion y por costumbres ejemplarísima, entónces sí que sacaran los piés de las invasiones de Alemania, Flandes, Italia, Borgoña, los Pirineos y los metieran en la patria para apoyo de su jurisdiccion y tierra; enmudecieran sus sentimientos y acabara la guerra, volviéndose los soldados naturales á sus mismos países y casa; volvieran los soldados naturales, los ejércitos y los capitanes, los aprcostos de las provincias y reinos forasteros al natural de allí, sin que fuera ver desamparados los auxiliares, cortados y deshechos los confederados, que fuera justo embosarlos y castigar sus atrovimientos y quimeras. ¡Qué fuera ver al eminentísimo cardenal de Richelieu, que



presto diera la tramoya y la maraña en tierra, como la estátua de Babilonia, y que fuera despojado por el hermano de su Rey, con quien ha querido emparentar! ¡Locura grande de aquellos que pagan el favor que sus reyes les hacen en estos atrovimientos, envauecidos de soberbia, dignos de gravísimos castigos! Allí sí que viera arder el reino, abrasarse los pueblos y los campos bañarse en sangre, acometerse las parcialidades unas á otras, no viendo de estos incendios y turbaciones otros trofeos marciales que cadáveres y cuerpos muertos, pérdidas de haciendas, de padres é hijos; viéndolo el Rey Católico, muy sosegado y quieto desde sus alcázares y ventanas de su palacio, y fuera justa paga de los delitos cometidos contra ambas majestades, Divina y humana, en la desolacion de los reinos y de los altares sacrosantos. No careció, pues, este juicio de los astrologos de fundamento, porque luego adoleció el rey de Francia de un gravísimo accidente de tercianas, de que estuvo muy apretado, y se dijo que estaba muy al cabo y que se moriría; y verdaderamente, hablando con el seso que se debe y con atento juicio, para acabarse este año la guerra no habia otro remedio más eficaz que la muerte de Luis XIII de Francia, por que todo lo que hemos referido recayera sin ninguna duda en aquel reino: esperábase por horas la muerte de aquel Rey y el modo y progreso de las novedades que habia de causar, y decían se habia causado su dolencia de la rota de Fuenterrabia y estrago ignominioso de sus gentes, en que pensó alcanzar grande gloria y reputación, por tener los piés en España. Llegábase á esto lo de Flandes y las pérdidas del Piamonte, que la guerra era injusta y que queria resituir lo tomado y el Estado al duque de Lorena; que decía el Richelieu, aunque yo no lo creo, porque no lo conosco, que verdaderamente amparaba Dios á los españoles; y que yo respondi, que no le temia por tan ignorante ni menguado, que quien sabia alterar el mundo no reconociese esto por los deimas malogros de sus empresas y ejércitos. Pero este tropel de juicios matemáticos, discursos y opiniones, se desvanecieron al punto, porque el Rey sanó y las cosas, los ódios y las pasiones, por nuestros peca-

dos, comenzaron á hervir y correr como de ántes, y á reforzar prevenciones y gentes, así por mar como por tierra, para el verano siguiente; y el motor de la Europa, con la nueva afirmacion en el puesto, convaldecido del sobresalto, se dió á más delgados y sutiles pensamientos, y á mover los espíritus infernales y ambiciosos para proseguir la guerra, endulzar al Rey á la satisfaccion que se habia do tomar, y á reducirle al rencor contra la casa de Austria: dicen que los señores del reino y los Parlamientos le ofrecieron grandes sumas de dineros y de soldados pagados, y aun sus hijos, personas y haciendas, para la venganza de Fuenterrabia, que les habia estimulado el corazon.

Dió el Rey el Toison de Oro al príncipe de España, su hijo, y al duque de Módena, domingo por la tarde, 24 de Octubre, en la pieza nueva, y juró en sus manos y en su cámara de general de las armadas del mar Océano Germánico; título fantástico, para darle 44.000 ducados cada año y no más que para captar la benevolencia al huesped y enviarle sabroso. Visitó las casas de algunos señores que le vieron, presidentes, las Descalzas y la Encarnacion: habiale llevado el Rey ántes al Escorial, y desde allí que viese á Balsain, tan atado á las órdenes dadas al marqués de Torres, que no se atrevió á ver á Segovia. Presentó al Rey un tiro de ocho caballos napolitanos, morzillos, muy atezados y de presencia maravillosa, y dió el Rey una joya de diamantes de valor de 30.000 ducados, y á sus criados 44.000 en cadenas de oro. Despidióse el Rey, partiendo S. M. á la hora á Balsain, y él se fué, sábado, 30 de Octubre; atenta la corte y Palacio á las dádivas y presentes del hospedaje para en cosas pocas y pequeñas, con cadonillas y relojillos á los caballeros que le habian asistido; á los oficiales de boca y jefes, á las guardas y otras personas se les distribuyeron por mano del marqués de Torres, que le comprometieron en esto sin qué ni para qué, ni tocarle, como en otros mayores hospedajes no ha tocado sino á los criados, á quien el Príncipe lo ha mandado; y, como digo, por el maestre de la cámara, á quien le ordenó 40.000 reales, y no se



distribuyeron todos: así lo oyeron decir. Tan menguadamente andaban las cosas, olvidándose de agasajar á los ministros y oficiales de Estado por la merced de consejero, y de los ayudas de cámara por el derecho que tienen al Toison de Oro, cuando S. M. lo da en ella á algun señor ó príncipe; habiendo muchos ejemplares y consecuencias antiguas, aunque alterado esta vez y puesto en duda por el caballero mayor, poco afecto á estas medras y caricias, sino solamente para con sus criados; habiendo despachado 6.000 escudos cuando se le dió al infante D. Carlos, como lo redarguyó un ayuda de cámara; finalmente, aunque con algunas borrascas de condiciones, le reconoció y ejecutorió el del Príncipe, nuestro señor, y el del duque de Módena, con escasa y limitada porcion, porque se profesaba cortedad en los criados del Rey y largueza en los suyos: queda avisado para los venideros, aunque callo la cortenad de la dádiva, por el que la dió y por los que la recibieron, por no informarles de pocas cosas. El duque de Módena llegó á Cataluña, hizo alto en Nuestra Señora de Monserrat, embarcóse en las galeras, llegó á Génova, deteniéndose ántes en Cadaques algunos dias, y á Módena, el 20 de Diciembre de este año que vamos concluyendo. El duque de Saboya, Francisco, primogénito de Victorio y de madama Cris-tina de Borbon, hermana de Luis XIII, rey de Francia, falleció en la corte de Turin en su pequeña edad, y sucedióle su hermano, Carlos Manuel, de años muy pocos y de no más sucesion que de una hermana, y todos de poca salud: con que esto y los trabajos recaídos en aquel Estado, por hartas marañas y codicias de los ministros franceses se iba acabando, y el Rey Católico señoreándose dél, como lo veremos en el libro que se sigue.

El almirante de Castilla, acabada la guerra de la provincia de Guipúzcoa, pedia licencia para volverse á su casa y á la corte: decía que toda la gente de la frontera de Francia se habia retirado á invernar, y el príncipe de Condé á la Guiena, y toda la demas nobleza á sus tierras, si le habia quedado alguna: y que muchos de los soldados que habian venido

alistados y aventureros del reino se habian ido, y parte pedí-dole licencia y dádosela, porque él no tenia alojamientos que les dar, ni bastimentos para sustentarlos, ni dineros para las pagas, ni órden para hacerlo sino como un general exbansto y limitado, que no dependia nada dél, ni tenia á quien mandar, ni más autoridad que para conducirlos al trabajo y al peligro, y él con ellos, y que de esta causa se habian ido los más, y que no los habia podido detener. Diéronselá, dejando aquel cargo al marqués de Mortara, y enviaron por la gente que quedaba de la tierra, algunos castellanos, irlandeses y mallorquines, á Don Francisco Antonio de Alarcon, del consejo y cámara de Castilla, y para que atendiese á la fortificación de la plaza que estaba á cargo de Marco Antonio Gandolfo; dándole órden para alojar en Calahorra y en Logroño, pagar sueldos, traer provisiones, para erigir de hecho plaza de armas y prevenirse para otro cualquier accidente, que amonazaba para el año siguiente, y otrosí, para inquirir de más cerca el progreso de la tierra, el proceder de los cabos y capitanes: como si hubieran estado á su voluntad y á su arbitrio grandes millones, pagas, almacenes de bastimentos y municiones, enviados con ejército, desde el principio, armado y ordenado para poder combatir á los primeros lances. Decíase en Castilla y discurriase en la ida del oidor, no fuese, después de las alicciones y trabajos de los naturales, á quererlos encabezar de nuevo en los tributos de la sal, del papel y los demas, y con color de prevención de gente de guerra para resguardo de la tierra, forzarlos á la obediencia de ellos y rendicion de la libertad, habiéndosela primero entregado al Rey D. Alonso el Onceno, en el año de 1332, pero con juramento que hizo de guardarles sus privilegios antiguos, en que se habian conservado, y que no se les pudiesen echar ni imponer nuevos pechos ni alcabalas. De esto hay letras del rey D. Alonso, su data en Vitoria, á 2 dias de Abril de aquel año, en la cual se han mantenido y vivido hasta ahora, inviolablemente, en la estimacion y en la grandeza de todos los reyes, sirviéndoles con armadas por la mar en todas las empresas y batallas navales que se han



ofrecido, en que han sido muy señalados, y han conseguido honra y fama á la par de las otras naciones.

El ejército del príncipe de Orange y el del infante D. Fernando, después del reencuentro de Gündres, se pusieron el uno á la vista del otro, hasta que el del enemigo se retiró; y S. A. R., dejando gente en los alojamientos y guarniciones, por estar el tiempo muy adelante, pasó á Bruselas, dejando al de Orange ajada la reputación, volviendo á los Estados sin presa y sin ejército.

Los franceses, que estaban á la vista de Flandes, juntos todos tres generales, siguieron las mismas pisadas que sus amigos: también apetecían la retirada y buscar los alojamientos, si bien marcharon á recuperar á Chatelet, plaza suya y que les tomó el infante el año de 36. El príncipe Tomás y el conde Octavio Piccolomini, que los atendían, visto el intento que llevaban, ó con orden que tenían, ó de consejo suyo, ó como cabezas que eran de los ejércitos que estaban á su cargo, quisieron revolver sobre Chatelet y ponerla en defensa; y encaminando sus tropas hácia aquel paraje, el príncipe Tomás, que los asistía, por conservar lo adquirido este año, si no de plazas de reputación, rotas que les había dado á franceses y á holandeses, no queriendo aventurarse más, así porque el tiempo estaba muy adentro, la gente española, italiana y alemana cansada, harta de marchas y peleas, el hielo á los umbrales, y los frios en el país con el mismo rigor que siempre, ni para óposito ni para estar más en la campaña, los dejaron que la tomasen, por ver si no quedándoles nada que fuese suyo en aquel paraje, ó su país por ganar, se les quitaba el ansia de volver, y, finalmente, extinguir motivos y ocasiones de más movimientos; contentándose con lo hecho, de harta congoja para ellos: que no es cosa sabrosa en países que tanto se aman, y que se desca su conservación para el resguardo de otros, verlos cada día embesbir y asediar por dos partes y por todas con dos enemigos poderosos, ambos aliados, y las más veces con tres ejércitos, y otras con cuatro, con la continuación de algunos años. Pasaron los

franceses, finalmente, á Chatelet; púsose el gobernador en defensa y toda la guarnición, en cuyos asaltos y acometidas, el tiempo que duró el combate, el asedio y otras diversas acciones, perdieron los enemigos 8.000 hombres: de suerte que este año, en aquella plaza de armas, no parece si no es que todos los aliados pusieron sus gentes, no á otra cosa sino al cuchillo y al degolladero de la nuestra; pero batido y fuertemente de la artillería, y haciéndoles brecha á propósito para entrarlos, los tudescos que había dentro, deshauciendo de conservación ni defensa, y que las vidas de todos quedaban expuestas á la voluntad del enemigo, aprctaron al gobernador á la rendición, y no queriendo hacerlo, defendióse de ellos mismos y de sus espadas con la suya, siendo sola y habiéndole dado algunas heridas con ella misma la entregaron; con siguieron la plaza y la rendición, y con esto se retiraron la tierra adentro á la Picardía y al Bolonés, á sus invernaaderos y guarniciones. Lo mismo hacia el marqués de Leganés en la Lombardia, cerca de la Valsalia, si bien otros avisos docían que era muerto y preso uno de sus hermanos; era roto el Palatino del Rin, hijo de Federico, tirano de Bohemia; muerto y deséchchete de cinco á siete mil hombres por los imperiales, tomándoles dos plazas, con que pensaba fortalecerse y pasar á la restauración de sus Estados con ayuda de la Inglaterra, Holanda y Francia y los demás herejes coligados. Socorrió el emperador á Brisac en la Alsacia, pero no con tantas tropas, bastimentos y municiones que se esperase hacer levantar el sitio á Beimar que la tenía muy apretada. Admitió la duquesa de Saboya guarnición francesa en Turin, corte del Piamonte, y las demas plazas, de miedo del ejército del Rey Católico, aunque estaba alojado, y por cumplir con los pretextos del hermano y el aliado, y otrosí por el cardenal Francisco Mauricio, su cuñado, hermano del Duque muerto, por el mal estado de la sucesión. Tomó el infante D. Fernando el fuerte de Carpena: los holandeses mandaron venir la armada de Dunquerque, para que llevase á Flandes gente española y napolitana que había de embarcar con brevedad en Cartagena para ir armando y pre-



viendo las cosas para el año que se esperaba, con que nos amenazaban los enemigos había de ser sangriento. Llegó el Almirante á los contornos de Madrid, supo que el Rey estaba cazando en el Pardo, pasó allá, y S. M. le honró con los brazos y le alabó la facción: salióle el Conde al camino y allí le habló y recibió; prevínose toda la corte, sus parientes, amigos y deudos para hacer entrada pública con galas y lucimiento: fué esto viernes, por la tarde, al principio de Noviembre; y debiendo el primer Ministro tomar por suya esta entrada y acompañamiento, por la honra que el Almirante dio á España y porque la redimió del mayor descuido y congoja en que jamás se vió, y le desembarazó de una calumnia en que nunca cayó ministro ni gobernador, cuando no por la persona del Almirante, la primera del Reino, porque también él lo era y le tocaba derrochamente aplaudir y lisonjear esta acción y honrarla, como valido, á capitán que tan bien había cumplido con sus obligaciones y con lo que se le había encargado, que esto día no se había de excusar ni parecer pesado ni ocupado, sino salir, cuando no se le había hecho ninguna merced, ni propuesto á la más principal ceremonia y la más pública, no se la sufrir el corazón ni se inclinó á ella, dando motivos para ocurrir á la gente, que en este hecho no parece que habían muerto las brasas de las pasiones ejercidas el año de 726 por el mes de Abril en Barcelona, sino que estaban cubiertas y pálidas en las cenizas del rencor. Un hombre de aquella calidad, que ya, finalmente, se rindió á la obediencia, que ha ido dos veces y le forzaron á la ejecución, sin mercedes ni otra estimación, á la provincia de Guipúzcoa, ha hecho lo que le han mandado, prestado toda sumisión y postrádose; y la primera vez, entrado en Francia, ceñidose á las órdenes que le dieron y al arbitrio de hombres inferiores porque estuviese á sus ordenes y se las diese, sin dineros ni sin otras ayudas de costa, ni socorros más de los que propuso de su hacienda: nada de esto le allanó, ni se le puso delante, por no lucirse. Asimismo aquel día disculpóse, y dijo al conde de Monterey que entrase con él en su lugar: entró, pues, aplaudiéndole toda la gente y

la corte y gritando hasta los muchachos: «¡Viva el Almirante!» no sin cuidado alguno de Palacio, que con los soldados de la guarda procuró limitar esta aclamación. Entró y recibióle el Rey con los mismos honores que al duque de Módena, en la pieza nueva y arrimado al mismo bufete. Dió cuenta de su jornada en razones concisas: respondióle el Rey con las mismas palabras de agradecimiento en todas ocasiones, y fuése á su casa. Vino también D. Lope de Hoces; paró en un lugar ántes de entrar en la corte, afligido y desconsolado, como se deja entender, que no es desdicha errar, sino que paguemos los yerros que nos hacen hacer: entró despues en Madrid, donde falsamente ó con verdad se hablaba que los querían residenciar. Decían del Almirante que había dado con facilidad licencia á los soldados para venirse, sin habérselo ordenado; y un ministro de papoles, muy favorecido en esta era, y que campa en todas juntas y consejos, grande censurador de acciones ajenas y poco recatado y reconecedor de las propias, vano y fácil de lengua, con la prosperidad y sobra de hacienda, inquisidor de todas, y naciendo sin ninguna, insinuaba en el cuarto del Rey, entre los gentiles hombres de la cámara y los que tienen allí entrada, imprudentemente y sin haber hecho experiencia de las fatigas de la guerra, que había causas para visitar á D. Lope de Hoces, capitulase, y más adelante; sin tener consideración de un caballero afligido, que hizo lo que le mandaron, habiendo ántes resistido y dado causas de no convenir salir de la Coruña por la demasiada ventaja de la armada enemiga, que esto bastaba para descargo á la mayor calumnia; demás de que pues él vino á la corte y le dejaron entrar y ahora le han hecho volver allí á servir, argumento claro es que aquella pérdida no fué por su culpa, sino por la del que se la ordenó: porque, ¿qué más pudo él hacer que exponerse á la violencia de la pólvora, al alquitrán y las ondas de la mar? Es menester que, ya que no usamos de las mercedes, usemos de la clemencia. Finalmente, D. Francisco Antonio de Alarcon residenciaba al Almirante, no más de por introducir en Vizcaya una Chancillería ó Tribunal, con no más



color que de asentar allí los tributos y el papel sellado, y que se gobernase el reino entero por solas las leyes de Castilla; tentación que ha hecho turbar la seguridad y el sosiego de todo él, de que ya estaba hecho un almacén y metidos dentro de la Provincia algunos consejeros de Castilla, que á temporadas se iban remudando; porque al Almirante no se le halló culpa de consideración: estubo en el ser de grandes príncipes por materias que á ellos les parece; á los que han servido bien, por la misma causa, registrarles las acciones por ponerles algun arcábar en el gusto de aquella gloria; mas aquí gobernaba la pasión del poderoso que se la quería tirar, mal contento de las que tenía. El rey, D. Felipe II, envió dos oidores al duque de Alba, D. Fernando, habiéndole ganado prósperamente el reino de Portugal, con diciámen ambiguo de que le asistiesen en Lisboa, y era para que le visitasen, cubriéndolo con capa de que le ayudasen al asiento y composición del Reino, y otro tras Sancho Dávila, que le había ayudado á ganar é iba á Oporto siguiendo á D. Antonio, prior de Ocrato, vencido de la batalla que se había dado, á salvar allí y buscar embarcaciones para seguir la fuga y solicitar en los reinos forasteros abrigo, armas, gente y dineros para volver á su pretension.

Cuando parece que habíamos acabado de contender con los enemigos, así cristianos como herejes, y los demas que se incluyen en los dogmas del mahometismo, que á todos los tienen concitados contra nosotros y debelados hoy en Italia, Alemania, Flandes, España, en el Brasil y entranbos mares, habiendo cada uno de nuestros capitanes cumplido noble y loablemente con sus obligaciones, aun no nos quedábamos con quien luchar en partes y regiones, no ménos asistidas de celo y la codicia, teniéndonos cubiertas y enseñadas heridas penetrantes y venenosas, Sicilia y Caribdis en que naufragar y acabar con todos y trastornar el Estado: así lo publicaron este año, como lo acabamos de insinuar en nuestros escritos. Habían, pues, los enemigos hecho su consejo y deliberado en sus resoluciones, con que además de las plazas, provincias y tierras que habían de ser embestidas, se pudiese armada en el

Seno Mexicano, entre la Habana y Tierra Firme, para esperar la flota de la Vera Cruz, tomarla, y caso que sucediesen algunas incertidumbres por los temporales, esperar los galeones de plata, con que, y tomándolos se vería ya España este año sin hombres ni caudal para sustentar ni asistir á la guerra; con que apareceria todo ello como ellos vanamente lo tenían premeditado, y, por lo ménos persistian, que para el año siguiente de 639, siendo tan prodigiosos y tan nuevos y gruesos los aparejos y los ejércitos que se habían de armar, pasaban adelante y decían que sin duda ninguna se acabaría la guerra, como ellos lo llegaron á presumir, porque lo disparian todo. En lo tocante á este año ya vemos cómo han salido de nuevas manos: para el que viene, Dios que ha sido maravilloso en lo demas, lo serán aquel. Nuestros Ministros, pues, con celo que tienen de acudir á todo, viendo no venían las galeras en estos meses últimos del año, enviaron al duque de Maqueda y á D. Antonio de Oquendo con la armada Real del mar Océano hácia las islas Ferceras, para esperarlos, y si los hallasen, venir haciéndolos escolta; en sazón que la armada de Francia, aunque se había retirado á la Rochela y á los demas puestos con la rota de sus gentes sobre Fuenterrabía, se recibaban, como los veían tan prontos para ofender y ahora estaban resentidos del estrago y del azote, no quisiesen satisfacerse por aquí de las ofensas recibidas con casi cuatro plazas de armas que el Rey Católico ha mantenido en la Europa este año, y para esto usó de esta providencia; pero ellos se volvieron luego sin hallar nada, ni amigo ni enemigo, que les diese noticia de ningun bajel, y no dejando de dar cuidado. En este intervalo vino una relacion de Nueva España, en que decía que el marqués de Cadereita, cuidadoso por avisos y por sospechas que tenía de la emulacion y codicia de los enemigos corsarios y piratas de Holanda al robo y al tesoro de las Indias y á la grandeza de aquel extendidísimo Imperio y nuevos orbes, ordenó que la gente del batallon de la ciudad de los Angeles y obispado de Traxcala, se fuesen ejercitando y estuviesen á punto para que, si fuese menester, acudir á la defensa



de la Vera Cruz y fuerzas de San Juan de Ulua, como puerto principal de aquel reino en el mar del Norte. Mandó levantar algunas compañías y que caminasen á la Vera Cruz, y se conduxese bizecho y otros bastimentos para cualquier acacamiento. Sin embargo, aprestada la flota para navegar á su tiempo, como se presumia que seria á 15 de Julio, con 1.800.000 pesos; habiendo, pues, tenido noticias inquiridas con atención de Tierra Firme, Islas de Barlovento, Habana, Campeche y la Florida, aunque varias en sus relaciones, de que habia enemigos y pirateaban en todas partes, pero no de manera que pudiesen suspender el curso de la flota, ni que se habia de detener este año; y aunque los avisos de un navío de Canaria, que certificaba habian pasado 60 bajeles de enemigos la vuelta del Sur, por lo que despues se averiguó y se supo de los prisioneros de una charrúa que se tomó, se juzgó que eran para el Brasil; sin embargo de este cuidado, se trató con toda brevedad del despacho de la flota, de la artillería, municiones y gente con qué reforzar la *Capitana* y *Almiranta* y otras cuatro naos de flota, para si se ofreciese ocasion de pelear. De todo esto socorrió el Virey admirablemente, como por el general se iba pidiendo, con que á 24 de Julio estaba ya á punto, que era la hora en que en todas las plazas de armas se combatia contra franceses y holandeses; pero la proviencencia Divina, defensora siempre de los más fieles, miró por la Corona Católica y bien de sus príncipes en tiempo tan fuera del órden natural del cielo, porque sucedieron unos Nortes tan secos y tan ascitados, que ventaron veintinueve dias sin cesar, y tan continuos desde los fines de Junio, con que la flota no tuvo tiempo para surgir, librándola Dios de los enemigos que la esperaban, embistiendo por la proa á los bajeles. Así estuvo hasta 20 de Julio que entró navío de aviso de Castilla, en solos cuarenta y tres dias de navegacion, al Virey, general de la flota, con las noticias que de los Estados se habian tenido, de haber salido de Holanda para las costas de Occidente 40 navíos de guerra, y por su cabo Pié de Palo, peritísimo corsario en aquellos rumbos, con pertrechos, gente y municiones para Pernambuco, y órden

para que, en dejando allí este socorro, pasar á las costas de Tierra Firme y á la Habana con intento de encontrarse con la flota que estaba en la Nueva España. Recibido este aviso del Rey y ministros del consejo de las Indias, se atendió al cuidado, y se arrió á éste y á sondar y observar los riesgos y peligros de los demas avisos que habia de que andaban pirateando 14 navíos en la tráfico de Nueva España, Cartagena, Islas de Barlovento, que si se juntasen con los demas podrian dar cuidado, porque este enemigo habia salido con órden y designio de los magistrados de Holanda de tomar la flota, y caso que no pudiese esperar los galeones de la plata, tomarlos ó quemarlos ó no dejarlos venir, y destas tres cosas consiguió la última. Avisaba el Rey de esto, y que se atendiese á todo y en particular á que no invernasen las flotas ni otro bajel de plata ni mercadería, añadiendo con especial advertencia, que se habia de tener cuidado que no se aventurase aquel tesoro, eligiendo lo que fuese de mayor importancia para el servicio del Rey. Habíase, otrosí, enviado órden que D. Carlos de Herra cuidase de la flota, dándole para mayor seguridad las órdenes y resguardos necesarios en los tiempos y ocasiones que tuviese por más convenientes. Avisó al marqués de Cadercita, el presidente de la Audiencia de la isla Española de Santo Domingo, á 13 de Julio, que estaban aquellos mares cuajados de corsarios esperando la flota, que lo escribia para que procediese con el buen juicio y experiencia que tenia. Hizo el Marqués juntar las personas y ministros de la Audiencia, el general, los capitanes y marineros, los cónsules del comercio, y proponiéndoles los enemigos que tenia la mar y los otros inconvenientes, que le dijese su sentimiento. Todos fueron de parecer que invernase la flota, y que la plata se retirase á la fortaleza, se previniesen soldados y capitanes para el resguardo de la tierra, y se enviase con el capitan Anton de Cañas aviso al Rey y á su consejo como la flota habia invernado, por no aventurarla y por los muchos corsarios que habia en la mar, y causas que para ello tuvo, con instruccion y derroteros muy particulares, para evitar las insidias que los enemigos no le topasen ni supiesen



la resolución que se había tomado, con dos pilotos muy prácticos que le gobernasen la navegación, y reforzase el puerto de Vera Cruz. Sin embargo, muchos de los interesados hablaban mal de la detención de la flota, y decían que en la isla de Cuba y la Española no había enemigos de consideración, ni en todo el Seno Mexicano. A esta hora llegó aviso de la Habana, del gobernador D. Francisco de Riaño, en una fragata muy ligera, con el capitán D. Francisco Fernandez, para que hiciese todo lo posible para encontrar la flota si hubiese salido, y dándole las advertencias necesarias para nuevas derrotas y escapar de enemigos hasta llegar á aquel paraje, y dijese al general los muchos enemigos que andaban en aquella costa y á la vista del puerto. Vino á la Vera Cruz, y hallando que la flota no había salido, reforzó las mismas dificultades de navegar, y el capitán refirió su viaje en esta forma: Que salió del puerto de San Cristóbal de la Habana, en 26 de Agosto, de noche y con virazon muy recia, á árbol seco, por no ser visto de los enemigos, dejando á solavento 44 velas que contó, saliendo con la tuna, sin otras cinco de Suecia, que el gobernador de la Habana avisó quedaban sobre Matanzas, habiendo aquel día dado vista al puerto de la Habana solamente 41 de ellas; que anduvo así la primera, y la segunda, gobernando la vuelta del Norte, dió vela y navegó hasta el día siguiente, 27, que tomó sonda á las ocho de la mañana en veintidos brazas, y á esta hora vió dos urcas surtas que largando el pañon le siguieron la vuelta de Sud Oeste hasta las cuatro de la tarde que las perdió de vista; y gobernando segun la instruccion que llevaba, vió la vuelta do Nordeste, y como á las seis de la tarde reconoció los cayos de la Tortuga, donde halló otras dos urcas surtas en siete brazas de agua, de que huyó, y luego que le vieron dieron vela, siguiéndole hasta bien cerca de la noche; y á la mitad de ella se vió abordado de otras dos urcas, y estando para arrojar el pliego se libró de ellas, y que serian estas urcas de más de 300 toneladas, con buena artillería: el día siguiente, 28, vió un navío pequeño, y creyendo que era vigia que envió el gobernador de la Habana á aquel paraje para dar

aviso á la flota, se fuó á él para entregarle el pliego que traía de su Gobernador, y acercándose á esta diligencia, reconoció era urca enemiga, y se libró huyendo de ella dos horas hasta que la perdió de vista; y corriendo su navegación, á pos-trero de Agosto, á las diez del día, reconoció y tomó sonda en sesenta y cinco brazas del cabo de Campeche, que está en 26 grados, donde á las doce del medio día se descubrieron seis naos surtas, y entendiendo era la flota que buscaba allora en aquel paraje, se fuó á ella, y conociendo era de enemigos por las banderas que traían naranjadas, azules y blancas, tirándolas con anteojo de larga vista, les contó á 15 piezas de brouce por baula, banderas de Capitana y Almiranta, y largando las velas, tendiéndose por el mar, le fueron siguiendo, obligándole á huir á toda diligencia, hasta las cuatro de la tarde que, dejándolas por la popa, las perdió de vista.

Desde aquí siguió su derrota hasta entrar en el puerto de San Juan de Ulúa, donde el General le envió al Virey para que á boca hiciese la relacion referida y del modo que Pié de Palo tenía puestas las asechanzas á la flota y galeones, porque la Holanda debía estar en grandísima necesidad y apretada para proseguir la guerra, mientras que el auxiliador perseveraba tenazmente en fatigar la Monarquía, sin ceder de su obstinación; de donde se podria seguir alguna bonanza para todos si no hallasen aquí el medio que buscaban. Y es, sin duda, la falta de dineros que tienen, pues los vienen á buscar á las Indias, esta vez más ahincadamente que todas, esperando en los rumbos y parajes de la navegación de ambas armadas para que no se les escapase ni aun el más mínimo bajel, y reguardando los tiempos, para que en haciendo presa de la flota en cabo de Apalache, le tuviese para volverse á juntar con las cinco naos de Matanzas y las que estaban sobre la Habana, y juntas recibir los galeones de plata y todo aquel tesoro, y poner las cosas en mortal conflicto y en gran necesidad. Sin embargo, daba cuidado el progreso de D. Carlos de Ibarra con tantos enemigos, y habia algunos tan atinados, segun el estado de las cosas, que les parecia le habian de apretar de



suerte los corsarios que le habían de obligar á hacer invernada en la Nueva España. Pero, por otra parte, juzgando lo ya insinuado con los avisos de Castilla, y refrescándose la nueva de enemigos, con un bajel que había llegado con el capitán Esqueda, y áun desconociendo por esta causa el buen suceso de los galeones de la plata, para cualquier accidente ó trance de fortuna, hizo reforzar á San Juan de Ulúa, donde estaba la flota y el tesoro, para que no saqueasen la nueva Veracruz, que si bien se le habían aplicado todos los medios de defensa necesarios, para mayor abundancia y providencia, envió el Rey orden para que de la ciudad de los Angeles y obispado de Tlaxcala bajasen al puerto 4.200 hombres de los del batallón de aquel distrito, parte infantería y parte caballería, ó hizo levantar tres compañías á sueldo. Pero llegando á discutir sobre el viaje de D. Carlos de Ibarra, general de los galeones de plata, y sus progresos, que es para lo que hemos tomado la pluma, comenzando por sus principios, para mayor inteligencia, digo que salió con la armada, de la guardia de las Indias que gobierna, de Cádiz, á 29 de Abril de este año, con ménos gente de mar y guerra de la que le tocaba por su dotación, por haberse quedado en España á otros cuidados. Digo que salió con siete galeones para traer en ellos la plata de S. M. y particulares; llegó á Cartagena á 12 de Junio, y á 21 salió para Portobelo, donde llegó á 29: á 15 de Julio salió de aquel puerto con la plata del Rey y particulares, y llegó á Cartagena á 1.º de Agosto con calma y tiempos contrarios; halló allí el aviso de España, que ya hemos referido, en materia de armada de Holanda, para acometer galeones y flota, que habían salido 10 para el Brasil, y que de allí se habían de tomar 14 y todos acometer la empresa. Fran estas fuerzas muy superiores á las que llevaba D. Carlos y los demas en todo aquel Occidente; que si esto no se remedia vendrá á pelear todo, así en España como en las Indias. Encargábasele mucho á D. Carlos procurase disponer la materia de tal forma que el enemigo no le encontrase, y que si lo hiciese, hallase tal resistencia y valor en su persona, en la de los capitanes,

soldados y marineros, que quedasen frustrados sus intentos; que, viendo las pocas fuerzas que llevaba, se procurasen aprestar cuatro urcas para escolta y socorro, encargándole pudiese la mira en librar este tesoro de los enemigos, y que perseverase en hacer lo mismo del que venia de Nueva España, cuidando de ambas cosas como se esperaba de su valor y prudencia; y que juzgase lo que convenia volver á España este año, por la necesidad que había de dinero para acudir á tantas partes como era necesario, y lo pedian para la defensa de reinos y provincias. Enterado D. Carlos de Ibarra de las órdenes que se le habían enviado con los avisos, y de los enemigos que le aguardaban, mandó asentar en la armada todas las plazas de infantería que se pudiese, por haber falta de ella, y prevenir los siete galeones lo mejor que pudiese; dando á los cabos y soldados las órdenes precisas de batalla, cuando lo pidiese la ocasion, y señalando los puestos que cada uno habia de tener. En esta forma partió de Cartagena, á 7 de Agosto, la vuelta de la Habana; llegó á Cabo de Corrientes á 23 de Agosto, donde halló cartas del Gobernador, en que le avisaba no habia más corsarios que siete ú ocho navios, que andaban en la costa; llegó, á 26 de Agosto, á Pan de Cabañas, á doce leguas de la Habana, y á 30 del mes referido comenzó á bordear sobre el Pan de Cabañas, por ser el tiempo contrario y opuesto á la entrada de la Habana. A esta hora se descubrieron aquella tarde diez y siete velas, que iban la vuelta de tierra, y el dia siguiente, posrero de Agosto, al amanecer, se vino la armada del enemigo la vuelta de la nuestra: puso D. Carlos el estandarte Real, animó la gente, y todos de buen corazon le esperaron con las armas en la mano; disparó una pieza en señal de batalla, para que cada uno tomase su puesto y se apercibiese al combate, y que hiciese lo mismo el patacho la *Margarita*, que le habia encontrado en el Cabo de Corrientes, y con vela de gavia y trinquete se fuó para el enemigo, que puso su armada en esta manera: su Capitana y tres naos, las mayores, y entre ellas una grande que traia un gallardete, vinieron á la nuestra, y su Almiranta y otras dos naos fueron á la Almiranta de naos.



tra armada, y los demas bajelos á los demas galcones. La Capitana del enemigo abordó con la de D. Carlos, metiendo su bauprés por la jarcia del trinquete (traía mucha gente encima de cubierta, cosa pocas veces vista en nao de Holanda), y estuvo dos horas abordada por barlovento con resolución de echar gente: traía tres andanadas de artillería, las dos principales y los alcázares, que todos eran 50, y otras de ménos piezas, y los calibres de las balas eran de tres géneros, de á 50 y de á 20 y otras de ménos, segun se reconoció por las muchas balas de este género que se hallaron recogidas en la Capitana de Don Carlos.

Dió el enemigo tres cargas con la artillería, y muchas de mosquetería, y en el interin las otras tres, que venian de socorro á esta nao, disparaban su artillería por la cuadra y popa á la Capitana. Habia mandado D. Carlos que no se disparase mosquetería ni artillería hasta tanto que hiciese señal; mandólo tan á tiempo, que llegando la Capitana de Holanda á abordar la nuestra, disparósele tres veces la artillería, con muchas cargas de mosquetería que con buena órden estaba repartida; y recibió tanto daño de esto, que muy aprisa, cortando cabos y aparejos, se desabordó y se fué huyendo. Signióla Carlos; lo que bastó para que reconociesen los enemigos que venía hombre de encuta y soldados de valor que los harian pedazos, aunque doblados en el número de bajelos. Pegó cinco veces fuego á la Capitana, que con brevedad corrieron á apagarle; quedando, sin embargo, con excesivo número de balazos arriba y abajo: murieron 23 personas, y quedaron 50 heridos, y entre ellos D. Carlos de Ibarra, que queriendo tomar una bomba que le habian echado en la cubierta y á sus piés, se lo reventó y le hirió en la cara, brazo y muslo, y no por eso dejó su puesto; dándoles las órdenes y acudiendo á todo, porque no quiso excusarse por las heridas de lo que el Rey y sus obligaciones le habian ordenado y le tocaba por sangre y fidelidad. Hubo entre los heridos y muertos personas de consideracion; el Capitán de mar y guerra, los caballeros pasajeros y camaradas de D. Carlos, que merecieron aquel dia lauro y palma por el

gallardo espíritu con que pelearon. La Almiranta de nuestra armada estaba abordada con la del enemigo: vino á nosotros Capitana, por sotavento dióle una carga, y respondióse con otra, quedando nuestra Almiranta desaparejada de la cobadera, y la vela de trinquete pegada fuego, que fué dificultoso de apagar: mostró bien su valor D. Pedro de Urstia, quedando herido. El galcon en que venia Sancho de Urdanivia, aunque sin órden, puso dos gallardetes en los topes, con que el enemigo puso más cuidado en tirarle con la artillería y apretarle; llevándolo el bauprés de un balazo; y los demas galcones de esta armada hicieron el deber, peleando con los de Holanda. Duró el combate casi ocho horas, y á la tarde se juntó la armada del enemigo, quitando la Capitana el estandarte y disparando una pieza, y estando una hora larga atravesados á barlovento de nuestros bajelos, resolvieron en irse largando velas; pero el general D. Carlos Ibarra, aguardando su resolución, sin embargo que no podia pasar á la Habana porque el tiempo, como al principio, se lo contradecía, estuvo bordeando de una vuelta en otra desde Cabañas á la Mesa de Mariel, hasta 3 de Setiembre que el enemigo, al amanecer, se volvió á descubrir y vino con la misma órden á trabar otra vez la batalla; aguardándole D. Carlos con el mismo ardimiento que ántes. Traía 43 navíos, y embistió sola la Capitana con la nuestra; traía gente encima de cubierta como la primera vez, y tapada de lienzo todo blanco, porque no se viese la mucha sangre del destrozo pasado: dió dos cargas con la artillería, respondiósele con otras dos, y siguiósele hasta que fué fuerza volver en busca de Sancho de Urdanivia, que se habia quedado atras, y cargáronle los demas navíos del enemigo pensando que tenian presa; socorrióle D. Carlos de Ibarra, y la resta de los enemigos y los nuestros se daban espesas rociadas de artillería, sin abordarse uno á otro: fué herido el capitán D. Pablo de Contreras y el capitán Jacinto Melendez, y algunos soldados heridos y muertos. Duró el combate por espacio de ocho horas; lo dejó el enemigo, siguiéndole todh su armada, y en la Capitana quedaron entre heridos y muertos 26 personas, y entre ellas algunos particu-



lares. Envió á decir Sancho de Urdanivia que su galcon hacia agua, y tenía los árboles rendidos de balazos y que estaba desaparejado; sacóle D. Carlos la plata que traía del Rey y particulares, y envióle gente de su Capitana y otros navíos para que le socorriese: avisó, sin embargo, que su galeon estaba de suerte que no podía navegar, y que le faltaban de ambos recencientos más de 300 hombres entre muertos y heridos; que estaban en frente del puerto de Cabañas, y que le decía su piloto le metería dentro de él, por ser bajel de poco porte, y que salvaría el buque y la artillería y cajones de añil que traía. Mandó D. Carlos disparar una pieza y que se pusiese bandera de consejo: vinieron los capitanes y los demas á quien tocaba hallarse en tales juntas, y oyendo al piloto, se conformaron en que el navío pasase al puerto y allí salvase todo lo que pudiese; habiendo salido á ollo Sancho de Urdanivia. Resuelto este punto, se propuso otro: el almirante Juan de Campos, y D. Gaspar de Caraza capitán de mar y guerra de la Capitana, y otros de la junta dijeron convenia, por lo sucedido y por los otros accidentes que se podian promover y recelar, y por lo que se aventuraba la plata y las otras cosas, digno todo de reparo, fuese la armada á la Nueva España; y siendo designio éste muy contrario del que D. Carlos llevaba en su dictamen, como era de pasar á la Habana y vencer esta dificultad, repugnándolo y contradiciendo con las razones que se le ofrecian, respondieron todos, á voces, no tomase sobre sí carga tan pesada y en que se arriesgaba tanto. Atendiendo al estado en que se hallaban y á los peligros que se les podian ofrecer, resolvió D. Carlos, aunque herido, pasar al galcon de D. Pablo de Contreras, donde venia embarcado D. Juan de Carvajal, del Consejo Real de las Indias, visitador de la audiencia de Lima y de las Charcas, y llevando consigo capitanes y todos los demas oficiales de la armada, juntos allí todos, se propuso la materia; y habiendo oído á unos y á otros respondió, que su parecer era que convenia al servicio de S. M. que aquella armada fuese á la Nueva España, porque con esto se aseguraba su plata y la de particulares; que el tiempo era

contrario para ir á la Habana y en popa para ir á la Nueva España; que la conjunción venia dentro de tres dias, y las de Setiembre siempre habian sido perjudiciales y dañosas en las costas de aquel rumbo; que dividiéndose, cualquiera de los seis galeones que habia los tomaria el enemigo; que nuestras fuerzas eran pocas y las suyas dobladas, y que se iban acrecentando, pues demás de las que tenía en su armada, que habian dado batalla por dos veces, se reconocian cuatro navíos más que se iban á juntar con ellos; que habia de hacer reparo en la falta del navío de Urdanivia, con que recobrados en más ánimo y avilantez habian de volver á tentar fortuna, no obstante que declaraban los más capitanes que allí estaban, que habian gastado la mitad de las balas y de la pólvora con que salieron de España, que juzgaban que el enemigo los habia de volver á acometer muchas veces hasta hacer presa, y que otras dos veces que volvieron á pelear con él no les habia de quedar municiones para la tercera, donde les fuera muy posible barrenarse ó irse á pique por no someterse á la rendicion vergonzosa, cayendo en la mayor desdicha que podia venir á España, á los reinos y provincias que pendien de ella; que la invernada era indubitable en la Nueva España, porque se habia de entrar tarde en ella y no poder salir tan presto por el aderezo y ocupacion y reparos que se habian de hacer en los navíos, que los más estaban muy maltratados; que el holandés no se habia de quitar de la boca del puerto de la Habana hasta muy entrado el invierno, y que así convenia seguir el consejo de los más é ir á invernar á Nueva España, donde lo aseguraba todo y se abrigaba la flota de aquel reino, que juzgaba de cierto no habia salido, por tener los mismos avisos del Rey de Castilla como los tuvo la armada y todas las costas que se habian corrido, y que se repararian allí los navíos, y se abasteceria y armaria de municiones y volámen para seguir la navegacion en tiempo más oportuno y con esperanza de mayor y más próspera felicidad y bonanza.

Parciéndole á D. Carlos muy congruentes y eficaces estas razones, y no sólo á él pero á todos, y al almirante Don



Pedro de Ursúa, y sin embargo pesadas para cumplir, con las órdenes que tenían y lo que debían á su sangro y obligaciones, todavía resistieron y porfiaron en ir á la Habana; pero volviendo D. Pedro de Ursúa á su galcon y visto los cuatro navíos que se le iban juntando al enemigo, y otros tres que parecían del topo, que tambien seguian la misma derrota, que ya eran todos 24 navíos, envió á decir á D. Carlos con Don Diego de Jias, capitán de mar y guerra de la Almiranta, que los accidentes mudaban las cosas; que el enemigo estaba muy experto, tres veces más que ellos, y que era temeridad tentar más fortuna; que se contentasen con la que habian tenido, no de pequeña gloria y admiracion á los insignes soldados y marineros, y que se cediese al parecer de todos los demas y siguiese el destino que los forzaba á no poder hallar otra salida. Conformóse D. Carlos, y dió las órdenes necesarias para seguir el viaje de Nueva España, quedando el galcon de Sancho de Urdanivia en el puerto de Cabañas, sin que lo pudiese ver el enemigo; pero ellos volvieron con 24 velas sobre la nao, el dia 5 de Octubre, por la tarde, quedando á barlovento de la nuestra. Aquella noche se encendió farol, haciendo lo mismo la Almiranta, para que si los holandeses quisiesen volver á pelear no lo dejasen por señal y aviso; valor digno de premio y de memoria, siendo tan pocos á tantos. Al amanecer no los vieron ya, y avisó D. Carlos á la Nueva España y al Virrey dándoles cuenta de su viaje y arribada; y deseoso de saber el estado de la flota, si habia salido y llegado á la Habana miéntras él pelaba, no sin cuidado de su derrota, yendo tan desamparada de resguardo y fuerzas, llegó D. Carlos á la Veracruz, halló allí la flota, y por mayor trofeo con ambos tesoros, uno defendido y otro asegurado, y descansaron allí, aunque en el parecer y ansia más quisiera haber corrido el viaje y que fuera en la bahía de Cádiz. Fué grande el consuelo que recibió toda la tierra, ciudad y corte de Méjico con aquella llegada y salvamento de la armada, y cuán gloriosamente habian escapado de los enemigos peleando con todo valor y denuedo, y dejando burlados los ladrones y corsarios de Holanda. Fué el Virrey

con la audiencia, consejos y ministros á dar gracias á Dios por la defensa de su patrimonio; envió á visitar á D. Carlos y á los demas cabos, capitanes y oficiales de la armada, dándoles la enhorabuena de su victoria; y enviaron aviso á España de lo sucedido, aunque ya acá se habia tenido nueva del reencuentro por una carta, aunque apócrifa, que envió el duque de Medinasionia, por una relacion de un mercader inglés. Decia que, sábado, 27 de Noviembre de este año, salió por la canal de Inglaterra la vuelta de España; que dió vuelta á un navío grande, que á toda diligencia venia enderezado al suyo, muy destrozado, desbarbolado de un árbol, y tan roto de balazos que le obligó á venir incesantemente dando á la bomba por la mucha agua que hacia; que los que venian dentro, luego que llegaron á paraíso que pudiesen ser oídos, con grandes voces y clamores pedian socorro, diciendo que se iban á pique, como se echaba de ver por el destrozo de la nao; que llegó á ellos y los conoció que eran holandeses, y que los recibió en su navío en número de 300, los más de ellos heridos y algunos sin piernas y sin brazos, y tan maltratados, que apenas se podian ayudar unos á otros, y fué necesario que los suyos pasasen á muchos de ellos en hombros, obligado de la necesidad; que venian en la misma nao cuatro presos holandeses, los dos personas graves, si bien sin cargos militares, y los otros dos capitanes de infantería; que los preguntó la causa de su prision, y le respondieron, que en la refriega y batalla naval que habian tenido los galcones de la plata de España con los de Holanda, no habian querido pelear por no haberse seguido su parecer, que fué de no acometerlos, adivinando el mal suceso que despues tuvieron por haberse desalentado con su tibieza los demas, porque no peleasen, y que por eso los llevaban presos á Holanda para que el Magistrado los castigase; que puesta en salvo la gente (no lo hicieron así con un navío de España), se sacó de él la artillería, que eran algunas piezas de bronce y otras de hierro colado, en número de 32; que aunque habia dentro muchas municiones no se pudieron salvar porque la nao se fué á pique, así por lo que venia dentro y de mal-



tratada como porque los divertidos en salvarse se habían descuidado del uso de las bombas, y peligrado; que se enteró más del caso y le fué respondido, que habiendo dicho el corsario Pié de Palo á los Estados de Holanda, que dándole bajelos, gente y municiones, les daría ganada la flota de Nueva España, con que haciéndose ricos y más formidables enlaquecerían las fuerzas de España (que es lo que se habia practicado este año entre todos los enemigos de la Corona, demás de los otros ejércitos levantados para destruirla), que habia sido creído, porque los grandes suelen facilitar las mayores empresas, como tambien, porque siendo este corsario tan práctico en las cosas de las Indias, no pareció le podían engañar sus discursos. Diéronle los Estados algunos navíos, que juntos á los que él tenia, llegaron á número de 44 y más, que se pusieron en el cabo de San Anton, rumbo por donde pasa la flota para la Habana; que aquí, descubiertos si partia ya la flota, teniéndose por tan seguros de ella, que aun á los de ménos séquito juzgaban mal contentos con la parte que les habia de tocar, que así se engañaban los juicios humanos, y el suyo les engañó de suerte, que en breves dias les hizo entender, á pesar suyo, que no en el número de los combatientes consiste la felicidad de la victoria, sino en la dieba, ó, por ventura, en la justicia y envejecido valor de los que pelean. Estuvieron en el cabo de San Anton algunos dias, y tuvieron aviso que no habia salido la flota, ó si habia salido, habia vuelto á arribar con tiempo contrario, y aunque despues le habian tenido, no se atrevieron, por saber los aguardaban, ó con avisos de España, ó con algunas fragatas de las costas: que viéndose, resolvieron dejar la empresa y tentar las de los galcones que esperaban de Cartagena y era el tiempo de su venida á la Habana; que si bien son más fuertes y de más resistencia que las naos de flota, sabian que no eran más de siete, y siendo ellos de más número que de 44, fuertes, armados y prevenidos, de mayor bordo y toneladas, no era mucha vanidad prometerse la victoria, juzgando que por la mayor parte vienen estos galcones más cargados de plata que advertidos de defensa, soldados y otros

aparcejos navales: que los descubrieron un dia de los de Agosto, los acometieron con determinacion y poca fortuna, y hallaron su perdicion donde pensaron lograr las riquezas éjenas, que rinden á la Majestad de España los minerales de Occident; que les echaron á pique siete naos y entre ellas la Amiranta; que les mataron su Capitan y al general Pié de Palo, y quedaron de suerte desbaratados, que sin poderse valer unos á otros, cada uno buscó su remedio y la vuelta para las islas, sin atender á más que en la forma referida: topó la nao holandesa tan rendida, y ellos tan abogados de triunfo, que cada instante pensaban era el postrero; que si bien los galcones recibieron daño de sus balazos, no habian peligrado; y que echó la gente en Inglaterra y volvió á proseguir su viaje para España. Por eso, digo, fué poco bien verdadera la carta, por que la muerte de Pié de Palo saltó falsa, porque él volvió á Holanda, á toda diligencia, con la rabia de no haber podido conseguir la presa de los galaones; volviéronlo á armar, y tornó á salir con la misma prisa que habia llegado, ó para socorrer al Brasil por los refuerzos considerables que habian salido de Lisboa para allá, á cargo de D. Fernando Mascareñas, conde de la Torre, y otros cabos, ó para volver á esperar flota y galcones; y á no desistir de su pertinacia, que si no se remedia esto será arriesgarla cada año con el mal ejemplo de la primera vez, y verse todo en la última desesperacion. Quanto á la pérdida de las siete naos, hace tambien dificultad, porque el almirante D. Pedro de Ursúa, reconoció por la postrera vez que las naos del enemigo eran 24, y que venia más acrecentado que las otras dos veces; que los embistió de suerte que no se conoció en ellos pérdida ninguna, ántes cada vez de más número, si bien, aunque luego á la mañana no se vieron, puede ser que de la refriega, que no le scria dulce ni de poca sangre, fracasasen algunas, pues se desaferraron tan aprisa á lo ménos de ellos, y de las Islas no se ocupó nada. Recibieron la nueva de los galcones, aunque más los quisieran en España, de su pelca y arribada á la Veracruz, con algun contento, y los enemigos con grande alborozo, porque de las tres cosas en que pusieron



la mira y el consejo para conservarlos, faltar á tantos cuidados y defensas de reinos, provincias y plazas, lovas de ejércitos y aprestos de armadas, y entrar en otros mas rigurosos y desesperados, si no fuese en este año, esperar lo y prometérselo al siguiente para concluir con todo, ¿cómo sería posible con la falta de dineros? Vuelvo á decir, que de las tres cosas, de no tomarla ó cebarla á fondo, consiguieron la tercera, que fué no dejarla venir á España, para dañar con su falta, meternos en mayor necesidad y tribulaciones de buscar dineros sobre efectos, que en este año de 39, á mediado Mayo, que acabo de escribir este libro, con la vuelta del corsario allá y una armada valiente francesa en la Rochela y otros puertos, no sabemos el intento ni el fin que tendrán, ó si saldrá cuando vengán galeones y flota y la esperarán en las islas Terceras, en el cabo de San Vicente, ó en la bahía de Cádiz. Así que, celebraban este caso, y era de que no nos la habian tomado ni quemado; pero nos la embarazaron, que es de harto peligro y calamidad, porque luego quisieron suplir su falta con nuevos tributos y pedidos que quebrantaban los corazones de los hombres, y cada dia iba todo recayendo en mayor calamidad y ruina de pueblos y de tierras para ver y concluir nuestro fin; de cuyos principios y raíces producian efectos y se objendaban monstruos de rebelion y de infidelidad en las dos líneas de España, en Levante y Poniente, que amenazaban general destruccion por resarcir el pesado yugo del Gobernador.

Perdióse Brisac, ilustrísima colonia de la provincia de la Alsacia, que es el azar sólo que hemos tenido este año, entre tantas buenas fortunas, que tomó el duque de Beimar, de gran consecuencia para los enemigos, para arriesgarse más por aquí, la tiranía de la Lorena y la poca seguridad de la Borgoña; si no es que nuevos accidentes contraidos hoy, como veremos en el contexto ó descripción que se sigue, mejora nuestro partido, y hace inclinar el de Francia. Cúlpase al general Galaso de poco ardiente en estos casos: yo culpo al Emperador y á todos los Príncipes de que no atiendan por su persona á lo que les toca,

como á que no se los caiga la corona ó la diadema de la ca-beza, y á sus ministros y confidentes de no haber asistido á esto como se debe, y perdía plaza tan importante, por no haber tenido este año guerra de consideracion, ántes haber salido bien de ambos reencuentros que dejamos referidos con los hijos de Federico, muerto, Palatino del Rin, sobre recobrar aquel Estado y tantos que las guerras pasadas han dejado tan cansados y disminuidas las fuerzas, que no se puede más. Cosa es, cierto, de admiracion en cuán breve tiempo, no siendo de más espacio que de un año, y en cuán pocos pliegos de papel hemos escrito cosas árduas, guerras con tantas partes, maquinaciones contra reinos, provincias, estados, sitios, quemas de armadas, acometimientos peligrosos, causados por nuestros enemigos para trastornar la confianza y la seguridad, poniéndolo todo al trance; ejércitos numerosos, no uno sino muchos, unos contra otros; sorpresas fatales si surtieran á su pensamiento; rotas y tomas de plazas en los mismos que las insidaban, y debelados por providencia particular del cielo; odios, concitaciones sin número y sin medida, ejercitados con ira y venganza en tantos ángulos de la Europa; escritos sin templanza y manifiestos sin cortesía, falsos y apócrifos para conmociones, y atentados para la desolacion del Imperio, de la religion y de las aras Sacrosantas: tanta turba de inquietos sediciosos y revoltosos, consejos y juntas detestables, no sólo contra los Monarcas católicos, sino contra sí mismos, á quien ellos hacen confederados; muertes de Príncipes violentas, que han hecho parientes por usurpacion de sus Estados; tiranías de otros, incendiarios cavilosos, insolencias ejercidas por Reyes, privados y ministros; aparentes incursiones de herejes que sólo tienen el nombre de cristianos, sin mostrarlo en otra más noble parte que en el semblante; desvergüenza de mahometanos y otra inmensidad de prodigios. ¿Cuándo ó en qué era lo lei, ó se vió esto, ó de qué grosera condicion se nos ha ocasionado? ¡Oh, siglo felicísimo, admirado y suspirado incesantemente de los hombres del muy alto y muy esclarecido Rey D. Felipe III *el Grande*, en quien todos, con prosperidad jamás



alcanzada, vinieron y descausaron de tales impulsos ó incidentes, de la misma manera por cosa memorable y señalada, y por cognomento digno de sus virtudes y del lugar que ocupó, y por la distribución y loables progresos en la administración de la Monarquía! Se puede decir, por la paz del duque de Lerma, su gran privado, como la de Numa Pompilio y la de Octaviano Augusto.

## ÍNDICE.

Páginas.

**LIBRO TERCERO.**—*Argumento.*—*La infanta Doña María, hija de los reyes católicos D. Felipe IV y Doña Isabel, nace en el Real Palacio de Madrid; no se efectúa la salida del Rey de Castilla para los pretextos de la guerra contra franceses. El papa Urbano VIII, expide una Bula, ó motu proprio, para que todos los Prelados vayan á residir á sus iglesias dentro de dos meses. D. Gonzalo de Córdoba deja á Flan-des y muere retirado en su encomienda. Prosiguen los Ministros franceses la guerra en Alemania aunque en sucesos sinistros por la paz jurada entre el César y el elector Juan Jorge, duque de Sajonia; rompen con el Rey Católico y liganse en Holanda con fuerzas más poderosas para dividir entre sí y acabar de triunfar los Países-Bajos; destruye y desbarátalos el infante D. Fernando con asprenta y desercion de todos; tomales el importantísimo fuerte de Esquenque, y arréjalos, con otros miserables cabragos de la tierra. Toman los holandeses en el Brasil el puerto de Parábiba. Hazen los franceses entradas en la Lombardia, ocupa el duque de Roan la villa de Chabena, declárase por el francés el duque de Parma, y entra en la liga Vitorio, duque de Saboya; ocupanse pasos y fuertes en la Valtelina por el Roan. El marqués de Santa Cruz corre fortuna junto á Cabocorso, pierde galeras y navios; rehócese y sigue el dictamen de su empresa. Levantan el sitio de Valencia del Po los franceses y coaligados de Italia; rompe Galaso al cardenal de la Baleta, tomale la artillería y el bagaje, y degüéllale 6.000 hombres, y no se resuelve la entrada por*



la Francia con 40.000 soldados. Pídense nuevos y más graves tributos en el reino; previénesse el duque de Medina de las Torres para el casamiento capitulado con la princesa de Asiliano en Nápoles; sucede un desorden en el salón de Palacio, asistiendo el Rey en él á una farsa, y muere el duque de Lerma en Flandes, habiendo llegado al cargo de Maestro de campo general.....	1
Expide el Papa, Breve para que todos los Prelados residan en sus Iglesias.....	6
Muere D. Gonzalo de Córdoba retirado en su encomienda mayor de Argon, en la órden de Santiago.....	15
Al duque de Baviera se le da la voz de Elector del Imperio que tiene el Palatino.....	17
El duque de Parma quita las armas de España de su palacio de Roma y pone las de Francia, declarándose por esta Corona.....	29
Saco de Tirlemonte por los franceses y sacrilegios que cometieron.....	54
Un Oficial de la Secretaría de Estado del Infante-Cardenal tiene correspondencia con el príncipe de Orange (49); es descubierta y le dan muerte puesto en cuatro caballos..	60
Un garnacha portugués consigne en los Reales de Holanda una batalla y mucha presa en favor de España.....	77
D. Carlos Colonna. Sus servicios y calidad.....	98
Donativos que se piden á los Grandes y Títulos y á los Reinos para la guerra, y malos términos con que se pidieron.....	101
Lance sucedido en el salón de las comedias de Palacio entre D. Juan de Herrera, caballero de la órden de Santiago, criado del Conde-Duque y el marqués del Águila.....	105
El biznieto del Secretario Cobos, oficial de Conchillos, conde de Biela.....	111
Retrato de D. Luis de Haro.....	112
Muere el duque de Lerma en Flandes; deja tres hijas y con quienes casaron.....	123
Llamo castro.—Argumento.—Prosiguen los movimientos de los enemigos en todo el ejército de la Europa. Junta el rey	

de Francia en Belle-Isle una gruesa armada de navíos, con ayuda de bercejes septentrionales, para acometer á Italia. Sosiegase una controversia entre el Papa y los venecianos. Súbese en Castilla la moneda más antigua y sellada de vellón. Entra un ejército para el Estado de Milan, y es rebatido por el valor de la gente española. Vuchuen los sucesos segunda vez á Alemania y son rotos por el duque de Sajonia y otros Capitanes alemanes. Trábase de la paz entre todos los Príncipes, y el odio y la obstinacion de los malos no la deja arribar al fin de los más celosos al general sosiego. Porfia el príncipe de Orange la recuperación de Esquenque y no la consigue de esta vez; revuevle otra y tomale; persisten los franceses en las cosas de Milan; entra el infante D. Fernando con un poderoso ejército por tierra de Picardos en la Francia; el príncipe de Condé con armas por el condado de Borgoña, sitió á Dola, y hácele levantar de ella el duque Carlos de Lorena. Convécase una dieta por todos los Príncipes del Imperio en Ratisbona para la elección de Rey de Romanos. Sale la armada francesa de Belle-Isle; cálese por el estrecho Caditano y entra en el mar Mediterráneo; el marqués de Villafraanca no la deja arribar á sus intentos, siendo tan inferior con las escuadras de galeras que iban á su cargo. Entra nuestra gente por la provincia de Labort en la Francia, y ocupa á San Juan de Luz; va el rey de Francia con ejército á Picardía y recupera Corbie. Pasa á mejor vida la infanta Maria, hija de los Reyes Católicos. Los electores del imperio de Ratisbona eligen á Fernando III, rey de Hungría y Bohemia, por Rey de Romanos. Recrútase más el rencor francés con esta eleccion y no se ejecuta la paz. Acomele la armada las fortificaciones de la Algarita y Santo Honorato, es rechazada y deshízese; todo esto el año 1636....	127
Dáse órden á los Caballeros de las Órdenes, á los Gentiles-hombre de la Boca y de la Casa, y otros criados para aprontarse y salir con el Rey á campaña.....	136
Súbese la moneda de vellón.....	142
Enferma de peligro la duquesa de Olivares, y juicios con quién casaría el Conde-Duque, su marido.....	146
Tomo LXXVII.	42



Establece el Conde-Duque el oficio de Camarero mayor del Rey para sí, superior al de Sumiller de Corps.....	147
Entra en España la princesa de Carignano, mujer del príncipe Tomás de Saboya, sobrino del Rey.....	148
Deserción de los franceses en Roma contra los embajadores del Rey.....	150
El conde de Salazar, prisionero en Francia, se rescata por 10.000 escudos.....	188
Notable manifiesto del Virrey cuando entró en Francia por la frontera de Navarra.....	209
D. Tiburecio de Redin, barón de Ligno.....	213
Entrada de la princesa de Carignano en Madrid.....	218
Dos españoles, cercada la plaza de Corbie, se atreven á entrar dentro á llevar 500 doblas al Gobernador. Dáse al uno una compañía de infantería vacante en la misma plaza; va á tomar posesión de ella y se ahoga.....	223
Ajustase el duque de Parma con España.....	231
Muere la infanta de España Doña María, de edad de dos años ménos veinte días.....	231
Establecese el papel sellado, que fué idea del P. Salazar, confesor del Conde-Duque, y de D. José Gonzalez....	232
El conde de Oñate, en la dieta de Ratisbona, consigue la elección de Rey de Romanos en Ferdinando III, por lo que se le ofreció la Grandeza; envía á su hijo D. Felipe Ladrón con la noticia; llega cerca del Pardo y la revela á un barbero del Conde-Duque, que lo era de Cámara del Rey; da éste primero la noticia; por qué se anticipó; sentimiento de D. Felipe; no se le entienda; esquivase á su padre viéndose sin licencia; no se le permite entrar en Madrid; burla que un Correo hizo del propio barbero; dásele la llave capona á D. Felipe.....	235
Liono quixto.—Argumento.—Con la coronación de Fernando por Rey de Romanos, prosigue la dieta de Ratisbona. Las discordias y diferencias entre unas naciones y otras recuden con más brío y mayor ruido de armas en la Europa. Los sucesos quieren componerse con el César, y el duque de Parma con el Rey Católico. Asientan los venecianos de dar á holandeses cada mes por la guerra 50.000 escudos, y los	

genoveses los admiten á la contratación. Hace el Rey ejército en Viena para entrar por la provincia de Labort en Francia. Los grisonos piden socorro al Rey para desembarrasar la Valtelina de franceses. Muere el emperador Fernando II, en Viena, de Austria, y succédele su hijo Fernando III. Fórmasse ejército en Perpiñan para invadir al Narbonés. Tientan los franceses la Margarita y Santo Honorato, y son echados otra vez de ella y de la Contea de Borgoña. El rey de Francia pide suspensión de armas por dos meses y no se le concede. Púese á la vista el Monsieur de Henao en el País-Bajo con 30.000 soldados. Socorre Juan de Bert á Besançon y resguardado de la insidia de franceses. Abrese el puerto de Gravelingas contra lo capitulado entre los reyes de Francia y España. Sale el príncipe de Orange con su armada y ejército de los Estados para dañar en el País-Bajo. Sitia á Breda y toma. Recobran los franceses las islas de la Margarita y Santo Honorato, y abundanías. Entra el marqués de Leganés con su ejército por el Piamonte, y bloquea á Asti. Todas las prenciones hechas en Navarra y Guipúzcoa para la Francia salen inútiles. El partido de los sucesos en la Pomerania. Tumban algunos lugares en Portugal sobre tributarlos. Sitia nuestra gente á Looata, y no la consiguen. Muere el victorioso duque de Saboya violentamente, de veneno, por mano de franceses, como se dijo; y todo esto en el año de 1637.....	243
Hacen los franceses que el príncipe de Orange tome y se le dé el tratamiento de Alteza por competencia al Infante Cardenal.....	254
Regístranse los caballos de los coches de Madrid para la guerra con Francia.....	257
Se traen al Retiro 20.000 ducados de agua.....	260
Los franceses, en veinte y cuatro hornos, tiraron á Caubray 450 balas de cañon.....	273
El cardenal de Richelieu gasta al mes 20.000 escudos en espías.....	282
Caso raro sucedido en Lieja.....	285
El fuerte del Fimal se abre para alojamiento de galeras....	322



Inicio del marqués de Leguacés, de su cohecia y conducta.	328
Inicio de la conducta de D. Francisco de Melo.	330
Válese el Rey de un tercio de los juros, y frátase de otros impuestos.	333
En la ermita de San Antonio del Retiro se gastan 100,000 ducados, que se sacaron de la venta de oficios á portugueses.	333
Tributos nuevos que se piden.	339
Quéjase el autor de Jerónimo de Villanueva, Secretario de Estado y Proto-notario de Aragón; conducta de éste.	341
Viénesse de Alemania el conde de Oñate y mandándole detener en Barcelona; sus quejas.	346
Mecánicas del valido en la casa del Rey.	347
Vida de Fray Agustín de Castro, conde de Leamos, que murió religioso benito, y fué uno del autor, como se lo declara.	348
La duquesa de Suebreuso ó Chevreuse, francesa, se pasa á España, viene á la corte y pasa después á Londres.	353
Culpa el autor el gusto de la obra del Retiro.	356
Contra el valido por los aborres caseros de Palacio.	357
La guerra con Francia, que era guerra de Privado á Privado, del Conde-Duque contra el cardenal de Richelieu.	363
Muere el duque de Saboya de veneno que le dieron los franceses.	368
Intentan lo mismo con la duquesa de Orleans.	372
Llamo sexto, -- Argumento. -- Discúrrase sobre varios intentos de los enemigos, y sosténgase las alteraciones de Portugal, aunque paliada y encubiertamente. Publícanse nuevas mudanzas en Castilla sobre la moneda de vellón. Restaura el gobernador de Milan el fuerte de Bresa, y muere Monsieur de Créqui, general de los franceses, de un balazo. Prosiéguese en algunos movimientos de Alemania. Hay terremotos y temblores de tierra en ambas Calabrias, citerior y ulterior. El palatino del Rin, hijo de Federico, rey italiano de Bohemia, intenta novedades junto á la Vespalia, para recaer á sus Estados y recibirse en ellos con ayuda de Carlos, rey de Inglaterra, su tío, y del holandés. Proclaman en Marsella, por orden del rey de Francia, á Casti-	

miro, hermano del rey de Polonia, saliendo de Génova para España, y es llevado á París. Llaman el Rey á Córtes á las ciudades del reino. Van los franceses sobre la villa de Santomer, en la provincia de Flandes, y cárganla. Sita el marqués de Leguacés un poderoso ejército sobre Navarra y Vizcaya, á cargo del príncipe de Condé y otros cabos de reputación, y pierdénse y vuelven sin honra á Francia. Rompe el príncipe Tomás á la vista de Santomer las tropas francesas, y líceelas levantar el sitio con pérdida de gente. Sigue las mismas el príncipe de Orange, queriendo tentar á Amberes. Galeras de Viserta asaltan las costas de Sicilia y del reino de Nápoles, por el mar Adriático, y son deshechos por las galeras de venecianos con enojo del turco. Vése un prodigioso volcán junto á la isla de San Miguel, en el mar Océano. No habiendo podido el holandés hacer nada en Amberes, va á subyugar á Güeldres, y estorbábasele el infante D. Fernando como la primera vez. La reina madre de Francia deja á Flandes, vése á La Haya, en Holanda, y de allí á Londres, en Inglaterra. Pare la reina de Francia un Delfín, y la reina de España una Infanta. Entra el duque de Modena, Francisco de Este, en la corte de Madrid; suca á la Infanta de pila con la princesa de Carriñano. Da el Rey el Toison de Oro al Príncipe y al duque Modena. Quieren los piratas holandeses tomar la plata de las Indias que traen los galeones; pelean con ellos en el seno Mejicano, y salen desbaratados del combate sin conseguir el intento. Piérdese el Brisac, plaza importantísima en la Alsacia, y todo esto en el año de 1638. Los judíos de Orán y de Africa tienen en Madrid sus pretendientes para que les admitan vivir en los contornos. Háblase de extinguir la moneda de vellón; valor de ella.	376
D. Alonso Vazquez, abad de Santa Anastasia, ministro de Felipe II en Saboya.	380
Dicho de un cortesano por un hombre que le cansaba ó aborrecia: lo primero á que os entio es á que no estéis acá.	382
Decídese la grande controversia sobre dar Excelencia á los embajadores de Venecia.	387
	390
	399



Elogio del presidente Exarcan Janin.....	402
Horroso estrago en la Calábria por una tempestad, el día 27 de Marzo de 1638, en que hubo desgracias nunca oídas.....	410
El turco da los Santos Lugares á los griegos por no poder pagar los religiosos de San Francisco los 12.000 ducados.	412
Los griseos y veltelinos convienen en el paso de las tropas para nubes Germanias por 12.000 escudos.....	413
Oposicion de escoceses con ingleses, y notable caso sobre ella.....	415
Llámanse á Córtes en Madrid para día señalado, con poderes decisivos los Procuradores, y no concurren los de algunas ciudades.....	418
Proposicion de D. Juan de Castilla á las Córtes, sobre que el Rey concediese al Conde-Duque comer con él un día á la mesa. Respuesta del duque del Infantado.....	419
Los franceses auxiliares, enemigos de los que auxilian, probado por un caso sucedido en la plaza de Barceli.....	434
D. Alonso Vazquez, abad de Santa Anastasia, grande orador, fué fraile mercenario.....	435
D. Diego de Isasi de Sarmiento, hijo de la condesa de Salvatierra, que fué.....	441
El oficio de Secretario no es oficio de servicio, sino de ocupacion.....	443
D. Juan Chacon, Corregidor de la provincia de Guipúzcoa y del Consejo de Órdenes.....	451
El sitio de Fuenterrabía, escrito por D. Juan de Palafox, escribete tambien el autor, poniendo lo que el otro no dijo.....	452
Respuesta graciosa de un varon grande en letras.....	454
Descripcion de Fuenterrabía.....	451
Detiéndese Domingo de Guin.....	457
D. Francisco de Irzabal, marqués de Valparaiso, que fué.	460
La Secretarin de Guerra de D. Fernando Ruiz de Contreras pasa á la galería del cierzo de Palacio, para estar más cerca y brevedad del despacho.....	463
Día de San Ignacio de Loyola, los jesuitas de Francia y España le hacen fiestas y rogativas, unos por la espugnacion de Fuenterrabía y otros por la defensa.....	492

La gente de la costa de Granada pasa muestra en la corte y admira su disposicion y traje.....	549
Hecho valeroso y raro de Bernardo Bardones, soldado.....	554
Dáscse orden para rendir la plaza.....	557
Papel del príncipe de Condé al gobernador Domingo de Guin.....	557
Respuesta de él.....	558
Se hubiera perdido Fuenterrabía si las mujeres no hubieran ayudado.....	586
Se le da el título de ciudad; títulos y mercedes que se le hicieron.....	597
En el mar de las Islas Terceras se vió salir un volcan terrible de fuego.....	610
Parentesco de los nietos de D. Antonio, prior de Ocrato, con la casa de Orange.....	617
La reina María de Francia, con motivo de ir á los baños de Spá, se mete en el llaya.....	619
Para la reina de Francia Doña Ana al Delfin Luis XIV, y Felipe IV, su hermano, manda poner luminarias y que se celebre el parto.....	620
Francisco de Este, tercer duque de Módena, llega á Barcelona con ánimo de ver al Rey y pasar á la corte.....	621
Dificultad que hubo con él para venir á la corte; dálo el Rey el Toison á su hijo; entra en Madrid y cómo fué.....	622
Bautismo de la infanta Doña María.....	623
Casa y asistencia que se puso al duque de Módena.....	624
Visitaule los Consejos y háccelo el Rey de el de Estado.....	625
Da el Rey el Toison al príncipe de España, D. Baltasar, su hijo, y al duque de Módena.....	629
Hace el Rey al duque de Módena, general de las armadas del mar Océano germánico, con 14.000 ducados de sueldo al año.....	629
Dádivas que hizo quando se fué.....	630
Pasa á Fuenterrabía D. Francisco Antonio de Alarcon, del Consejo de la Cámara, para acudir á las fortificaciones de la plaza, aunque con ánimo de imponer la sal y papel sellado.....	631



Entrada en Madrid del almirante de Castilla despues del socoorro de Fuenterabán, y aplauso del pueblo.....	634
El ministro Alarcón residencia al Almirante; no se le halla culpa; motivos de éste, los mismos que tuvo Felipe II para residenciar al duque de Alba despues que le ganó á Portugal.....	635